



Neil Gaiman

Mitos nórdicos

Las hazañas de Thor
y las intrigas de los dioses
noveladas por un maestro
de contar historias



DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Introducción
Los protagonistas
Antes del comienzo, y después
Yggdrasil y los nueve mundos
La cabeza de Mimir y el ojo de Odín
Los tesoros de los dioses
El maestro constructor
Los hijos de Loki
La extraña boda de Freya
El hidromiel de los poetas
El viaje de Thor al país de los gigantes
Las manzanas de la inmortalidad
La historia de Gerd y Frey
La expedición de pesca de Hymir y Thor
La muerte de Balder
Los últimos días de Loki
El Ragnarok: el destino final de los dioses
Glosario
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

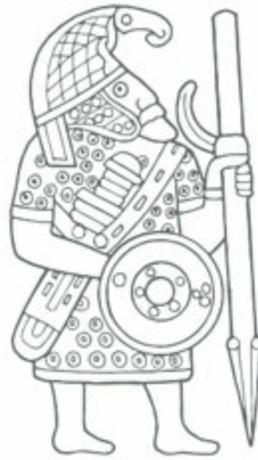
Sinopsis

Violencia, traiciones, poder... Con una prosa hábil e ingeniosa, Gaiman analiza la naturaleza imperfecta y competitiva de los dioses, sus susceptibilidades, su habilidad para embaucar y dejarse embaucar por los demás y su tendencia a dejar que la pasión dirija sus acciones, las guerras por el sexo o el poder... y, en general, todo lo que los acerca claramente a los humanos mortales.

Gaiman, al igual que otros maestros contemporáneos contadores de historias como J. R. R. Tolkien y George R. R. Martin, ha crecido inspirándose en la fantasía nórdica y ahora decide poner sus ojos directamente en la fuente de estas historias para presentar un homenaje a los grandes relatos nórdicos.

El libro perfecto para los que se mueren por el estreno de la nueva temporada de «Juego de tronos».

*Para Everett,
historias de ayer
para un niño de hoy*



Introducción

Es tan difícil tener una secuencia favorita de mitos como un estilo favorito de cocina —algunas noches querrás comida tailandesa, otras preferirás sushi y otras veces anhelarás la sencilla comida casera de la infancia—, pero si tuviera que decantarme por una sola, probablemente elegiría la de los mitos nórdicos.

Mi primer encuentro con Asgard y sus habitantes se remonta a mi infancia, cuando no tenía más de siete años y leía las aventuras de *El poderoso Thor*, ilustradas por el artista del cómic norteamericano Jack Kirby, con guiones del propio Kirby y de Stan Lee y diálogos de Larry Lieber, hermano de Stan Lee. El Thor de Kirby era fuerte y bien parecido; su Asgard era una impresionante ciudad futurista de edificios altos y construcciones inquietantes; su Odín era sabio y noble, y su Loki, un ser sardónico, todo malevolencia, con cuernos en el casco. Me quedé encantado con el rubio Thor de Kirby y su martillo, y enseguida quise saber más de él.

Saqué de la biblioteca *Myths of the Norsemen* («Mitos de los pueblos nórdicos»), de Roger Lancelyn Green, y los leí y releí con deleite y asombro. En su versión, Asgard ya no era la ciudad de ciencia ficción que pintaba Kirby, sino una fortaleza vikinga rodeada de otras construcciones, en un páramo helado. Odín, el «padre de todos», ya no era amable, sabio e irascible, sino brillante, inescrutable y peligroso; Thor era tan fuerte como el poderoso Thor de los cómics, y su martillo era igual de temible, pero no era..., ejem, a decir verdad, no era el más listo de los dioses; y Loki no era malo, aunque ciertamente tampoco era una fuerza bienhechora. Loki era... complejo.

Me enteré, además, de que los dioses nórdicos tenían su propio juicio final: el Ragnarok, el crepúsculo de los dioses, el final de todo, el día en que los dioses batallarían contra los gigantes del hielo y morirán.

¿Ha llegado ya el Ragnarok? ¿No se ha producido todavía? Yo no lo

sabía entonces y ahora tampoco estoy seguro.

El hecho de que el mundo y la historia tuvieran un final, así como su manera de terminar y volver a empezar, convertía en héroes y villanos trágicos a los dioses, a los gigantes del hielo y a todos los demás. A causa del Ragnarok, el mundo nórdico ha permanecido en mí, extrañamente presente y actual, mientras que otros sistemas de creencias mejor documentados me parecen cosa del pasado.

Los mitos nórdicos son historias de un lugar frío con largas noches invernales e interminables días de verano, mitos de un pueblo que no confiaba del todo en sus dioses y ni siquiera los apreciaba demasiado, pero aun así los respetaba y temía. Hasta donde sabemos, los dioses de Asgard llegaron a Escandinavia desde Alemania y se extendieron a las regiones del mundo dominadas por los vikingos —las islas Orcadas, Escocia, Irlanda y el norte de Inglaterra—, donde los invasores dejaron topónimos que recuerdan a Thor o a Odín. En inglés, los dioses dieron sus nombres a los días de la semana. El manco Tyr, hijo de Odín, el propio Odín, Thor y Frigg, la reina de los dioses, están presentes, respectivamente, en las palabras *Tuesday* (martes, «día de Tyr»), *Wednesday* (miércoles, «día de Odín»), *Thursday* (jueves, «día de Thor») y *Friday* (viernes, «día de Frigg»).

Podemos adivinar vestigios de mitos más antiguos y religiones arcaicas en las historias sobre la tregua entre los vanir y los aesir. Parece ser que los vanir eran dioses de la naturaleza, menos guerreros que los aesir, pero quizá no menos temibles.

Es muy probable —o al menos es una hipótesis aceptable— que algunas tribus rindieran culto a los vanir y otras a los aesir, y que los adoradores de los aesir invadieran las tierras de los devotos de los vanir y tuvieran que ceder en algunas cosas y adaptarse en otras. Los dioses vanir, entre ellos los hermanos Frey y Freya, se fueron a vivir a Asgard con los aesir. Historia, religión y mitología se combinan y nos impulsan a hacernos preguntas, a imaginar y deducir, como detectives empeñados en reconstruir los detalles de un crimen olvidado mucho tiempo atrás.

Gran parte de las historias nórdicas se han perdido. Es mucho lo que ignoramos. Sólo conservamos algunos mitos, que han llegado hasta nosotros

en forma de cuentos populares o de reelaboraciones en verso o en prosa de antiguas historias. Fueron recogidos por escrito cuando el cristianismo ya había desplazado el culto a los dioses nórdicos, y algunas de las narraciones únicamente se han conservado porque existía la preocupación de que, si no se salvaban del olvido, muchos de los kennings —especie de metáforas referidas a mitos específicos, muy utilizadas por los antiguos poetas nórdicos— se volverían incomprensibles. Un ejemplo serían las «lágrimas de Freya», una manera poética de referirse al oro. En algunos relatos, los dioses nórdicos aparecen convertidos en hombres, reyes o héroes de épocas pasadas, para que sus historias puedan narrarse en un mundo cristiano. Algunas fábulas y poemas hablan de otras leyendas o insinúan la existencia de otros relatos que no han llegado hasta nosotros.

Es como si de todas las historias de dioses y semidioses de Grecia y Roma únicamente hubieran sobrevivido los mitos de Teseo y de Hércules.

Así de ingente ha sido la pérdida.

Hay muchas diosas nórdicas. Conocemos sus nombres y algunos de sus atributos y poderes, pero sus historias, mitos y rituales no se han conservado. Me gustaría poder recrear las leyendas de Eir, la sanadora de los dioses; o de Lofn, la que llevaba consuelo, diosa nórdica del matrimonio; o de Sjöfn, diosa del amor; por no mencionar a Vor, diosa de la sabiduría. Puedo imaginar sus historias, pero no contar sus leyendas, porque se han perdido o han quedado sepultadas u olvidadas.

He hecho todo lo posible para narrar estos mitos e historias con la mayor exactitud y de la manera más interesante que he podido.

A veces, los detalles de los diferentes relatos se contradicen, pero espero que sirvan para pintar el panorama de un mundo y una época. Mientras reescribía estos mitos, intentaba imaginarme a mí mismo hace mucho tiempo, en las tierras donde se oyeron por primera vez estas historias, tal vez durante las largas noches de invierno, bajo el resplandor de la aurora boreal; o quizá sentado a la intemperie, despierto de madrugada en un día interminable de verano, rodeado de un público ansioso por saber qué más hizo Thor, qué es el arco iris, cómo vivir la vida y cuál es el origen de la poesía mediocre.

Me sorprendió descubrir, cuando terminé las historias y volví a leerlas

como una secuencia, que dan la sensación de ser un viaje desde el hielo y el fuego del origen del universo, hasta el fuego y el hielo del fin del mundo. En el trayecto, encontramos personajes que reconoceríamos si los viéramos, como Loki, Thor u Odín, y otros que nos gustaría conocer mucho mejor (de éstos, mi favorita es Angrboda, mujer de Loki entre los gigantes, madre de sus monstruosos hijos y presencia espectral tras la muerte de Balder).

No me atreví a releer a los narradores de mitos nórdicos cuyas obras me habían maravillado, como Roger Lancelyn Green o Kevin Crossley-Holland. En cambio, estuve trabajando mucho tiempo con numerosas traducciones diferentes de la *Edda en prosa*, de Snorri Sturluson, y de los versos de la *Edda poética* —palabras de hace más de novecientos años—, para decidir qué historias quería contar y cómo narrarlas, y combinar diferentes versiones de los mitos en prosa y en verso. (Por ejemplo, la visita de Thor a Hymir, tal como la cuento aquí, es un híbrido: comienza con la *Edda poética* e incorpora detalles de la expedición de pesca de Thor, extraídos de la versión de Snorri.)

Mi maltrecho ejemplar del *Dictionary of Northern Mythology* («Diccionario de mitología nórdica») de Rudolf Simek, en traducción inglesa de Angela Hall, me resultó siempre invaluable y de consulta obligada, esclarecedor e informativo.

Quiero expresar mi gran agradecimiento a mi vieja amiga Alisa Kwitney por su asistencia editorial. Fue una fabulosa caja de resonancia, siempre directa y llena de opiniones interesantes, servicial, sensata e ingeniosa. Consiguió que escribiera este libro, sobre todo por sus ganas de leer siempre la siguiente historia, y me ayudó a encontrar el tiempo para escribirlo. Le estoy enormemente agradecido. También le doy las gracias a Stephanie Monteith, que con su vista de águila y sus conocimientos nórdicos descubrió varias cosas que yo habría pasado por alto. Gracias también a Amy Cherry, de Norton, por sugerirme hace ocho años durante una comida, el día de mi cumpleaños, que quizá me gustaría reescribir algunos mitos, y que en general ha sido la editora más paciente del mundo.

Todos los errores, conclusiones precipitadas y opiniones extrañas de este libro son míos y solamente míos, y no me gustaría que nadie más que yo cargara con la culpa. Espero haber narrado estas historias con rigor, pero he

de decir que también ha habido alegría y creatividad en el trabajo.

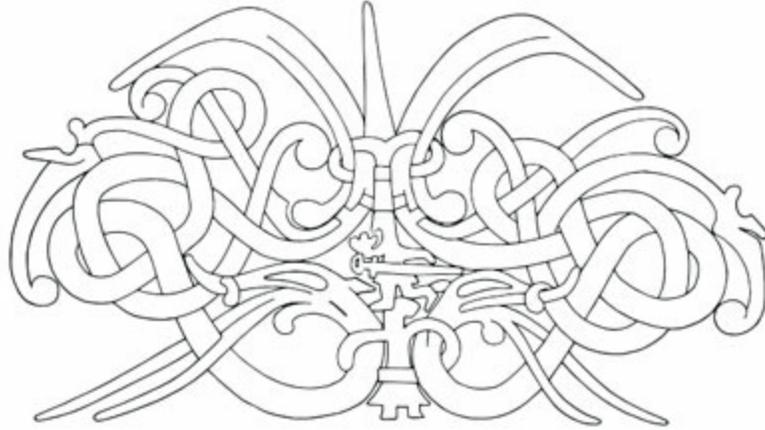
Ahí está la parte gozosa de los mitos: lo más divertido es contarlos uno mismo, algo que de todo corazón os animo a hacer a vosotros que leéis estas líneas. Leed las historias del libro y hacedlas vuestras, y alguna noche oscura y gélida de invierno, o una noche de verano cuando el sol no se haya ocultado todavía detrás del horizonte, contadles a vuestros amigos lo que pasó cuando le robaron el martillo a Thor, o cuando los dioses le regalaron a Odín el hidromiel de la poesía...

NEIL GAIMAN

Lisson Grove, Londres

Mayo de 2016

Los protagonistas



Hay muchos dioses y diosas con nombre en la mitología nórdica. Encontraréis a unos cuantos en estas páginas. Sin embargo, la mayoría de las historias que se conservan se refieren a dos dioses: Odín, con su hijo Thor, y el hermano de sangre de Odín, Loki, que vive en Asgard con los aesir y es hijo de un gigante.

Odín

El más eminente y viejo de los dioses es Odín.

Es conocedor de muchos secretos. Dio un ojo a cambio de la sabiduría y se sacrificó para conocer las runas y alcanzar el poder.

Se colgó de Yggdrasil, el árbol del mundo, y allí permaneció nueve noches. La punta de una lanza le perforó un costado y lo hirió gravemente. Los vientos le azotaron el cuerpo suspendido. No probó bocado ni bebió una sola gota de agua durante nueve días y nueve noches. Se quedó a solas con su dolor, sintiendo que la llama de la vida se apagaba lentamente.

Pero cuando el frío y el sufrimiento lo llevaron al borde de la muerte, su sacrificio dio un oscuro fruto: en el éxtasis de su agonía, bajó la vista y las runas le fueron reveladas. Las descifró y comprendió su significado y su poder. Entonces se rompió la cuerda y Odín cayó del árbol, soltando un alarido.

Entendía la magia. Ya podía controlar el mundo.

Odín tiene muchos nombres y títulos. Es el padre de todos, el señor de los condenados, el padre de los caídos en la batalla. Es el dios de los cargamentos y de los prisioneros. Lo llaman Grimnir y Tercero. Tiene diferentes nombres en cada país, porque los distintos pueblos le rinden culto

de diferentes formas y en muchas lenguas, pero en el fondo todos veneran a Odín.

Viaja disfrazado, para ver el mundo tal como lo ven sus habitantes. Cuando se mezcla con nosotros, asume la figura de un hombre alto, vestido con capa y sombrero.

Tiene dos cuervos llamados Huginn y Muninn, el «pensamiento» y la «memoria». Las dos aves van y vienen por el mundo, atentas a las novedades, y lo informan de todo. Se le posan en los hombros y le susurran al oído.

Cuando Odín se sienta en su encumbrado trono, el Hlidskjalf, abarca con la vista todas las cosas, estén donde estén. Es imposible ocultarle nada.

Fue él quien trajo la guerra al mundo. Las batallas comienzan con el lanzamiento de una lanza contra el ejército enemigo y la consagración del combate y sus caídos al dios Odín. Si sobrevivís a la batalla, es por la gracia de Odín; si caéis, es porque os ha traicionado.

Si morís con honor en la lucha, las valquirias, hermosas doncellas guerreras que recogen las almas de los nobles muertos, os llevarán a la fortaleza conocida como Valhalla, donde os estará esperando Odín. Allí beberéis, lucharéis y participaréis en interminables festines y batallas, a las órdenes de Odín.

Thor

Thor, hijo de Odín, es el dios del trueno. Es franco y sincero allí donde su padre Odín es astuto, y bienintencionado allí donde su padre es retorcido.

Enorme, vigoroso y de barba roja, es con diferencia el más fuerte de los dioses. Tiene un cinturón llamado Megingjord que incrementa su poder. Cuando se lo pone, su fuerza se duplica.

Su arma es Mjollnir, un extraordinario martillo que forjaron para él los enanos. Más adelante conoceréis su historia. Los trols y los gigantes del hielo y de las montañas se echan a temblar cuando ven a Mjollnir, que ha matado a muchos de sus amigos y hermanos. Thor se pone guanteletes de

hierro para empuñar mejor el mango del martillo.

La madre de Thor es Jord, diosa de la tierra. Sus hijos son Modi *el Furioso* y Magni *el Fuerte*. Y su hija es Trhud *la Poderosa*.

Thor está casado con Sif, la diosa de cabellos de oro. Sif ya tenía un hijo, Ullr, cuando se casó con Thor, que por lo tanto es padre adoptivo de Ullr. El dios Ullr caza con arco y flechas y se desplaza con esquís.

Thor es el defensor de Asgard y Midgard.

Hay muchas historias sobre Thor y sus hazañas.

Aquí encontraréis algunas.

Loki

Loki es muy apuesto. Es elocuente, convincente, atractivo y el más taimado, sutil y artero de todos los habitantes de Asgard. Es una pena, por lo tanto, que albergue tanta oscuridad en su interior: tanta ira, envidia y lascivia.

Loki es hijo de Laufey, también conocida como Nal, «aguja», por ser delgada, aguda y hermosa. Se dice que su padre era Farbauti, un gigante tan temible como su nombre, que significa «el que asesta golpes peligrosos».

Loki camina por el cielo con zapatos voladores y puede cambiar de forma para parecer otra persona o animal, pero su verdadera arma es su mente. Es más sutil e ingenioso que cualquier otro dios o gigante. Ni siquiera Odín lo supera en astucia.

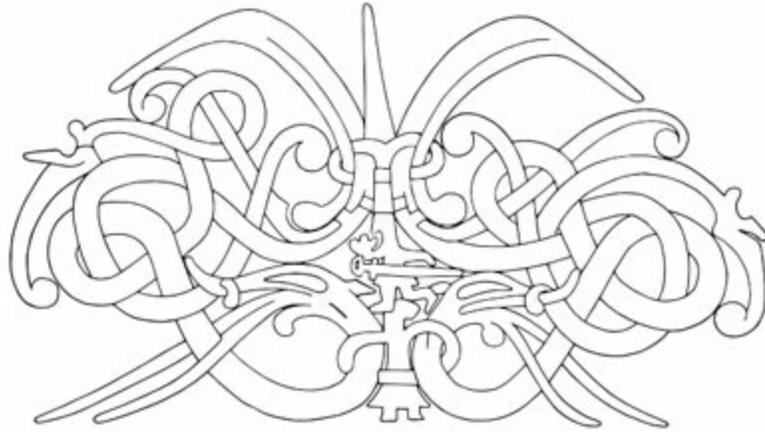
Odín lo considera su hermano. Los otros dioses no saben cuándo llegó a Asgard, ni cómo. Es amigo de Thor, pero lo traiciona. Los dioses lo toleran, tal vez porque sus planes y estratagemas los salvan con tanta frecuencia como les causan problemas.

Gracias a Loki, el mundo es mucho más interesante, pero también más peligroso. Loki es padre de monstruos y autor de infortunios. Es un dios retorcido y taimado.

Bebe en exceso y, cuando está ebrio, no controla sus palabras, ni sus pensamientos, ni sus actos. Loki y sus hijos estarán presentes cuando llegue

el Ragnarok, el fin de todas las cosas, pero no lucharán al lado de los dioses de Asgard.

Antes del comienzo, y después



I

Antes del comienzo no había nada, ni tierra, ni cielo, ni estrellas, ni firmamento, sino únicamente un mundo nebuloso, impreciso y amorfo, y un mundo de fuego, que no dejaba de arder.

Al norte se extendía el mundo de brumas, Niflheim, donde once ríos venenosos fluían a través de la niebla, procedentes todos ellos de la misma fuente central: la rugiente vorágine llamada Hvergelmir. Niflheim era más frío que el frío mismo, y la turbia neblina que lo impregnaba todo era pesada y glutinosa. La niebla ocultaba el cielo y envolvía la tierra en una bruma gélida.

Al sur se hallaba Muspell, donde todo era fuego. Allí todas las cosas resplandecían y ardían. La luz de Muspell contrastaba con la oscuridad de Niflheim, y su lava fundida, con la bruma del reino neblinoso. El suelo ardía con el calor abrasador del fuego de una fragua. No había tierra sólida ni cielo, sino únicamente centellas y lenguas de fuego, rocas fundidas y brasas candentes.

En Muspell, al borde de las llamas, en el lugar donde arde la niebla y se convierte en luz, allí donde acaba la tierra, estaba Surtr, que ya existía antes que los dioses. Y allí sigue todavía. Empuña una espada flamígera y no diferencia entre la lava bullente y la bruma glacial.

Dicen que sólo cuando llegue el Ragnarok, el fin del mundo, Surtr abandonará su puesto. Saldrá de Muspell con su espada llameante e incendiará el mundo, y los dioses caerán ante él, uno a uno.

II

Entre Muspell y Niflheim había un vacío, un espacio sin forma ni contenido. Los ríos del mundo nebuloso fluyeron hacia ese lugar llamado Ginnungagap, el «abismo enorme», y a lo largo de un tiempo de duración inconmensurable, en el espacio entre el fuego y la bruma, los ríos venenosos se solidificaron lentamente y formaron vastos glaciares. El hielo que se extendía al norte de ese vacío quedó cubierto por niebla helada y piedras de granizo; pero al sur, donde los glaciares limitaban con el reino de fuego, las brasas y las chispas de Muspell se encontraron con el hielo, y los vientos cálidos de las tierras flamíferas dulcificaron el aire sobre la extensión helada y lo volvieron tan agradable como un día de primavera.

Allí donde el hielo y el fuego se encontraron, el hielo se fundió, y del agua de la fusión surgió vida: un ser más grande que todos los mundos y más enorme que cualquier gigante que haya existido o pueda existir jamás. No era hombre ni mujer, sino ambas cosas a la vez.

Aquella criatura era el ancestro de todos los gigantes y se hacía llamar Ymir.

Ymir no fue el único ser nacido de la fusión del hielo; también había una vaca sin cuernos, más enorme de lo que nadie pueda imaginar. La vaca lamía la sal de los bloques de hielo por toda comida y bebida, y la leche que fluía de sus cuatro ubres formó otros tantos ríos. Esa leche alimentó a Ymir.

El gigante bebió la leche y creció.

Ymir llamó a la vaca Audhumla.

Al lamer los bloques de hielo con su rosada lengua, Audhumla sacó a la luz otros seres: el primer día, apareció solamente el pelo de un hombre; el segundo, la cabeza; y el tercero, todo su cuerpo se pudo ver.

Era Buri, el antepasado de los dioses.

Ymir se echó a dormir y, mientras descansaba, nacieron de su cuerpo varios gigantes: un hombre y una mujer de su axila izquierda, y una criatura de seis cabezas de sus piernas. De estos seres, los hijos de Ymir, desciende toda la estirpe de los gigantes.

Buri tomó una esposa entre los gigantes y tuvo con ella un hijo, al que llamó Bor. Bor se casó con Bestla, hija de un gigante, y los tres hijos que

tuvo con ella fueron Odín, Vili y Ve.

Odín, Vili y Ve, los tres hijos de Bor, crecieron y se hicieron hombres. Mientras crecían, veían a lo lejos las llamas de Muspell y las tinieblas de Niflheim, pero sabían que los dos lugares habrían sido la muerte para ellos. Los hermanos estaban atrapados para siempre en el Ginnungagap, la vasta brecha entre el fuego y las brumas. Era como no estar en ninguna parte.

No había mar, ni arena, ni hierba, ni rocas, ni suelo, ni árboles, ni cielo, ni estrellas. No había mundo en aquel tiempo, ni tierra, ni firmamento. El abismo no estaba en ningún sitio. Era únicamente un espacio vacío, a la espera de que la vida y la existencia lo llenaran.

Había llegado el momento de la creación de todas las cosas. Ve, Vili y Odín se miraron y hablaron de lo que era preciso hacer en el abismo de Ginnungagap. Hablaron del universo, de la vida y del futuro.

Odín, Vili y Ve mataron al gigante Ymir. Era necesario. No había otra manera de crear los mundos. Aquél fue el principio de todas las cosas. Fue la muerte que hizo posible toda la vida.

Mataron al gran gigante, y del cadáver de Ymir manó sangre en cantidades inimaginables. Manantiales de sangre salada como el mar y gris como los océanos brotaron de sus heridas y formaron una marea tan repentina, poderosa y profunda que arrastró y ahogó a todos los gigantes. (Sólo sobrevivieron Bergelmir, nieto de Ymir, y su esposa, subidos a un baúl de madera que los mantuvo a flote como una balsa. Todos los gigantes que hoy vemos y tememos son sus descendientes.)

Odín y sus hermanos fabricaron la tierra con la carne de Ymir, y con sus huesos apilados formaron las montañas y los acantilados.

Nuestras piedras y guijarros, la arena y la grava que hoy vemos, son los dientes de Ymir y también las astillas de sus huesos, rotos y aplastados por Odín, Vili y Ve en su batalla con el gigante.

Los mares que rodean los mundos son la sangre y el sudor de Ymir.

Si levantamos la vista al firmamento, vemos el interior del cráneo de Ymir. Los astros que brillan en la noche y todos los planetas, los cometas y las estrellas fugaces son las chispas que saltaron del fuego de Muspell. ¿Queréis saber qué son las nubes que vemos durante el día? Son jirones del

cerebro de Ymir, y quién sabe qué pensamientos estarán rumiando, incluso ahora.

III

El mundo es un disco plano, rodeado por el mar en todo su perímetro. Los gigantes viven en los márgenes del mundo, a orillas de los mares más profundos.

Para mantener a raya a los gigantes, Odín, Vili y Ve construyeron una muralla con las pestañas de Ymir en torno a la región central del mundo. Al lugar delimitado por el muro lo llamaron Midgard.

Midgard estaba vacío. Sus tierras eran hermosas, pero nadie caminaba por sus prados, ni pescaba en sus ríos de agua clara. Nadie exploraba sus abruptas montañas, ni levantaba la vista para contemplar las nubes.

Odín, Vili y Ve sabían que un mundo no es realmente un mundo si no está poblado. Anduvieron por todas partes en busca de alguien que lo habitara, pero no encontraron a nadie. Al final, en una playa pedregosa junto al mar, hallaron dos troncos que la marea había depositado en la orilla.

El primero era un tronco de fresno. El fresno es un árbol hermoso y resistente, de raíces profundas. Su madera se deja tallar y no se agrieta ni se parte. Con madera de fresno se hacen buenos mangos de instrumentos o el asta de una lanza.

El segundo tronco que hallaron en la playa, tan cerca del primero que casi se tocaban, era de olmo. El olmo es un árbol grácil, pero su madera es tan firme que con ella se pueden fabricar vigas y tablones de gran dureza. Con madera de olmo se pueden construir hermosas casas y fortalezas.

Los dioses levantaron los dos troncos y los colocaron verticales sobre la arena, altos como dos seres humanos. Odín se acercó y les insufló vida, primero a uno y después al otro. De inmediato dejaron de ser maderos muertos y abandonados en la playa. Cobraron vida.

Vili les dio la voluntad. Les confirió inteligencia y ambición. Entonces

podieron moverse y desear.

Ve talló los troncos. Les dio forma humana. Les labró orejas, para que pudieran oír; ojos, para que pudieran ver; y labios, para que pudieran hablar.

Los dos troncos de pie en la playa eran dos personas desnudas. Ve les había esculpido los genitales: masculinos a uno y femeninos al otro.

Los tres hermanos fabricaron ropa para que el hombre y la mujer se cubrieran y no tiritaran, salpicados por la espuma del mar, en aquella playa en los márgenes del mundo.

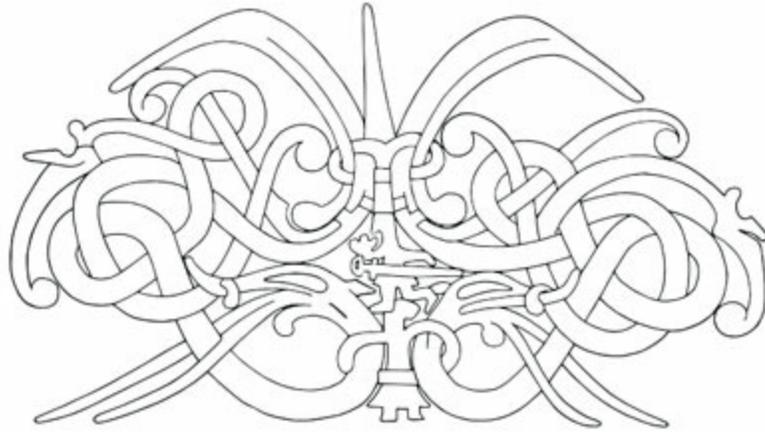
Por último, dieron nombres a los dos seres que habían creado. Al hombre lo llamaron Ask, porque éste es el nombre del fresno en las lenguas nórdicas, y a la mujer Embla, por el nombre del olmo.

Ask y Embla fueron el padre y la madre de todos nosotros. Cada ser humano debe su vida a sus padres, que a su vez deben su vida a los suyos. Si retrocedemos lo suficiente, los antepasados de todos nosotros son Ask y Embla.

Embla y Ask se quedaron en Midgard, seguros y protegidos detrás de la muralla levantada por los dioses con las pestañas de Ymir. En Midgard construyeron su hogar, a salvo de los gigantes, de los monstruos y de todos los peligros que acechan en los páramos desolados. Allí pudieron criar en paz a sus hijos.

Por eso se dice que Odín es el padre de todos. Porque fue el padre de los dioses e insufló la vida a los tatarabuelos de nuestros tatarabuelos. Tanto si somos dioses como si somos mortales, Odín es el padre de todos nosotros.

Yggdrasil y los nueve mundos



El árbol Yggdrasil es un fresno enorme y frondoso, el más perfecto y hermoso de todos los árboles y también el más grande. Se yergue entre los nueve mundos y los conecta a todos entre sí. Es el mayor y el más bello de los árboles que existen. Las más altas de sus ramas se extienden por encima del cielo.

Es un fresno tan gigantesco que sus raíces se hunden en tres mundos diferentes y beben de tres fuentes.

La primera raíz, la más profunda, llega a Niflheim, el submundo, el lugar que ya existía antes que todos los demás. En el centro del mundo tenebroso se encuentra la fuente Hvergelmir, una estruendosa vorágine que resuena como el agua borboteante de una caldera. El dragón Nidhogg habita esas aguas y no deja de morder las raíces del árbol desde las profundidades.

La segunda raíz alcanza el reino de los gigantes del hielo y bebe del pozo que pertenece a Mimir.

Hay un águila que aguarda en las ramas más altas del árbol del mundo y que sabe muchas cosas, y un halcón posado entre los ojos del águila.

Una ardilla, Ratatosk, vive en la copa del árbol del mundo y hace de mensajera entre Nidhogg, el temible devorador de cadáveres, y el águila. La ardilla les cuenta mentiras a ambos y se divierte provocando su ira.

Hay cuatro ciervos que pacen en las enormes ramas del árbol del mundo y se alimentan de su follaje y su corteza. En la base del árbol viven innumerables serpientes que muerden sus raíces.

Por el árbol del mundo es posible trepar. Es el árbol del que se colgó Odín cuando decidió sacrificarse; por eso el árbol del mundo es un patíbulo, y Odín, el dios de los condenados.

Los dioses no trepan por el árbol del mundo. Para desplazarse entre los mundos, cruzan el Bifrost, el puente del arco iris. Sólo los dioses pueden desplazarse por el arco iris, cuyo contacto quemaría los pies de los gigantes

del hielo y de los troles que intentaran utilizarlo para llegar a Asgard.

Los nueve mundos son éstos:

Asgard, el hogar de los aesir, donde Odín tiene su morada.

Alfheim, donde viven los elfos de luz, hermosos como el sol o las estrellas.

Nidavellir, llamado a veces Svartalfheim, donde los enanos (también conocidos como elfos oscuros) viven bajo las montañas y fabrican sus extraordinarios inventos.

Midgard, el mundo de los hombres y las mujeres, el lugar donde tenemos nuestro hogar.

Jotunheim, donde viven, deambulan y tienen sus casas los gigantes del hielo y de las montañas.

Vanaheim, el reino de los vanir. Los aesir y los vanir son dioses unidos por acuerdos de paz, por lo que muchos vanir viven en Asgard, con los aesir.

Niflheim, el mundo tenebroso de las brumas.

Muspell, el mundo de fuego, donde espera Surtr.

También hay un lugar que lleva el nombre de su soberana: Hel, adonde van los muertos que no perecen con honor en el campo de batalla.

La última raíz del árbol del mundo bebe de una fuente en Asgard, la morada de los dioses, donde viven los aesir. Allí los dioses celebran a diario su consejo y allí se reunirán cuando llegue el fin del mundo, antes de partir hacia la batalla final del Ragnarok. La fuente es el pozo de Urd.

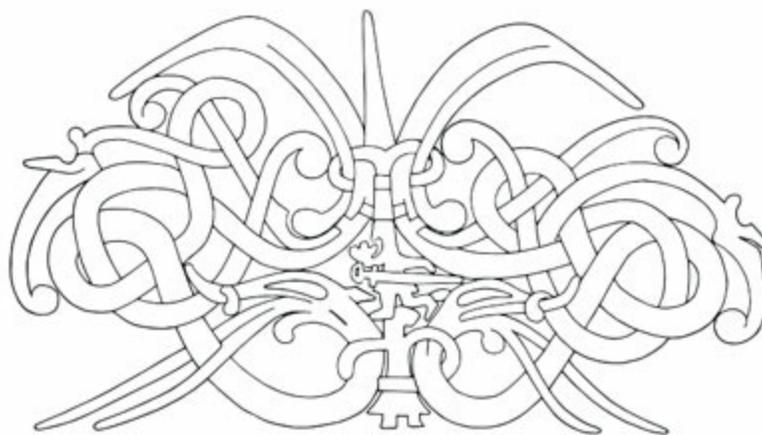
Existen tres hermanas, las nornas. Son tres juiciosas doncellas que vigilan el pozo y procuran que las raíces de Yggdrasil estén siempre cuidadas y bien cubiertas de tierra. La fuente pertenece a Urd, una de las tres nornas. Urd es el destino y representa el pasado. Junto a ella se encuentran Verdandi, el presente, cuyo nombre significa «devenir», y Skuld, «las intenciones», cuyo dominio es el futuro.

Las nornas deciden lo que sucederá en nuestras vidas. Hay otras nornas además de estas tres: nornas gigantes, élficas y enanas, nornas de los vanir,

nornas buenas y nornas malas, y nuestro destino depende de sus decisiones. Algunas nos conceden una buena vida, mientras que otras nos reservan una vida difícil, o breve, o llena de vicisitudes.

Elas deciden nuestro destino, allá, junto al pozo de Urd.

La cabeza de Mimir y el ojo de Odín



En Jotunheim, la morada de los gigantes, se encuentra el pozo de Mimir. Surge de las profundidades de la tierra y alimenta a Yggdrasil, el árbol del mundo. Mimir, el sabio, el guardián de la memoria, sabe muchas cosas. Su pozo es sabiduría y, cuando el mundo era nuevo, Mimir solía beber de él cada mañana. Recogía el agua con el cuerno llamado Gjallerhorn y bebía un buen trago.

Hace mucho, muchísimo tiempo, cuando los mundos eran jóvenes, Odín se puso su larga capa y su sombrero y, disfrazado de vagabundo, atravesó la tierra de los gigantes arriesgando su vida para ir en busca de Mimir y hallar la sabiduría.

—Un sorbo del agua de tu fuente, tío Mimir —dijo Odín—. Es todo lo que te pido.

Mimir negó con la cabeza. Nadie bebía del pozo, excepto el propio Mimir. No habló. Los que callan rara vez se equivocan.

—Soy tu sobrino —insistió Odín—. Mi madre, Bestla, era tu hermana.

—Eso no es suficiente —replicó Mimir.

—Un sorbo. Con un sorbo del agua de tu fuente, Mimir, seré sabio. Pon un precio.

—Mi precio es uno de tus ojos —respondió Mimir—. Un ojo tuyo en el pozo.

Odín no le preguntó si estaba bromeando. El viaje por la tierra de los gigantes para llegar al pozo de Mimir había sido largo y peligroso. Odín no había dudado en arriesgar su vida para llegar hasta allí. Y todavía estaba dispuesto a hacer mucho más para alcanzar la sabiduría.

Estaba decidido.

—Dame un cuchillo —fue todo lo que dijo.

Tras hacer lo que era preciso hacer, depositó con mucho cuidado en el pozo su ojo, que se lo quedó mirando fijamente a través del agua. Después

llenó el Gjallerhorn con el agua de la fuente de Mimir y se llevó el cuerno a los labios. El agua estaba fría. Odín se la bebió y lo inundó la sabiduría. Notó que veía más lejos y con más claridad con un solo ojo que antes con dos.

A partir de ese momento, Odín recibió varios nombres más: Blindr, lo llamaron, el dios ciego; o Hoarr, el tuerto; o también Baleyg, el del ojo flamígero.

El ojo de Odín sigue en el pozo de Mimir, preservado por el agua que alimenta al fresno del mundo, sin ver nada, pero viéndolo todo.

Al cabo de mucho tiempo, cuando la guerra entre los aesir y los vanir estaba tocando a su fin y ambos bandos intercambiaban guerreros y jefes, Odín envió a Mimir a los vanir como consejero del dios Hoenir, de los aesir, que sería el nuevo rey de los vanir.

Hoenir era alto y bien parecido, y tenía el aspecto de un monarca. Cuando Mimir estaba a su lado para aconsejarlo, también hablaba como un rey y tomaba sabias decisiones. Pero cuando Mimir se ausentaba, Hoenir parecía incapaz de tomar una decisión, y los vanir pronto se cansaron. Pero no descargaron su ira contra Hoenir, sino contra Mimir. Le cortaron la cabeza y se la enviaron a Odín.

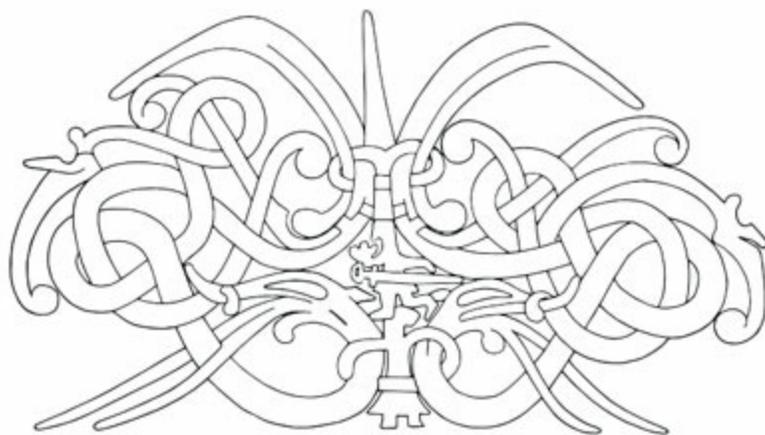
Odín no se enfadó. Frotó con ciertas hierbas la cabeza de Mimir, para que no se pudriera, y le recitó hechizos y encantamientos, porque no quería que la sabiduría de Mimir se perdiera. Al poco tiempo, Mimir abrió los ojos y habló. Sus consejos fueron buenos, como siempre lo eran los consejos de Mimir.

Odín llevó la cabeza de Mimir de vuelta al pozo, bajo el árbol del mundo, y la depositó allí, junto a su ojo, en el agua del conocimiento, del futuro y del pasado.

Después le dio el Gjallerhorn a Heimdall, guardián de los dioses. El día que suene el Gjallerhorn, despertarán los dioses, estén donde estén, por muy profundo que sea su sueño.

Heimdall hará sonar el Gjallerhorn solamente una vez, al final de todas las cosas, cuando llegue el Ragnarok.

Los tesoros de los dioses



I

La esposa de Thor era la bella Sif, de los aesir. Thor la quería por cómo era y por sus ojos azules, su tez pálida, sus labios rojos y su sonrisa. Adoraba también su larguísima cabellera del color de un campo de cebada al final del verano.

Una vez, Thor despertó y se quedó mirando a Sif, que aún dormía. Se rascó el mentón y llamó a su mujer, dándole unas palmaditas con su mano enorme.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

Sif abrió los ojos, del color del cielo estival.

—¿Por qué lo dices? —preguntó ella a su vez, y entonces movió la cabeza y pareció perpleja.

Se llevó los dedos al rosado cuero cabelludo y lo tocó, explorándolo con cuidado. Entonces miró a Thor, horrorizada.

—Mi pelo —fue todo lo que acertó a decir.

Thor inclinó la cabeza.

—Ha desaparecido —dijo. —Ese bellaco te ha dejado calva.

—¿Quién? —preguntó Sif.

Thor no respondió. Se puso el cinturón de poder, llamado Megingjord, que duplicaba su fuerza, ya de por sí ingente.

—Loki —declaró por fin—. Loki es el culpable.

—¿Por qué lo crees? —preguntó Sif, sin dejar de tocarse nerviosamente la cabeza calva, como si el roce tembloroso de sus dedos pudiera devolverle sus cabellos.

—Porque cuando algo va mal —respondió Thor—, lo primero que hago es culpar a Loki. Así me ahorro muchísimo tiempo.

Thor encontró atrancada la puerta de Loki, de modo que la empujó y la

partió en mil pedazos. Agarró a Loki por el cuello, lo levantó por el aire y le dijo simplemente:

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

La cara de Loki era la imagen de la más pura inocencia.

—El pelo de Sif. La rubia cabellera de mi esposa. ¡Era tan hermosa! ¿Por qué se la cortaste?

Un centenar de expresiones se sucedieron en la cara de Loki: astucia, disimulo, agresividad y desconcierto. Thor lo sacudió con fuerza. Loki bajó la vista y se esforzó por parecer avergonzado.

—Me pareció divertido. Estaba borracho.

Thor frunció el ceño.

—La cabellera de Sif era su gloria. La gente pensará que lleva la cabeza rapada como castigo. Pensarán que ha hecho algo malo y que lo ha hecho con quien no debía.

—Así es. Tienes razón. Es probable que lo piensen —convino Loki—. Y por desgracia, puesto que le he arrancado el pelo de raíz, se ha quedado completamente calva para siempre.

—No, no se quedará calva para siempre.

Thor miró a Loki, al que para entonces sujetaba muy por encima de su cabeza, con expresión de trueno.

—Me temo que sí. Pero siempre podrá usar sombreros, pañuelos...

—No se quedará calva —insistió Thor—, porque puedo asegurarte, Loki, hijo de Laufey, que si no le devuelves la cabellera ahora mismo, voy a romperte cada uno de los huesos del cuerpo. Todos y cada uno de tus huesos. Y si el pelo no le crece como es debido, volveré y te romperé los huesos otra vez, uno por uno. Y volveré tantas veces como sea preciso. Si lo hago todos los días, pronto tendré mucha práctica y lo haré muy bien —añadió, en un tono ligeramente más jocoso.

—¡No! —exclamó Loki—. No puedo devolverle el pelo a Sif. Las cosas no funcionan así.

—Probablemente hoy me llevará alrededor de una hora romperte cada hueso del cuerpo —reflexionó Thor—, pero seguramente, con la práctica,

podré rebajar el tiempo a unos quince minutos. Será interesante comprobarlo.

Entonces le rompió el primer hueso.

—¡Los enanos! —aulló Loki.

—¿Qué has dicho?

—¡Los enanos! ¡Pueden fabricar cualquier cosa que les pidas! Son capaces de confeccionar cabellos de oro para Sif, pelo auténtico que echará raíces en el cuero cabelludo y crecerá normalmente. ¡Una cabellera dorada perfecta! Pueden hacerlo. ¡Te juro que pueden!

—Entonces —dijo Thor—, será mejor que vayas a hablar con ellos.

Dicho esto, dejó caer a Loki al suelo, desde más arriba de su cabeza.

Loki se puso de pie trabajosamente y huyó antes de que Thor le rompiera más huesos.

Se calzó los zapatos que le permitían caminar por el cielo y puso rumbo a Svartalfheim, donde los enanos tenían sus fraguas.

Se dijo que los artífices más ingeniosos entre ellos debían de ser los tres enanos conocidos como los hijos de Ivaldi y bajó a su fragua subterránea.

—Hola, hijos de Ivaldi —los saludó Loki—. He preguntado por los alrededores y la gente del lugar me ha dicho que Brokk y su hermano Eitri son los artesanos más hábiles de todo el mundo de los enanos.

—No es cierto —replicó uno de los hijos de Ivaldi—. Nosotros somos los mejores. Nadie nos supera en habilidad.

—Me han asegurado que Brokk y Eitri son capaces de fabricar auténticas obras maestras, mejores incluso que las vuestras.

—¡Mentira! —exclamó el más alto de los hijos de Ivaldi—. ¡Yo no confiaría en esos incompetentes de dedos torpes, ni siquiera para herrar un caballo!

Pero el más pequeño y sensato de los hijos de Ivaldi simplemente se encogió de hombros:

—Hagan lo que hagan esos dos, nosotros podemos hacerlo mejor.

—Por lo visto, os han lanzado un desafío —prosiguió Loki—. Os proponen fabricar tres piezas que sean tres tesoros y dejar que los dioses aeesir juzguen cuál de todas es la mejor. Por cierto, una de las tres piezas ha de ser una cabellera. Deben ser cabellos dorados y perfectos, que nunca dejen de

crecer.

—Podemos hacerlo —dijo uno de los hijos de Ivaldi. (Incluso a Loki le costaba mucho distinguir cuál era cuál.)

Loki atravesó las montañas para ir a ver al enano llamado Brokk, en el taller que compartía con su hermano Eitri.

—Los hijos de Ivaldi están fabricando tres piezas que serán tres tesoros para regalarlas a los dioses de Asgard —anunció Loki—. Los dioses juzgarán cuál es la mejor, y los hijos de Ivaldi quieren que os transmita su absoluta seguridad de que ni tu hermano Eitri ni tú seríais capaces de igualar su maestría. Han dicho que sois unos «incompetentes de dedos torpes».

Brokk no era ningún tonto.

—No sé por qué, pero todo esto me huele a trampa, Loki —replicó—. ¿Estás seguro de que no es cosa tuya? Sembrar la enemistad entre nosotros y los hijos de Ivaldi parece una de tus típicas jugarretas.

Loki hizo todo lo posible por poner cara de inocente, y de hecho su expresión resultó increíblemente ingenua y candorosa.

—Yo no tengo nada que ver —dijo, con la voz misma de la inocencia—. Solamente pensé que os gustaría saberlo.

—¿Y no tienes ningún interés personal en el asunto? —preguntó Brokk.

—Ninguno en absoluto.

Brokk asintió y levantó la vista para mirar a Loki a los ojos. Eitri, el hermano de Brokk, era mejor artesano, pero Brokk era el más listo y decidido de los dos.

—Si es así, nos complacerá aceptar el desafío que nos lanzan los hijos de Ivaldi y dejar que nos juzguen los dioses, porque no me cabe la menor duda de que las piezas fabricadas por Eitri serán más bellas e ingeniosas que las creadas por toda la progenie de Ivaldi. Pero me gustaría que este desafío fuera un poco más personal.

—¿En qué has pensado? —preguntó Loki.

—En tu cabeza —contestó Brokk—. Si ganamos este concurso, nos darás tu cabeza. Siempre hay mucha actividad dentro de esa cabeza tuya y estoy seguro de que Eitri podría fabricar con ella un artilugio extraordinario. Una máquina de pensar, tal vez. O quizá un tintero.

Loki mantuvo la sonrisa, pero interiormente hizo una mueca de disgusto. ¡Todo había ido tan bien hasta ese momento! En cualquier caso, sólo tenía que asegurarse de que Eitri y Brokk perdieran la disputa. Los dioses recibirían seis piezas magníficas del taller de los enanos y Sif recuperaría su dorada cabellera. Podía conseguir que todo saliera bien. Después de todo, era Loki.

—Por supuesto —dijo—. Mi cabeza. Me parece bien.

Al otro lado de las montañas, los hijos de Ivaldi ya estaban fabricando sus piezas. Loki no se preocupaba por ellos, pero necesitaba asegurarse de que Brokk y Eitri no tuvieran ninguna oportunidad de ganar.

Los dos enanos entraron en el oscuro taller, iluminado únicamente por el resplandor anaranjado del carbón ardiente. Eitri sacó una piel de cerdo de una estantería y la introdujo en la fragua.

—He estado reservando este pellejo para una ocasión como ésta —dijo.

Brokk simplemente asintió.

—Muy bien —dijo Eitri—. Tú ocúpate de accionar el fuelle, Brokk. No dejes de bombear. Necesito que la fragua esté muy caliente y que el calor se mantenga uniforme, porque de lo contrario no saldrá bien. Bombea, bombea y no dejes de bombear.

Brokk se puso a accionar el fuelle para enviar al corazón de la fragua una corriente constante de aire fresco que mantuviera vivas las llamas. Lo había hecho muchas veces en ocasiones anteriores. Eitri lo observó un momento, hasta que consideró que todo estaba a su gusto y se dio por satisfecho.

Entonces se dispuso a salir para trabajar en su obra desde fuera. Cuando abrió la puerta, un insecto grande y negro se coló en la fragua. No era una mosca ni un tábano. Era más grande que cualquiera de los dos y volaba en círculos en torno al fuego, con aire malicioso.

Brokk oía el estruendo de los martillos de Eitri en la habitación contigua, así como el ruido que hacía su hermano al limar, retorcer, modelar y golpear la pieza.

La enorme mosca negra —el insecto más grande y oscuro que nadie hubiera visto jamás— se posó sobre la mano de Brokk.

Brokk tenía las dos manos ocupadas con el fuelle, pero no dejó de

bombear para ahuyentar la mosca. Entonces, el insecto le clavó un fuerte picotazo en el dorso de la mano.

Brokk dejó de bombear.

Se abrió la puerta, entró Eitri y, con mucho cuidado, extrajo su obra del interior de la fragua. Resultó ser un jabalí enorme, con cerdas de oro reluciente.

—Buen trabajo —dijo Eitri—. Si la fragua hubiera estado apenas una fracción de grado más fría o más caliente, todo mi esfuerzo se habría perdido.

—Tú sí que has hecho un buen trabajo —replicó Brokk.

El negro moscardón, posado en una esquina del techo, bullía de rencor e irritación.

A continuación, Eitri cogió un lingote de oro y lo introdujo en la fragua.

—Muy bien —dijo—. La siguiente pieza impresionará a los dioses. Cuando yo te diga, empieza a accionar el fuelle y no te detengas, ni aceleres, ni vuelvas más lento el movimiento, pase lo que pase. Será un trabajo muy delicado.

—Entendido —respondió Brokk.

Eitri salió de la habitación y se puso a trabajar desde fuera. Brokk esperó a oír el aviso y entonces empezó a accionar el fuelle.

La mosca negra se puso a dar vueltas por el recinto, como si estuviera sopesando la situación, y al final fue a posarse en el cuello de Brokk. El insecto eludió con agilidad un hilillo de sudor —hacía un calor insoportable en el ambiente cerrado de la fragua—, y picó a Brokk en el cuello con todas sus fuerzas. Un riachuelo de sangre escarlata se mezcló con el sudor que bañaba el cuello de Brokk, pero el enano no dejó de bombear.

Volvió Eitri, retiró de la fragua una argolla candente, grande como un brazalete, y la dejó caer en la pila de agua, para templar el metal. En cuanto el brazalete se hundió en el agua, se levantó una densa nube de vapor. Al enfriarse, el metal pasó rápidamente del blanco al naranja y de éste al rojo, y por fin, cuando se enfrió del todo, recuperó el color del oro.

—Lo llamaré Draupnir —dijo Eitri.

—¿«El que gotea»? Es un nombre muy raro para un brazalete —dijo Brokk.

—Para éste, no —replicó Eitri, y enseguida le explicó a Brokk por qué era tan especial su creación.

—Y, ahora —prosiguió Eitri—, quiero hacer una pieza que llevo mucho tiempo preparando. Mi obra maestra. Pero es mucho más complicada que las otras dos. Así que lo que tienes que hacer es...

—¿Bombear y no dejar de bombear? —preguntó Brokk.

—Exactamente —respondió Eitri—. Incluso más que antes. No cambies de ritmo, ya que de lo contrario arruinarías todo el trabajo.

Entonces, Eitri cogió un bloque de arrabio más voluminoso que cualquiera que hubiera visto nunca el negro moscardón (que en realidad era Loki) y lo introdujo en la fragua.

Salió de la habitación y, desde fuera, le pidió a Brokk que empezara a accionar el fuelle.

Brokk se puso a bombear y enseguida oyó el estrépito de los martillos de Eitri, que ya había empezado a estirar, modelar, soldar y unir.

Loki, en forma de moscardón, decidió que ya no era momento para sutilezas. La obra maestra de Eitri impresionaría sin duda a los dioses, y, si la impresión era suficientemente profunda, Loki se arriesgaba a perder la cabeza. Se posó entonces entre los ojos de Brokk y le asestó un picotazo en los párpados. Brokk siguió bombeando, pese al escozor que sentía en los ojos. Loki lo picó con más fuerza, más despiadadamente y con más desesperación que antes. A Brokk le empezó a manar sangre de los párpados, que se le metió en los ojos, le cubrió la cara y lo cegó.

El enano cerró los ojos y agitó con fuerza la cabeza para librarse del moscardón. Se sacudió violentamente de lado a lado, retorció la boca e intentó soplar en dirección al insecto. Pero todo fue en vano. El moscardón lo seguía picando y el enano no veía más que sangre. Un dolor agudo le inundó la cabeza.

Entonces calculó el movimiento y, al llegar al punto más bajo del bombeo, soltó apenas un momento uno de los mangos del fuelle y le asestó un manotazo a la mosca con tanta fuerza y velocidad que Loki tuvo mucha suerte de escapar con vida. Entonces, Brokk agarró otra vez el fuelle y siguió bombeando.

—¡Ya está! —gritó Eitri.

El negro insecto aún volaba por la habitación, medio atontado. Pero cuando Eitri abrió la puerta, logró escapar.

Eitri miró a su hermano, decepcionado. Brokk tenía la cara cubierta de sangre y sudor.

—No sé a qué estarías jugando esta vez, pero estuviste a punto de estropearlo todo —dijo Eitri—. Hacia el final, la temperatura dejaba mucho que desear. Mi obra no ha quedado tan impresionante como esperaba. En fin, ya veremos.

Tras recuperar su forma original, Loki entró despreocupadamente por la puerta abierta.

—¿Estáis listos para el concurso? —preguntó.

—Prefiero que Brokk vaya solo a Asgard a presentar mis obsequios a los dioses y cortarte a ti la cabeza, Loki —dijo Eitri—. Yo estoy más a gusto en mi fragua, fabricando cosas nuevas.

Brokk miró a Loki por detrás de los párpados inflamados.

—No veo la hora de cortarte la cabeza —dijo—. Ahora sí que es algo personal.

II

En Asgard, tres dioses estaban sentados en sus tronos: el tuerto Odín, padre de todos, el tonante Thor de barba roja y el apuesto Frey, dios de la cosecha estival. Ellos serían los jueces de las obras de los enanos.

De pie ante los dioses estaba Loki, junto a los tres hijos de Ivaldi, casi idénticos entre sí.

Brokk, barbinegro y taciturno, permanecía solo, a un costado, con las piezas que había traído ocultas bajo unas mantas.

—Muy bien —dijo Odín—. ¿Qué hemos de juzgar?

—Tesoros —respondió Loki—. Los hijos de Ivaldi os han traído regalos. Para ti, gran Odín, para Thor y para Frey. También Eitri y Brokk os han

fabricado obsequios. Ahora os corresponde a vosotros decidir cuál de las seis piezas es la mejor. Yo mismo os enseñaré los tesoros que os han traído los hijos de Ivaldi.

Entonces le entregó a Odín la lanza llamada Gungnir, un arma soberbia, tallada con intrincadas runas.

—Atraviesa cualquier material y, cuando la arrojas, siempre acierta en el blanco —explicó Loki. Después de todo, Odín tenía un solo ojo, y a veces su puntería no era del todo perfecta—. Y lo más importante es que cualquier juramento pronunciado sobre esta lanza es inquebrantable.

Odín sopesó el arma.

—Está muy bien —fue su comentario.

—Y aquí —prosiguió Loki con orgullo— tenemos una vaporosa cabellera dorada, hecha de oro puro. Se ajusta por sí misma al cuero cabelludo de la persona que la necesita y crece y se comporta en todos los sentidos como si fuera pelo auténtico. Está formada por cien mil hilos de oro.

—La probaremos —dijo Thor—. Sif, ven aquí.

Sif se levantó de su puesto y se acercó a su marido, con la cabeza cubierta. Cuando se quitó el pañuelo que le cubría el cráneo, los dioses sofocaron una exclamación de asombro al ver su rosada calva. Entonces, Sif se puso con cuidado la peluca de oro de los enanos y agitó un poco la cabeza. De inmediato, todos vieron que la base de la peluca se unía al cuero cabelludo de Sif y que ésta se volvía aún más radiante y hermosa.

—Impresionante —observó Thor—. ¡Buen trabajo!

Sif se arregló con una mano la dorada melena y salió del recinto, a la luz del sol, para enseñar a sus amigas su nueva cabellera.

El último de los extraordinarios regalos de los hijos de Ivaldi era de tamaño reducido y estaba plegado como una pieza de tela. Loki lo colocó delante de Frey.

—¿Qué es esto? Parece un pañuelo de seda —dijo Frey, con cierta indiferencia.

—Eso parece, en efecto —respondió Loki—. Pero si lo despliegas, descubrirás un barco llamado Skidbladnir, que siempre tendrá buen viento en sus velas, vaya a donde vaya. Y aunque es una nave enorme, la más grande

que puedas imaginar, verás que se puede plegar como un pañuelo para llevarla en el bolsillo.

Frey quedó muy impresionado y Loki sintió un gran alivio. Eran tres regalos excelentes.

Entonces le llegó el turno a Brokk. Tenía los párpados rojos e inflamados, y en un costado del cuello se le notaba una gran picadura de insecto. Loki se dijo que Brokk parecía demasiado arrogante, sobre todo teniendo en cuenta las maravillas que habían fabricado los hijos de Ivaldi.

Brokk sacó la argolla de oro, grande como un brazalete, y la colocó delante de Odín, en su elevado trono.

—El brazalete se llama Draupnir —dijo Brokk—, porque, cada nueve noches, ocho brazaletes de oro de idéntica belleza brotarán de su interior como otras tantas gotas de agua. Puedes usarlos para recompensar a tus hombres, o acumularlos para que aumente tu riqueza.

Odín examinó el brazalete y se lo puso a la altura del bíceps, donde lucía resplandeciente.

—Está muy bien —comentó.

Loki recordó que Odín había dicho lo mismo de la lanza.

Después Brokk se dirigió a Frey, levantó una de las mantas y reveló un enorme jabalí con cerdas de oro.

—Aquí tienes el jabalí que mi hermano fabricó para ti, para que tire de tu carro —dijo Brokk—. Puede correr por el cielo y el mar, con más rapidez que el más veloz de los corceles. Por muy oscura que sea la noche, sus doradas cerdas la iluminarán, para que puedas ver el camino. Nunca se cansará, ni te fallará jamás. Se llama Gullinbursti, el de las cerdas de oro.

Frey quedó muy impresionado. Aun así —pensó Loki—, el barco mágico que se plegaba como un pañuelo era tan imponente como el jabalí que resplandecía en la oscuridad e igual de imparable. Su cabeza aún estaba a salvo. Además, Loki estaba convencido de haber podido sabotear el último regalo de Brokk, el que aún no había presentado.

De debajo de la última manta, Brokk extrajo un martillo y lo colocó delante de Thor.

Thor lo miró y arrugó la nariz.

—El mango es un poco corto —observó.

Brokk asintió.

—Es verdad —dijo—. La culpa ha sido mía. Yo era el encargado de accionar el fuelle. Pero, antes de que lo rechaces, déjame explicarte por qué es único este martillo. Se llama Mjollnir, «fabricante de relámpagos». Ante todo, es irrompible. Aunque lo descargues con todas tus fuerzas, el martillo no sufrirá nunca ningún daño.

Thor pareció un poco más interesado. Había roto unas cuantas armas a lo largo de los años, normalmente por utilizarlas para golpear con fuerza alguna cosa.

—Si lo arrojas, siempre acertará en el blanco.

El interés de Thor iba en aumento. Había perdido muchas armas excelentes por fallar el tiro al arrojarlas contra cosas que le resultaban irritantes, y unas cuantas habían desaparecido por haberlas lanzado demasiado lejos.

—Por muy fuerte o muy lejos que lo arrojes, siempre volverá a tus manos.

Para entonces, Thor ya estaba sonriendo. Y es preciso recordar que el dios del trueno no sonreía con frecuencia.

—Puedes variar su tamaño, hacer que crezca desmesuradamente o reducirlo hasta el punto de poder ocultarlo debajo de la camisa.

Thor aplaudió encantado, causando una tormenta de truenos que resonó en todo Asgard.

—Aun así, como tú mismo has dicho —prosiguió tristemente Brokk—, es cierto que el mango del martillo es demasiado corto. La culpa es mía. Dejé de accionar el fuelle un momento, mientras mi hermano Eitri lo forjaba.

—La longitud deficiente del mango es un defecto menor, únicamente estético —respondió Thor—. Este martillo nos protegerá de los gigantes del hielo. Es el mejor regalo que me han hecho en toda mi vida.

—Protegerá Asgard. Nos protegerá a todos —intervino Odín, con expresión de aprobación.

—Si yo fuese un gigante, me daría mucho miedo ver a Thor con ese martillo en la mano —opinó Frey.

—Sí, es un martillo excelente. Pero ¿qué me dices de los cabellos de oro, Thor? ¿Qué te ha parecido la nueva y maravillosa cabellera dorada de Sif? —preguntó Loki, que ya empezaba a desesperarse.

—¿Qué? ¡Ah, sí! Mi mujer tiene unos cabellos muy bonitos —dijo Thor—. Ahora, Brokk, enséñame lo que tengo que hacer para que el martillo crezca o se reduzca.

—El martillo de Thor es mejor incluso que mi fabulosa lanza y mi espléndido brazalete —dijo Odín, asintiendo.

—El martillo es mejor y más impresionante que mi barco y mi jabalí —admitió Frey—. Garantizará la seguridad de todos los dioses de Asgard.

Los dioses felicitaron a Brokk con unas palmadas en la espalda y le anunciaron que había fabricado, con su hermano Eitri, el mejor regalo recibido por los dioses desde el comienzo de los tiempos.

—Es bueno saberlo —dijo Brokk, que enseguida se volvió hacia Loki—. Eso significa —añadió— que puedo cortarte la cabeza, hijo de Laufey, y llevármela conmigo. Eitri estará encantado, porque podremos utilizarla para fabricar algo útil.

—Te... te ofrezco una recompensa a cambio de mi cabeza —replicó Loki—. Podría cubrirte de tesoros.

—Eitri y yo tenemos todos los tesoros que podamos desear —dijo Brokk—. ¡Nosotros mismos los fabricamos! No, Loki. Quiero tu cabeza.

Loki reflexionó un momento y finalmente dijo:

—Muy bien, es tuya... ¡si puedes atraparme!

De un salto, se elevó por los aires y echó a correr, muy por encima de las cabezas de todos los presentes. Poco tiempo después, había desaparecido.

Brokk miró a Thor.

—¿Podrías atraparlo?

Thor se encogió de hombros.

—En realidad, no debería —dijo—. Pero me gustaría probar el martillo.

Al cabo de un rato, Thor regresó sujetando a Loki, cuyos ojos refulgían de furia impotente.

El enano Brokk sacó un cuchillo.

—Ven aquí, Loki —dijo—. Te voy a cortar la cabeza.

—Por supuesto —replicó Loki—. Puedes cortármela, desde luego. Pero declaro aquí y ahora, ante el poderoso Odín, que si me cortas una mínima parte del cuello, estarás infringiendo las condiciones de nuestro convenio, que ponía a tu entera disposición mi cabeza, pero nada más que mi cabeza.

Odín reflexionó un instante.

—Loki tiene razón —dijo—. No tienes derecho a cortarle el cuello.

Brokk estaba irritado.

—Pero, si no le corto el cuello, ¿cómo voy a hacer para cortarle la cabeza? —protestó.

Loki pareció satisfecho.

—¿Lo ves? —dijo—. Si la gente sopesara mejor sus palabras, nadie se atrevería a desafiar a Loki, el más sabio, ingenioso, astuto, inteligente y apuesto de...

Mientras tanto, Brokk le susurró algo al oído a Odín.

—Me parece justo —aceptó el dios.

Brokk sacó una tira de cuero y un cuchillo. Le tapó la boca a Loki con la tira de cuero e intentó fijársela a la cara, haciéndole unas perforaciones con la punta del cuchillo.

—No puedo —dijo Brokk—. Mi cuchillo no te atraviesa la piel.

—Es posible que me haya protegido en previsión de eventuales heridas de arma blanca —replicó Loki con afectada modestia—, por si no funcionaba la estratagema del cuello. Me temo que ningún cuchillo puede cortarme.

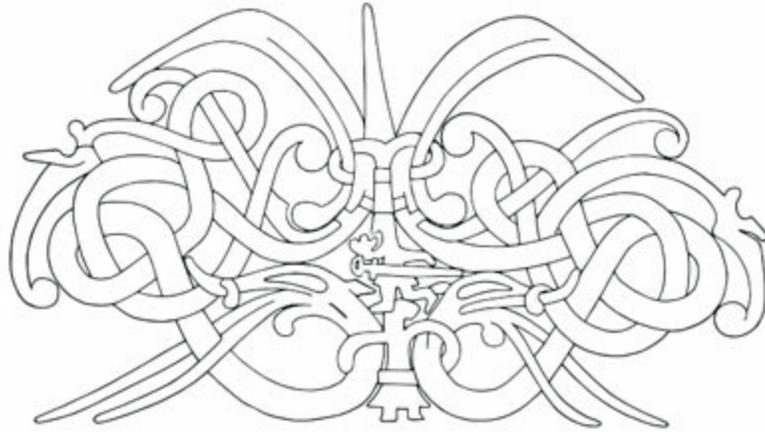
Brokk gruñó y sacó del bolsillo una aguja de gran tamaño, de las que se utilizan para coser cuero, y la hizo pasar a través de la tira y de los labios de Loki. Después, buscó un hilo resistente y lo usó para coserle la boca.

Brokk se marchó, dejando a Loki con la boca cerrada, incapaz de articular una queja.

Para Loki, el dolor de no poder hablar era todavía más insoportable que el de tener los labios cosidos a la tira de cuero.

Ahora ya lo sabéis. Así fue como los dioses consiguieron sus mejores tesoros. Todo fue culpa de Loki, incluido el martillo de Thor. Siempre pasaba lo mismo. Todos se molestaban con Loki incluso cuando debían sentirse agradecidos, y sentían que le debían un favor, incluso cuando más lo odiaban.

El maestro constructor



Thor se había marchado al este a combatir a los troles. Asgard estaba más tranquilo sin él, pero también menos protegido. Fue en los primeros tiempos, poco después del tratado entre los aesir y los vanir, cuando los dioses aún no habían terminado de construir su fortaleza y Asgard no estaba bien defendido.

—No podemos depender siempre de Thor —dijo Odín—. Necesitamos protección. Tarde o temprano, vendrán los gigantes. Y también los troles.

—¿Qué propones? —preguntó Heimdall, el guardián de los dioses.

—Debemos construir una muralla —respondió Odín—, un muro lo bastante alto para que no puedan pasar los gigantes del hielo y lo bastante grueso para que ni siquiera el más fuerte de los troles pueda derribarlo a golpes.

—Tardaremos muchos años en levantar una muralla como la que describes —observó Loki.

Odín asintió.

—Aun así —dijo—, la necesitamos.

Al día siguiente, llegó a Asgard un desconocido. Era un hombre corpulento, que vestía como un herrero y traía consigo un caballo de aspecto cansado, un enorme semental gris de planta poderosa.

—He oído decir que necesitáis una muralla —dijo el forastero.

—Así es —respondió Odín.

—Os la puedo construir —añadió el extraño—. Será tan alta que ni el más alto de los gigantes podrá pasar por encima y tan gruesa que ni el más fuerte de los troles podrá derribarla a golpes. Al levantarla, colocaré con tanta precisión las piedras que ni siquiera una hormiga podrá colarse por las juntas. Os construiré una muralla que durará mil veces mil años.

—Pero necesitarás mucho tiempo para construir una muralla tan imponente —dijo Loki.

—Nada de eso —replicó el desconocido—. Puedo construirla en lo que duran tres estaciones. Mañana será el primer día del invierno. Tardaré un invierno, un verano y otro invierno más en levantarla.

—¿Qué pides a cambio? —intervino Odín.

—Una insignificancia, para lo mucho que os ofrezco —respondió el hombre—. Sólo tres cosas. En primer lugar, quiero la mano de la hermosa diosa Freya.

—¡Eso no es ninguna insignificancia! —lo contradijo Odín—. Además, no me sorprendería que Freya tuviera una opinión diferente al respecto. ¿Cuáles son las otras dos cosas?

El desconocido sonrió con arrogancia.

—Si os construyo la muralla —dijo—, quiero la mano de Freya, y también el sol que resplandece en el cielo durante el día y la luna que ilumina nuestras noches. Son las tres cosas que me daréis si construyo vuestra muralla.

Los dioses miraron a Freya, que permaneció en silencio, aunque tenía los labios apretados y estaba pálida de ira. Llevaba en torno al cuello el collar de los Brisings, que resplandecía como la aurora boreal cada vez que le rozaba la piel, y, para sujetarse el pelo, una diadema de oro casi tan reluciente como su cabellera.

—Sal un momento y espera —le ordenó Odín al desconocido.

El hombre salió, no sin antes preguntar dónde podía encontrar comida y agua para su caballo, que se llamaba Svadilfari, «viajero desventurado».

Odín se rascó la frente, pensativo, y a continuación se volvió y miró a los otros dioses.

—¿Y bien? —preguntó.

Todos empezaron a hablar a la vez.

—¡Silencio! —gritó Odín—. ¡De uno en uno!

Cada uno de los dioses y diosas tenía algo que decir, pero todos eran de la misma opinión. Freya, el sol y la luna eran demasiado importantes y valiosos para dárselos a un desconocido, aunque el hombre fuera capaz de construir en apenas tres estaciones la muralla que tanto necesitaban.

Pero Freya opinaba algo más. A su juicio, el extraño debía ser azotado

por su impertinencia y expulsado sin más de Asgard.

—Muy bien —dijo Odín, el padre de todos—. Hemos tomado una decisión. Le diremos que no.

Se oyó entonces una tos seca en un rincón de la sala, el tipo de tos que intenta llamar la atención. Todos los dioses se volvieron para descubrir quién tosía y vieron a Loki, que les devolvió la mirada con una sonrisa y el dedo índice levantado, como si tuviera algo importante que anunciar.

—Me parece oportuno señalar —dijo— que estáis omitiendo un hecho muy relevante.

—No creo que hayamos pasado por alto ni un solo detalle, ¡oh, Loki, el más pendenciero de los dioses! —replicó Freya secamente.

—No habéis considerado —insistió Loki— que la oferta de ese desconocido es, por decirlo suavemente, del todo imposible de realizar. No hay nadie capaz de construir una muralla tan alta y gruesa como la que ha descrito ese hombre en tan sólo dieciocho meses. Ni siquiera un gigante o un dios podrían hacerlo y menos aún un mortal. Me juego la piel a que no lo consigue.

Escuchando sus palabras, los dioses asentían, murmuraban por lo bajo y parecían interesados. Todos, excepto Freya, que estaba indignada.

—Sois unos idiotas —dijo la diosa—, especialmente tú, Loki, por creerte tan listo.

—Ese hombre nos está ofreciendo un imposible —repitió Loki—. Os sugiero, por lo tanto, que aceptemos sus exigencias y su precio, pero con unas condiciones muy estrictas: tendrá que construir la muralla sin ayuda de nadie y, en lugar de completarla en tres estaciones, tendrá que terminarla en una. Si el primer día de verano queda algún trozo de muralla sin terminar, como seguramente sucederá, no le pagaremos nada.

—¿Por qué crees que aceptará esas condiciones? —preguntó Heimdall.

—¿Y qué ganaremos si las acepta? ¡Seguiremos sin tener una muralla! —intervino Frey, el hermano de Freya.

Loki intentó controlar su impaciencia. ¿Eran tontos los dioses? Empezó a explicar su plan, como lo habría hecho con un niño pequeño.

—El herrero comenzará a construir la muralla, pero no la terminará.

Trabajaré seis meses para nosotros sin recibir nada a cambio. Cuando se cumplan los seis meses, lo echaremos. ¡Incluso podríamos castigarlo por su arrogancia! Sin embargo, lo que haya construido nos servirá de base para la muralla que terminaremos de levantar nosotros mismos en los próximos años. No corremos ningún riesgo de perder a Freya, y menos aún el sol o la luna.

—¿Por qué piensas que aceptará construirla en una sola estación? —preguntó Tyr, dios de la guerra.

—Quizá no acepte —respondió Loki—, pero es engreído y seguro de sí mismo, y no parece el tipo de persona que rechaza un desafío.

Todos los dioses le dieron a Loki palmaditas de aprobación en la espalda, alabaron su ingenio y se felicitaron por tener de su parte a alguien tan astuto. Se alegraron de que el extraño fuera a construirles los cimientos de la muralla sin recibir nada a cambio y se dieron mutuamente la enhorabuena por la inteligencia y la capacidad negociadora que habían demostrado.

Freya guardaba silencio mientras recorría con los dedos las cuentas del collar de los Brisings. Era el mismo collar que Loki le había robado tras asumir forma de foca cuando ella se estaba bañando. Para recuperarlo, Heimdall había tenido que convertirse también en foca para luchar contra el dios alborotador. Freya no le tenía ninguna confianza a Loki y estaba muy preocupada por el rumbo que había tomado la conversación.

Los dioses mandaron llamar al desconocido.

El hombre los miró a todos y vio que estaban de buen humor, que sonreían e intercambiaban codazos. Solamente Freya estaba seria.

—¿Y bien? —preguntó el extraño.

—Has pedido tres estaciones —anunció Loki—, pero te concederemos solamente una. Mañana es el primer día del invierno. Si no has terminado la muralla cuando comience el verano, te marcharás sin recibir nada a cambio de tu esfuerzo. Pero si terminas de construir una muralla tan alta, gruesa e inexpugnable como hemos acordado, entonces recibirás todo lo que has pedido: el sol, la luna y la mano de la hermosa Freya. No podrás recibir ninguna ayuda para levantar la muralla. Tendrás que construirla tú solo.

El desconocido no dijo nada por unos instantes. Se quedó con la vista perdida en la distancia, como sopesando las palabras y las condiciones de

Loki. Después, miró a los dioses y se encogió de hombros.

—Has dicho que no puedo recibir ninguna ayuda. Sin embargo, me gustaría que mi caballo Svadilfari me ayudase a cargar las piedras que utilizaré para levantar la muralla. Creo que mi solicitud es razonable.

—A mí también me lo parece —concedió Odín, y los otros dioses asintieron, mientras comentaban entre sí que los caballos eran muy útiles para transportar piedras pesadas.

Acto seguido, tanto los dioses como el forastero pronunciaron los más solemnes y poderosos juramentos, para que ninguna de las partes pudiera traicionar a la otra. Juraron sobre sus armas, sobre Draupnir, el brazalete de Odín, y también sobre Gungnir, su lanza, pues todos sabían que cualquier juramento pronunciado sobre la lanza de Odín era inviolable.

A la mañana siguiente, cuando amaneció, los dioses fueron a ver trabajar al herrero. El hombre se humedeció las palmas de las manos con sendos escupitajos y empezó a cavar la zanja para colocar las primeras piedras.

—Está cavando una zanja muy profunda —dijo Heimdall.

—Y el trabajo avanza con rapidez —comentó Frey, el hermano de Freya.

—Sí, ya veo. Obviamente, es un gran cavador de zanjas y trincheras —reconoció Loki de mala gana—. Pero imaginad cuántas piedras tendrá que cargar hasta aquí desde las montañas. Una cosa es cavar una zanja y otra muy distinta es cargar piedras a lo largo de muchas millas, sin ninguna ayuda, y después colocarlas una sobre otra, con un ajuste tan perfecto que ni siquiera una hormiga pueda pasar entre las juntas, para construir una muralla más alta que el más enorme de los gigantes.

Freya miró a Loki disgustada, pero no dijo nada.

Cuando anocheció, el constructor montó su caballo y partió hacia las montañas para recoger las primeras piedras. El caballo llevaba enganchado un trineo vacío para cargar las piedras, y lo iba arrastrando por la tierra blanda. Los dioses los contemplaron mientras se alejaban. La luna estaba alta y pálida en el cielo de comienzos del invierno.

—Volverá dentro de una semana —dijo Loki—. Siento curiosidad por ver cuántas piedras será capaz de arrastrar ese caballo. Parece robusto.

Los dioses entraron entonces en la gran sala de los banquetes y se

entregaron al festín, las risas y la animación, pero Freya no reía.

Antes del alba, cayeron unos copos de nieve que enharinaron levemente el suelo, como adelanto de las grandes nevadas que traería el invierno.

Heimdall, que siempre estaba atento a todo cuanto se acercara a Asgard y nunca pasaba nada por alto, despertó a los dioses en plena oscuridad. En poco tiempo, todos estuvieron reunidos junto a la zanja cavada la víspera por el desconocido. A la luz del incipiente amanecer, vieron al forastero, que se dirigía hacia ellos andando, al lado de su caballo.

El animal arrastraba una veintena de bloques de granito, tan pesados que el trineo iba dejando profundos surcos en la tierra negra.

Cuando el hombre divisó a los dioses, los saludó con la mano y les dio alegremente los buenos días. Señaló el sol que asomaba en el horizonte y les hizo un guiño. Después desenganchó el trineo y dejó al caballo paciendo en un prado, mientras comenzaba a descargar las rocas y las llevaba hasta la zanja cavada el día anterior.

—Realmente, es muy robusto ese caballo —comentó Balder, el más apuesto de los aesir—. Ningún caballo corriente sería capaz de arrastrar una carga tan pesada.

—Tiene más fuerza de lo que imaginábamos —convino el sabio Kvasir.

—Bah —dijo Loki—. Pronto se cansará. Hoy ha sido su primera jornada de trabajo. No podrá arrastrar tantas piedras noche tras noche. Y pronto llegará el invierno, que lo cubrirá todo con un grueso manto de nieve. Las tormentas serán cegadoras y el camino a la montaña se volverá impracticable. No hay por qué preocuparse. Todo está saliendo de acuerdo con nuestro plan.

—¡No sabes cuánto te odio! —dijo Freya, que estaba de pie junto a Loki, seria y circunspecta.

Se dio media vuelta y regresó a Asgard a la luz del alba para no tener que ver cómo construía el desconocido los cimientos de la muralla.

Cada noche, el constructor y su caballo partían hacia la montaña con el trineo vacío, y regresaban cada mañana con otros veinte bloques de granito sobre la plataforma de carga. Y cada uno de esos bloques era más grande que el más alto de los hombres.

La muralla crecía cada día un poco más y al caer la noche era más grande

e impresionante que el día anterior.

Odín convocó a los dioses.

—Las obras de la muralla avanzan con rapidez —dijo—, y hemos pronunciado un juramento inviolable, sobre el brazalete y sobre nuestras armas. Si ese hombre termina la muralla a tiempo, tendremos que darle el sol, la luna y la mano de la hermosa Freya.

Kvasir el sabio tomó la palabra:

—Ningún hombre podría igualar la hazaña de ese maestro constructor. Sospecho que no es un hombre.

—¿Un gigante? —preguntó Odín—. Puede que tengas razón.

—Ojalá Thor estuviera aquí —suspiró Balder.

—Thor está combatiendo a los troles con su martillo, muy lejos, en las tierras del este —replicó Odín—. Pero, aunque regresara, el juramento que hemos pronunciado es poderoso e inquebrantable.

Loki intentó tranquilizarlo.

—¡Parecemos un corrillo de viejas timoratas, aquí, preocupándonos por nada! Aunque sea el más poderoso de los gigantes, el constructor no podrá terminar la muralla antes del primer día del verano. ¡Es imposible!

—Ojalá Thor estuviera aquí —dijo Heimdall—. Él sabría qué hacer.

Llegaron las nevadas, pero el grueso manto de nieve no impidió que el constructor siguiera trabajando, ni volvió más lenta la marcha de Svadilfari, su caballo. El gris semental siguió tirando del trineo cargado de piedras, a través de ventisqueros y borrascas, subiendo y bajando por abruptas pendientes y profundos despeñaderos helados.

Al cabo de un tiempo, los días empezaron a hacerse más largos.

El alba llegaba más pronto cada mañana. La nieve comenzó a fundirse y el barro que apareció en su lugar era espeso y pesado, el tipo de fango que se pega a las botas e impide avanzar a buen ritmo.

—El caballo no podrá arrastrar las piedras por los caminos enfangados —anunció Loki—. No tendrá buen apoyo para las patas y el trineo se hundirá en el barro.

Pero Svadilfari siguió avanzando con implacable firmeza incluso por los barrizales más extensos y encharcados, y no dejó de transportar piedras hasta

Asgard, pese a que el trineo era tan pesado que a su paso dejaba profundos surcos en las laderas. La muralla ya había alcanzado cientos de pies de altura y el constructor tenía que levantar cada piedra hasta lo alto del muro para colocarla en su sitio.

Se secó el barro, aparecieron las primeras flores primaverales —fárfaras amarillas y anémonas blancas en abundancia— y la muralla que se levantaba en torno a Asgard empezó a cobrar un aspecto glorioso e imponente. Cuando estuviera terminada, sería inexpugnable; no habría gigante, ni trol, ni enano, ni mortal capaz de derribarla. Y el forastero la seguía construyendo, sin perder nunca el buen humor. No parecía preocuparle que lloviera o nevara, ni tampoco a su caballo. Cada mañana llegaba con un nuevo cargamento de rocas de las montañas y cada día añadía una nueva hilera de bloques de granito sobre la hilera anterior.

Cuando llegó el último día del invierno, la muralla estaba prácticamente terminada.

Sentados en sus tronos de Asgard, los dioses se lamentaban.

—¡El sol! —suspiró Balder—. Hemos regalado el sol.

—Habíamos puesto la luna en el cielo para que marcara los días y las semanas del año —observó cabizbajo Bragi, dios de la poesía—. Pero ahora ya no habrá luna.

—¿Y Freya? ¿Qué haremos sin Freya? —preguntó Tyr.

—Si ese constructor es realmente un gigante —dijo Freya, con hielo en la voz—, me tomará por esposa y me llevará a vivir a Jotunheim. Será muy interesante descubrir a quién odio más: a él, por llevarme lejos, o a vosotros, por haberlo permitido.

—No digas eso... —empezó Loki.

Pero Freya lo interrumpió, diciendo:

—Si ese gigante me lleva consigo y se lleva también el sol y la luna, solamente pediré una cosa a los dioses de Asgard.

—¿Qué cosa? —intervino Odín, el padre de todos, que hasta entonces no había hablado.

—Antes de irme, me gustaría ver muerto al causante de tantas calamidades —respondió Freya—. Me parece de justicia. Si tengo que

marcharme al país de los gigantes del hielo, si el sol y la luna deben abandonar el firmamento, dejando al mundo sumido en una oscuridad eterna, entonces me parece razonable que quien nos precipitó en esta catástrofe lo pague con su vida.

—¡Ay! —suspiró Loki—. Es muy difícil atribuir correctamente la culpa. ¿Acaso alguien se acuerda de quién sugirió qué? Por lo que yo recuerdo, todos los dioses tenemos idéntica responsabilidad en este desafortunado error. Todos propusimos, todos estuvimos de acuerdo...

—Tú propusiste —lo corrigió Freya—. Tú convenciste a estos idiotas. Y te veré muerto antes de marcharme de Asgard.

—Todos nosotros... —empezó Loki, pero observó las expresiones de los dioses presentes en la sala y prefirió callar.

—Loki, hijo de Laufey —dijo Odín—, esta desdicha es el resultado de tus malos consejos.

—Pésimos consejos, como todos los que suele dar —dijo Balder, y Loki lo fulminó con la mirada.

—Necesitamos que el constructor pierda el desafío —añadió Odín—, sin quebrantar nuestro juramento. Es preciso que fracase.

—No sé qué esperas que haga al respecto —dijo Loki.

—No espero nada de ti —replicó Odín—. Pero si ese constructor consigue terminar la muralla antes del anochecer del día de mañana, tendrás una agonía larga y dolorosa, y una muerte horrible y humillante.

Loki contempló uno a uno los rostros de los dioses y en todos vio anunciada su muerte. Había ira y resentimiento en todas las caras, y en ninguna vio clemencia ni perdón.

Sería una muerte horrible, como había dicho Odín. Pero ¿qué opción tenía? ¿Qué podía hacer? No se atrevía a atacar al constructor. Por otro lado...

Hizo un gesto afirmativo.

—Dejádmelo a mí.

Abandonó la sala y ninguno de los dioses intentó detenerlo.

El constructor terminó de colocar la penúltima hilera de piedras en lo alto de la muralla. Al día siguiente, el primero del verano, antes de que anocheciera, terminaría la muralla y se marcharía de Asgard con sus trofeos.

Sólo le faltaban veinte bloques de granito. Bajó de los andamios de madera y silbó para llamar a su caballo.

Svadilfari estaba paciando, como siempre, en el prado de hierbas altas que lindaba con el bosque, a media milla de la muralla; pero siempre acudía en cuanto oía el silbido de su amo.

El constructor cogió las correas que sujetaban el trineo y se dispuso a engancharlo a su imponente caballo gris. El sol estaba bajo, pero aún faltaban varias horas para que desapareciera detrás del horizonte. El disco de la luna también estaba en el cielo, aunque apenas se distinguía. Muy pronto, el sol y la luna serían suyos: la luz mayor y la menor, y también la dama Freya, más bella que el sol y la luna. Pero el constructor no quería congratularse de sus tesoros antes de tenerlos en su poder. ¡Había trabajado tanto y tan duramente, durante todo el invierno...!

Volvió a silbarle al caballo. ¡Qué curioso! Nunca había tenido que llamarlo más de una vez. Entonces distinguió a Svadilfari a lo lejos. Sacudía la cabeza y hacía extrañas cabriolas entre las flores silvestres del prado. Daba un paso adelante y después otro atrás, como si percibiera un aroma tentador en el aire tibio del atardecer primaveral y no acabara de localizarlo.

—¡Svadilfari! —lo llamó el constructor, y el caballo levantó las orejas y empezó a trotar por el prado, en dirección a su amo.

Al ver que el caballo acudía a su llamada, el constructor se sintió satisfecho. El ruido de los cascos del animal sobre el suelo del prado se multiplicaba con los ecos que devolvía la impresionante muralla de granito gris, de tal manera que por un momento el hombre creyó oír toda una manada de caballos que se dirigía hacia él.

«No —pensó—. Es solamente uno.»

Pero enseguida se dio cuenta de su error. No era un solo caballo. No oía los cascos de un solo corcel, sino de dos.

El otro animal era una yegua de pelaje castaño. El constructor no tuvo que mirar entre las patas para reconocer al instante que era una yegua. Cada línea de su figura y cada pulgada de su cuerpo proclamaban que era una hembra. Svadilfari giró sobre sí mismo, ralentizó la marcha, retrocedió y prorrumpió en un sonoro relincho.

La yegua castaña no le prestó atención. Dejó de correr, como si el caballo no existiera, bajó la cabeza y se puso a pastar, mientras Svadilfari se le acercaba. Sin embargo, cuando tuvo al semental a unos veinte o treinta pasos de distancia, la yegua se irguió y emprendió la huida, en un trote que pronto se convirtió en galope. El caballo gris echó a correr tras ella tratando de alcanzarla, siempre uno o dos cuerpos por detrás. Cada vez que podía, intentaba hincarle los dientes en la grupa o en la cola, pero nunca lo conseguía.

Corrieron juntos a través del prado a la luz dorada del crepúsculo, el caballo gris y la yegua castaña, con el sudor resplandeciendo en los flancos. Era casi una danza.

El constructor entrechocó con fuerza las palmas, silbó y llamó a Svadilfari por su nombre, pero el semental no le prestó atención.

El hombre echó a correr para tratar de atrapar al caballo y hacerlo entrar en razón, pero la yegua castaña casi pareció adivinar sus intenciones, porque se detuvo un momento, frotó las orejas y la crin contra un costado de la cabeza del semental y enseguida echó a correr de nuevo hacia los márgenes de la arboleda, como si la persiguiera una manada de lobos. Svadilfari corrió tras ella y, en cuestión de segundos, los dos desaparecieron entre las sombras del bosque.

El constructor soltó una maldición, escupió al suelo y se dispuso a aguardar el regreso de su caballo.

Las sombras se fueron alargando cada vez más, pero Svadilfari no regresaba.

El hombre volvió a su trineo. Se quedó contemplando el bosque un momento, pero enseguida se humedeció las palmas de las manos con saliva, agarró las correas y empezó a arrastrar el trineo a través del prado de hierbas altas y flores primaverales hacia la cantera de las montañas.

Al alba no regresó. El sol ya estaba alto sobre el horizonte cuando el constructor llegó a Asgard, arrastrando el trineo cargado de piedras.

Llevaba diez bloques en el trineo, porque no podía arrastrar ninguno más. Venía resoplando y maldiciendo, pero cada paso y cada tirón lo acercaba un poco más a la muralla.

La hermosa Freya estaba de pie a las puertas de Asgard, observándolo.

—Veo que sólo traes diez bloques —señaló—. Y necesitas el doble para terminar la muralla.

El constructor no dijo nada. Siguió arrastrando los bloques hacia la puerta inconclusa, con el rostro tan inexpresivo como una máscara. Ya no sonreía, ni hacía guiños, como antes.

—Thor ya viene de vuelta de las tierras del este —le dijo Freya—. Pronto estará con nosotros.

Los dioses de Asgard salieron a ver al constructor, que seguía arrastrando las piedras en dirección a la muralla. Se acercaron a Freya y la rodearon en actitud protectora.

Primero se limitaron a mirar en silencio, pero después empezaron a sonreír, a reír por lo bajo y a dirigirle comentarios socarrones al constructor.

—¡Eh! —le gritó Balder—. Recuerda que sólo te daremos el sol si consigues terminar la muralla. ¿Creías que ibas a ganar?

—Tampoco tendrás la luna si no acabas la muralla —dijo Bragi—. Es una pena que se haya marchado tu caballo. Con él habrías podido cargar todos los bloques de piedra que necesitabas.

Y todos se echaron a reír a carcajadas.

Entonces, el constructor soltó las correas del trineo y se enfrentó a los dioses.

—¡Habéis hecho trampa! —exclamó, con el rostro enrojecido por el cansancio y la rabia.

—No hemos hecho más trampas que tú —replicó Odín—. ¿O acaso piensas que te habríamos permitido construir nuestra muralla si hubiésemos sabido que eras un gigante?

El constructor levantó un bloque con una sola mano y lo golpeó contra otro, partiéndolo en dos. Después se volvió hacia los dioses, con medio bloque en cada mano, y en ese momento todos vieron que medía veinte, treinta o quizá cincuenta pies de estatura y que la cara se le retorció en una mueca horrible. Ya no se parecía al desconocido plácido y amable que había llegado a Asgard una estación atrás. Ahora, su cara era semejante a la pared granítica de un acantilado, esculpida por la ira y el odio.

—Soy un gigante de las montañas —declaró—. Y vosotros, dioses, sois unos tramposos, capaces de quebrantar los más sagrados juramentos. Si aún tuviera mi caballo, ahora mismo estaría terminando esta muralla y podría llevarme el sol y la luna, y también a la hermosa Freya. Y os dejaría en medio del frío y la oscuridad, sin un poco de belleza para alegraros la vida.

—No hemos quebrantado ningún juramento —dijo Odín—. Y no hay ningún juramento que pueda protegerte de nosotros.

El gigante de las montañas rugió de rabia y echó a correr hacia los dioses, blandiendo en cada mano una enorme roca a modo de arma.

Los dioses se apartaron y sólo entonces descubrió el gigante que había alguien detrás de todos ellos: un dios colosal, musculoso y de barba roja, con guanteletes de hierro y un enorme martillo, que balanceó una sola vez y lanzó en cuanto pudo apuntar al gigante.

Cuando Thor arrojó el poderoso martillo, un destello de luz iluminó el cielo despejado, seguido del estrépito del trueno.

El gigante de las montañas vio que el arma se volvía cada vez más grande a medida que se acercaba a toda velocidad hacia su cara, y después ya no vio nada más. Ni volvió a ver nada.

Los dioses terminaron de construir la muralla por sí mismos, aunque tardaron muchas semanas en cortar los últimos diez bloques en las canteras de lo alto de las montañas, arrastrarlos hasta Asgard y colocarlos en su sitio, en lo alto de la puerta principal. Los bloques no estaban tan bien tallados como los que había preparado y colocado el maestro constructor, ni su ajuste era tan perfecto.

Algunos dioses opinaban que habría sido mejor esperar a que la muralla estuviera un poco más terminada, antes de que Thor matara al gigante. Thor, por su parte, agradeció que los dioses lo estuvieran esperando con un poco de diversión a su regreso de las tierras del este.

Curiosamente, porque era algo impropio de él, Loki no estuvo presente para escuchar los halagos por el ingenio con que había apartado a Svadilfari. Nadie sabía dónde estaba, aunque algunos mencionaron haber visto una magnífica yegua castaña en los prados al pie de Asgard. Nadie volvió a saber nada de Loki durante la mayor parte del año y, cuando finalmente apareció,

lo hizo acompañado de un potro gris.

Era un potro precioso, aunque tenía ocho patas, en lugar de las cuatro habituales, y seguía a Loki adondequiera que fuese. Lo empujaba con el hocico y lo trataba en general como si fuera su madre. De hecho, lo era.

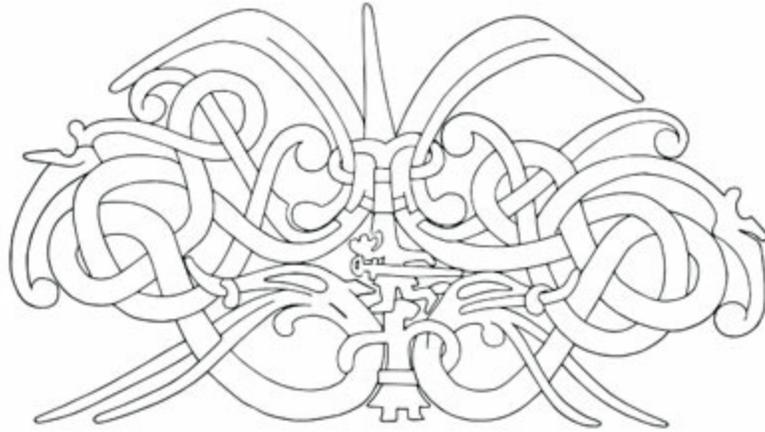
El potrillo creció y se convirtió en un caballo llamado Sleipnir, un enorme semental gris, el caballo más veloz y con más resistencia que haya existido o pueda existir jamás, un corcel capaz de ganarle carreras al viento.

Loki se lo regaló a Odín y de ese modo el padre de todos se hizo con Sleipnir, el mejor caballo que han conocido los dioses y los hombres.

A partir de entonces, muchos alabaron las virtudes del magnífico corcel ante Odín, pero sólo unos pocos valientes se atrevieron a mencionar alguna vez su origen en presencia de Loki y, de ellos, ninguno volvió a hacerlo una segunda vez. Loki estaba dispuesto a hacerle la vida imposible a cualquiera que osara mencionar el truco utilizado para alejar a Svadilfari de su amo y para ahorrar a los dioses las consecuencias de sus malos consejos. Loki era muy rencoroso.

Y así fue como consiguieron los dioses su muralla.

Los hijos de Loki



Loki era muy apuesto y él lo sabía. La gente le tenía simpatía y habría querido confiar en él, pero Loki era voluble y egoísta en el mejor de los casos, y taimado y malévolo en el peor. Estaba casado con Sigyn, que había sido feliz y hermosa mientras Loki la cortejaba, pero con el tiempo se había vuelto desconfiada y triste, como si siempre estuviera esperando una mala noticia. Con ella, Loki tuvo un hijo, Narfi, y más adelante otro, Vali.

A veces, Loki se marchaba durante mucho tiempo y no regresaba, y entonces parecía como si Sigyn estuviera esperando la peor de todas las noticias. Al final, Loki volvía siempre a su lado con mirada furtiva y expresión culpable, pero a la vez con aspecto de sentirse muy orgulloso de sí mismo.

Se marchó tres veces y otras tres veces regresó después de una larga ausencia.

La tercera vez que Loki volvió a Asgard, Odín lo mandó llamar.

—He tenido un sueño —le dijo el sabio dios de un solo ojo—. Sé que tienes hijos.

—Tengo uno, Narfi, que es un buen chico, aunque debo confesar que no siempre escucha a su padre, y otro más, Vali, que es sensato y obediente.

—No me refiero a ellos. Tienes otros tres hijos, Loki. Te has estado escapando para pasar muchos días y noches en la tierra de los gigantes del hielo, en compañía de la giganta Angrboda, que te ha dado tres hijos. Lo he visto con los ojos de la mente, mientras dormía, y mis visiones me han revelado que esos hijos tuyos serán los peores y más formidables enemigos de los dioses en tiempos venideros.

Loki no dijo nada. Intentó parecer avergonzado, pero sólo consiguió mostrarse satisfecho.

Odín convocó entonces a los dioses, con Tyr y Thor a la cabeza, y les anunció que partirían de inmediato hacia el lejano Jotunheim, el reino de los

gigantes, para traer a Asgard a los hijos de Loki.

En su viaje a la tierra de los gigantes, los dioses tuvieron que enfrentarse a muchos peligros, antes de llegar a la casa de Angrboda. La giganta no esperaba su visita y había dejado a los niños jugando juntos en la gran sala. Los dioses quedaron horrorizados al ver a los hijos de Loki y Angrboda, pero no se arredraron. Atraparon a los niños y los ataron. Al mayor lo cargaron entre todos, amarrado al tronco de un pino; al segundo le cerraron la boca con un bozal hecho con ramas de sauce anudadas y le pasaron una soga por el cuello a modo de correa; y a la tercera le permitieron que caminara al lado de sus hermanos, sombría e inquietante.

Los que marchaban a la derecha de la hija de Loki veían solamente una niña preciosa, mientras que aquellos que caminaban a su izquierda intentaban no mirarla, porque no veían más que una niña muerta, con la piel y la carne negras y putrefactas, andando entre los vivos.

—¿Te has dado cuenta? —le preguntó Thor a Tyr a la tercera jornada del viaje de regreso, cuando atravesaban el país de los gigantes del hielo.

Habían acampado en un pequeño claro para pasar la noche y Tyr le estaba rascando el cuello peludo al segundo hijo de Loki con su enorme mano izquierda.

—¿De qué?

—De que los gigantes no nos persiguen. Ni siquiera la madre de las criaturas viene detrás de nosotros. Es como si hubieran estado *deseando* que nos lleváramos de Jotunheim a los hijos de Loki.

—Eso que dices es una tontería —soltó Tyr, pero mientras lo decía se estremeció, a pesar del calor que hacía junto al fuego.

Al cabo de otras dos duras jornadas de viaje, llegaron al gran pabellón del trono de Odín.

—Éstos son los hijos de Loki —anunció brevemente Tyr.

El mayor seguía atado al tronco de un pino y para entonces ya era más alto que el árbol al que estaba amarrado. Se llamaba Jormungundr y en realidad era una serpiente.

—Ha crecido varios pies en estos días, mientras la traíamos hacia aquí —dijo Tyr.

—Tened cuidado —advirtió Thor—. Escupe un veneno negro y ardiente. Intentó escupirme, pero falló. Por eso le atamos la cabeza al árbol.

—Es una criatura —dijo Odín—. Todavía está creciendo. La enviaremos a donde no pueda hacerle daño a nadie.

Odín llevó a Jormungundr a orillas del mar que hay más allá de todas las tierras, al océano que se extiende alrededor de Midgard, y allí la soltó. Enseguida la vio reptar y deslizarse bajo las olas, y alejarse nadando con sinuoso movimiento.

El padre de todos se quedó mirando con su único ojo a la serpiente hija de Loki, hasta verla desaparecer más allá del horizonte, y entonces se preguntó si habría hecho lo correcto. No lo sabía. Había actuado tal como le habían indicado sus sueños, pero los sueños saben más de lo que revelan, incluso al más sabio de los dioses.

La serpiente seguiría creciendo bajo las aguas grises del océano del mundo, hasta rodear toda la tierra, y la gente la llamaría Jormungundr, la serpiente de Midgard.

Entonces, Odín regresó a la gran fortaleza de Asgard y le ordenó a la hija de Loki que diera un paso al frente.

La observó con atención. Del lado derecho de la cara, su mejilla era blanca y sonrosada; su ojo era verde, como los ojos de Loki; y sus labios, rojos y carnosos. Del lado izquierdo, sin embargo, tenía la piel estriada y amoratada, con la tumefacción de la muerte; su ojo sin vida parecía pálido y podrido, y tenía media boca retraída y marchita, sobre unos dientes pardos de calavera.

—¿Cómo te llamas, niña? —le preguntó Odín.

—Me llaman Hel —respondió ella—, para servirte, ¡oh, padre de todos!

—Tengo que reconocer que eres una niña muy educada —dijo el dios.

Hel no respondió. Se limitó a mirarlo con su ojo verde, de mirada aguda como una aguja de hielo, y con su otro ojo pálido y muerto, y Odín no vio miedo en ninguno de los dos.

—¿Estás viva? —le preguntó—. ¿O eres un cadáver?

—Simplemente, soy yo, Hel, hija de Angrboda y Loki —respondió la niña—. Me gustan sobre todo los muertos, porque son sencillos y me tratan

con respeto. En cambio, los vivos me miran con repugnancia.

Odín contempló a la niña y recordó sus sueños. Entonces dijo:

—Esta niña será la reina del más profundo de los abismos oscuros, la soberana de los muertos de los nueve mundos. Será la reina de esas pobres almas que mueren sin gloria: de vejez o enfermedad, de accidente o de parto. Los guerreros que caigan en combate vendrán al Valhalla con nosotros, pero aquellos que conozcan una muerte menos digna serán sus súbditos y la asistirán en las tinieblas.

Por primera vez desde que la habían separado de su madre, la niña Hel sonrió con la mitad de la boca.

Odín la condujo al mundo tenebroso, le enseñó el salón inmenso donde recibiría a sus súbditos y la acompañó mientras ponía nombre a sus posesiones.

—A este cuenco lo llamaré Hambre —dijo Hel—. Este cuchillo se llamará Inanición y mi cama será el Lecho de Muerte.

De ese modo, quedó resuelta la situación de dos de los hijos de Loki con Angrboda: uno se quedaría en el océano y la otra habitaría para siempre las profundidades oscuras del mundo subterráneo. Pero ¿qué hacer con el tercero?

Durante el trayecto desde el país de los gigantes, el tercero y más pequeño de los hijos de Loki era del tamaño de un cachorro, y Tyr había pasado muchos momentos rascándole el cuello y jugando con él, después de retirarle el bozal de ramas de sauce. Era un lobezno gris y negro, con ojos del color del ámbar oscuro.

El lobezno comía carne cruda, pero hablaba con la lengua de los dioses y los hombres, y era una criatura orgullosa. La pequeña bestia se llamaba Fenrir.

También Fenrir crecía con gran rapidez. Si un día era grande como un lobo, al día siguiente ya tenía el tamaño de un oso de las cavernas, y al poco tiempo era tan corpulento como un alce gigantesco.

Todos los dioses le temían, excepto Tyr, que seguía jugando con él y era el único que le llevaba a diario carne cruda para que comiera. Cada día, la bestia comía más que el día anterior, y se volvía más fuerte y feroz.

Odín veía crecer al niño lobo con aprensión, porque en sus sueños la bestia estaba presente en el final de todas las cosas, y lo último que veía Odín en sus sueños del futuro eran los ojos de color topacio y los afilados dientes blancos del lobo Fenrir.

Los dioses se reunieron en asamblea y decidieron que era preciso inmovilizarlo.

Entonces fabricaron en sus fraguas robustos grilletes y pesadas cadenas, y fueron a ver a Fenrir.

—¡Ven aquí! —lo llamaron los dioses, como si fueran a proponerle un nuevo juego—. ¡Qué rápido has crecido, Fenrir! Nos gustaría poner a prueba tu fuerza y para eso te hemos traído estas pesadas cadenas y estos robustos grilletes. ¿Serás capaz de romperlos?

—Creo que sí —respondió el lobo—. Atadme.

Los dioses le rodearon el cuerpo con las cadenas y le ajustaron los grilletes a las patas. Durante todo el proceso, Fenrir permaneció inmóvil, mientras los dioses intercambiaban sonrisas, al tiempo que encadenaban al lobo gigantesco.

—¡Ahora! —gritó Thor.

Fenrir tensó y estiró los músculos de las patas, y las cadenas se partieron como ramas secas.

El gran lobo levantó la cabeza y aulló a la luna. Fue un aullido de júbilo y victoria.

—He roto vuestras cadenas —dijo—. No lo olvidéis nunca.

—No lo olvidaremos —respondieron los dioses.

Al día siguiente, Tyr fue a llevarle la comida al lobo.

—Rompí las cadenas —dijo Fenrir—. Las rompí con facilidad.

—Así es —confirmó Tyr.

—¿Crees que volverán a ponerme a prueba? Sigo creciendo y cada día soy más fuerte.

—Volverán a ponerte a prueba. Me apostaría la mano derecha a que lo harán —dijo Tyr.

El lobo seguía creciendo, pero los dioses estaban en la fragua, forjando un nuevo juego de cadenas. Cada eslabón de cada una de las cadenas era tan

pesado que un hombre normal no habría sido capaz de levantarlo. El metal era el más resistente que habían hallado los dioses: hierro de las profundidades de la tierra, mezclado con hierro caído del cielo. Cuando terminaron de forjar las cadenas, les pusieron nombre: Dromi.

Después las llevaron al lugar donde Fenrir dormía.

El lobo abrió los ojos.

—¿Otra vez? —dijo.

—Si puedes escapar de estas cadenas —dijeron los dioses—, entonces la fama de tu fuerza alcanzará los nueve reinos y tuya será la gloria. Si unas cadenas como éstas no son suficientes para sujetarte, entonces tu fuerza es superior a la de todos los dioses y los gigantes juntos.

Fenrir asintió y echó un vistazo a las cadenas Dromi, las mayores que había visto jamás, más fuertes y resistentes que cualquier otra sujeción.

—No hay gloria sin riesgo —dijo el lobo al cabo de unos instantes—. Creo que podré romper esas cadenas. Ponédmelas.

Lo encadenaron.

El gran lobo se estiró y tensó los músculos, pero las cadenas resistieron. Los dioses se miraron y la victoria comenzó a vislumbrarse en sus ojos, pero la enorme bestia empezó a retorcerse, a sacudirse y patalear, y a tensar cada uno de sus músculos y tendones. Le brillaban los ojos, los dientes le resplandecían y echaba espuma por las fauces.

Gruñía mientras se sacudía y luchaba con todas sus fuerzas.

Los dioses retrocedieron involuntariamente, y fue una suerte que lo hicieran, porque las cadenas se quebraron y rompieron con tal violencia que los trozos salieron despedidos a gran distancia en todas las direcciones. Incluso al cabo de mucho tiempo, los dioses seguirían encontrando fragmentos de grilletes destrozados, incrustados en los troncos de los árboles más grandes de las montañas.

—¡Sí! —gritó Fenrir, aullando en la victoria como un lobo y a la vez como un hombre.

Pero el lobo observó que los dioses testigos de su esfuerzo no parecían alegrarse de su victoria. Ni siquiera Tyr se alegró. Fenrir, hijo de Loki, se dijo que debía reflexionar sobre ése y otros asuntos.

Y el lobo Fenrir siguió creciendo y a cada día que pasaba se iba haciendo más grande y voraz.

Odín también reflexionaba, meditaba y sopesaba los hechos. Toda la sabiduría del pozo de Mimir era suya, y también la que había adquirido tras colgarse del árbol del mundo, ofreciéndose a sí mismo en sacrificio. Al final, llamó al elfo de luz Skirnir, mensajero de Frey, y le describió la cadena llamada Gleipnir. Skirnir montó en su caballo y se dirigió a Svartalfheim a través del puente del arco iris, con instrucciones para que los enanos fabricaran una cadena distinta de todas las conocidas hasta entonces.

Los enanos se estremecieron al escuchar la descripción que les hizo Skirnir del encargo y le anunciaron su precio. Skirnir aceptó, pues Odín le había indicado que aceptara, por muy alto que fuera el precio fijado. Entonces, los enanos reunieron los ingredientes necesarios para fabricar la cadena Gleipnir.

Y los seis ingredientes que reunieron los enanos fueron éstos:

Primero, las huellas de un gato.

Segundo, las barbas de una mujer.

Tercero, las raíces de una montaña.

Cuarto, los tendones de un oso.

Quinto, el aliento de un pez.

Y sexto y último, la saliva de un pájaro.

Cada una de esas cosas fue necesaria para fabricar la cadena Gleipnir. (¿Decís que nunca habéis visto ninguno de esos ingredientes? ¡Claro que no! Los enanos los acaparan para fabricar sus inventos.)

Cuando los enanos terminaron el trabajo, le entregaron a Skirnir un cofre de madera. Dentro del cofre había una especie de cinta de seda, blanda y suave al tacto. Era casi transparente y prácticamente no pesaba nada.

Skirnir volvió a Asgard en su caballo, con el cofre a su lado. Llegó a última hora de la tarde, cuando ya había anochecido. Les enseñó a los dioses lo que traía del taller de los enanos y todos quedaron admirados.

Entonces, los dioses se dirigieron juntos a las orillas del lago negro y, una

vez allí, llamaron a Fenrir por su nombre. El lobo acudió corriendo, como habría hecho un perro cuando lo llama su amo, y los dioses se maravillaron al verlo cada vez más grande y poderoso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el lobo.

—Hemos conseguido la más fuerte de las ataduras —le dijeron—. Ni siquiera tú podrías romperla.

Fenrir sacó pecho, orgulloso.

—Puedo romper cualquier cadena —afirmó.

Odín abrió una mano y le enseñó la cinta Gleipnir, que resplandecía a la luz de la luna.

—¿Eso? —dijo el lobo—. ¡Pero si no es nada!

Los dioses se pusieron a tirar de ella, para demostrarle su resistencia.

—Ni siquiera nosotros podemos romperla.

El lobo observó un momento la cinta de seda que sujetaban los dioses, brillante como la estela de un caracol o como la luz de la luna sobre las olas, y enseguida desvió la mirada, porque no la encontró interesante.

—No —dijo—. Traedme cadenas de verdad y grilletes reales, grandes y pesados, para que pueda demostraros mi fuerza.

—Gleipnir es más fuerte que cualquier cadena o grillete —replicó Odín—. ¿Acaso tienes miedo, Fenrir?

—¿Miedo? ¡Ni por asomo! ¿Qué pasará si rompo una cinta delgada como ésta? ¿Crees que ganaré fama y gloria? ¿Piensas que la gente cantará las hazañas del poderoso lobo Fenrir? ¡Romper esa cinta no me proporcionará ninguna gloria!

—Tienes miedo —insistió Odín.

La enorme bestia olfateó el aire.

—Huelo trampa y engaño —dijo el lobo, con sus ojos de color ámbar refulgentes a la luz de la luna—. Y aunque sigo creyendo que tu Gleipnir no es más que una cinta, no consentiré que me atéis con ella.

—¿Tú? ¿El mismo que ha roto las cadenas más pesadas y fuertes que jamás se han fabricado? ¿Tienes miedo de esta cinta? —exclamó Thor.

—No tengo miedo de nada —gruñó el lobo—. Más bien creo que vosotros, pequeños seres, me tenéis miedo a mí.

Odín se rascó la barba.

—No eres tonto, Fenrir. Aquí no hay ningún engaño, pero comprendo tu renuencia. Sólo un guerrero muy valiente se dejaría atar con cadenas que no pudiera romper. Pero como padre de los dioses te aseguro que, si no eres capaz de romper una cinta como ésta, una simple cinta de seda, como tú mismo has dicho, entonces comprenderemos que no hay motivo para temerte y te dejaremos libre para que vayas a donde te plazca.

El lobo soltó un prolongado gruñido.

—Mientes, padre de todos. Mientes como otros respiran. Si pudieras atarme con cadenas que no pudiera romper, no me soltarías, sino que me dejarías atado para siempre. Creo que tu plan es abandonarme y traicionarme. No consentiré que me atéis con esa cinta.

—Bonitas y valientes palabras —dijo Odín—, pero no son más que palabras para ocultar tu cobardía, Fenrir. Tienes miedo de que te atemos con esta cinta de seda. No hacen falta más explicaciones.

El lobo se echó a reír, con la lengua colgando de la boca y enseñando los aguzados dientes, cada uno del tamaño del brazo de un hombre.

—En lugar de poner en duda mi valor, demuéstreme que no me has tendido una trampa. Puedes atarme, siempre que uno de vosotros deje su mano dentro de mi boca. Le cogeré suavemente la mano con los dientes, sin morder. Si no hay trucos ni engaños, abriré la boca cuando haya roto la cinta o cuando tú me hayas soltado, y nadie sufrirá ningún daño. Juro que si uno de vosotros acepta meterme una mano en la boca, dejaré que me atéis con vuestra cinta. ¿Quién será el valiente?

Los dioses intercambiaron miradas. Balder miró a Thor, Heimdall a Odín y Hoenir a Frey, pero ninguno hizo ademán de ofrecerse voluntario. Entonces, Tyr, hijo de Odín, suspiró, dio un paso al frente y levantó la mano derecha.

—Yo pondré la mano entre tus dientes, Fenrir —dijo.

Fenrir se tumbó en el suelo de costado y Tyr le puso la mano derecha en la boca, tal como solía hacer cuando el lobo era un cachorro y los dos jugaban. Fenrir cerró suavemente las fauces, hasta tener sujeta la mano de Tyr por la muñeca, sin hacerle daño, y cerró los ojos.

Los dioses lo ataron con la cinta Gleipnir. Una resplandeciente estela de caracol envolvió al lobo gigantesco, le ató las patas y lo inmovilizó.

—Ya está —dijo Odín—. Ahora, Fenrir, ¡intenta romper tus cadenas! ¡Enséñanos cuán poderoso eres!

El lobo se estiró y debatió, empujó y tensó cada músculo y cada fibra de su cuerpo para romper la cinta que lo ataba. Pero cada vez que lo intentaba la lucha parecía más difícil y la cinta reluciente se volvía más fuerte.

Al principio, los dioses hicieron muecas burlonas; después empezaron a reírse entre dientes y, cuando estuvieron seguros de que la bestia no podría soltarse y de que ya no suponía ningún peligro, estallaron en carcajadas.

Sólo Tyr guardaba silencio. Tyr no se reía. Sentía en la piel de la muñeca el tacto agudo de los dientes del lobo, y percibía en los dedos y la palma de la mano su lengua caliente y húmeda.

Fenrir dejó de debatirse y se quedó inmóvil. Si los dioses pensaban soltarlo, era el momento de que lo hicieran.

Pero siguieron riendo, de forma cada vez más estentórea. El estrépito de las carcajadas de Thor, más ruidosas que un trueno, se mezclaba con la risa seca de Odín y las risotadas agudas de Balder.

Fenrir miró a Tyr y éste le devolvió valientemente la mirada. Entonces, Tyr cerró los ojos e hizo un gesto afirmativo.

—Hazlo —susurró.

Fenrir le hincó los dientes a Tyr en la muñeca.

El dios no dejó escapar ni un gemido. Simplemente, rodeó con la mano izquierda el muñón de la derecha y apretó con todas sus fuerzas, para que la sangre dejara de manar a borbotones.

Fenrir miró a los dioses, que ya estaban atando un extremo de Gleipnir a una roca grande como una montaña. Después cogieron otra piedra y golpearon con ella la roca, para hundirla en la tierra hasta unos abismos más profundos que los del más vasto de los mares.

—¡Artero y taimado Odín! —dijo el lobo—. Si no me hubieras mentido, habría sido amigo de los dioses. Pero tu miedo te ha traicionado. Te mataré, padre de los dioses. Esperaré al final de todas las cosas y entonces devoraré el sol y la luna. Pero lo que más me complacerá será matarte a ti.

Los dioses se cuidaron mucho de no ponerse al alcance de las fauces de Fenrir, pero, cuando estaban hundiendo la roca en las profundidades de la tierra, el lobo se retorció y les soltó una tarascada. Con gran presencia de ánimo, el dios más próximo le hincó la punta de su espada en el paladar. La empuñadura del arma se atascó en el suelo de la boca de la bestia, de tal manera que sus fauces quedaron abiertas y nunca más las pudo cerrar.

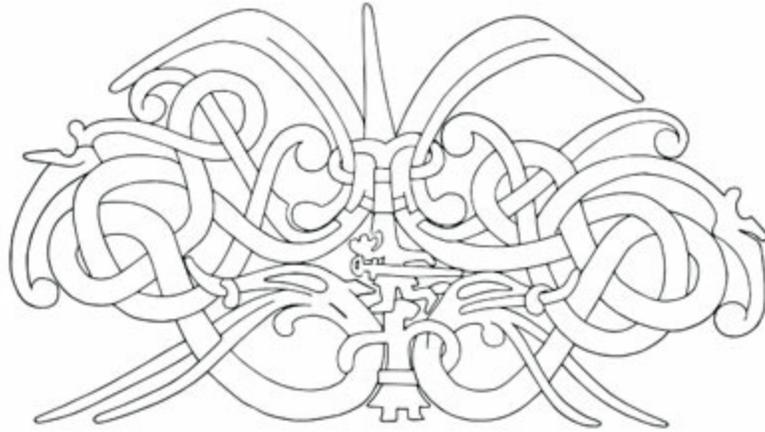
El lobo prorrumpió en gruñidos desesperados, y la saliva que manó de su boca formó un río. Los que no supieran que se trataba de un lobo lo habrían confundido con una montaña, con un río brotando de una cueva.

Los dioses abandonaron el lugar donde el río de saliva fluía hasta el lago oscuro, sin decir ni una palabra; pero, en cuanto estuvieron a cierta distancia, estallaron otra vez en carcajadas, se dieron fuertes palmadas en las espaldas y sonrieron como suelen sonreír los que piensan que han resuelto un problema con grandes dosis de ingenio.

Tyr no reía, ni tampoco sonreía. Tras vendarse el muñón de la mano, volvió a Asgard con los otros dioses, sin hacer ningún comentario.

Y hasta aquí la historia de los hijos de Loki.

La extraña boda de Freya



Thor, dios del trueno, poderoso entre los aesir, el más fuerte, valiente y audaz en la batalla, no se había despertado aún por completo, pero tenía la sensación de que algo no iba bien. Tendió la mano en busca de su martillo, que siempre dejaba cerca cuando se iba a dormir.

Buscó a tientas con los ojos cerrados. Agitó la mano y los dedos, tratando de recuperar el tacto cómodo y familiar del mango del martillo.

Pero no lo encontró.

Entonces abrió los ojos. Se sentó. Se puso de pie. Y salió de la habitación.

El martillo de Thor se llamaba Mjollnir. Lo habían fabricado para él los enanos Brokk y Eitri. Era uno de los tesoros de los dioses. Cualquier objeto que Thor golpeará con él quedaba al instante destruido. Si lo arrojaba contra alguien o algo, el martillo siempre acertaba en el blanco y después regresaba surcando el aire hasta las manos del dios. Podía reducirlo y esconderlo debajo de la camisa, y devolverle a voluntad su tamaño original. Un martillo perfecto en todo, excepto en un detalle: el mango era un poco corto, por lo que Thor tenía que manejarlo siempre con una sola mano.

El martillo protegía a los dioses de Asgard de todos los peligros que los amenazaban a ellos y al mundo. Los gigantes del hielo, los ogros, los troles y los monstruos de todas las clases y especies conocidas sentían pánico del martillo de Thor.

El dios adoraba su martillo. Pero había desaparecido.

Había un par de cosas que Thor solía hacer cuando tenía un problema. Lo primero era culpar a Loki. Pero esa vez, tras reflexionar un momento, llegó a la conclusión de que ni siquiera alguien como Loki se habría atrevido a robarle el martillo. Entonces hizo lo segundo que solía hacer cuando algo iba mal. Ir a pedirle consejo a Loki.

Loki era muy ingenioso y seguramente sabría qué hacer.

—No se lo digas a nadie —empezó Thor—, pero han robado el martillo

de los dioses.

—No es una buena noticia —replicó Loki, con una mueca—. Déjame ver qué puedo averiguar.

Loki se dirigió al castillo de Freya, la más bella de las diosas. La cabellera de oro le caía en cascada sobre los hombros y resplandecía a la luz de la mañana. Sus dos gatos iban y venían por la habitación, ansiosos por tirar de su carro. En torno al cuello de la diosa, tan dorado y luminoso como su pelo, refulgía el collar de los Brisings, fabricado para Freya por los enanos del mundo subterráneo.

—Vengo a pedirte prestada la capa de plumas —dijo Loki—, la que usas para volar.

—Ni lo sueñes —respondió Freya—. Es la más valiosa de mis posesiones. Vale más que el oro. No pienso dejar que te la pongas para cometer alguna de tus tropelías.

—Han robado el martillo de Thor —dijo simplemente Loki—. Tengo que encontrarlo.

—Ahora mismo te traigo la capa —replicó Freya de inmediato.

Loki se echó por los hombros la capa de plumas y levantó el vuelo convertido en halcón. Voló más allá de Asgard y se internó en la tierra de los gigantes, atento a cualquier cosa que le pareciera fuera de lo corriente.

Mirando hacia abajo, distinguió un enorme túmulo y, sentado encima, el ogro más feo y enorme que el dios hubiera visto en su vida, ocupado en trenzar un collar de perro. Cuando el gigante vio a Loki convertido en halcón, le sonrió enseñando sus aguzados dientes y lo saludó con la mano.

—¿Cómo va todo en la tierra de los aesir, Loki? ¿Qué noticias tienes de los elfos? ¿Por qué has venido solo al país de los gigantes?

Loki aterrizó junto al ogro.

—Sólo puedo darte malas noticias de Asgard y también de los elfos.

—¿De verdad? —preguntó el ogro, riendo entre dientes como si estuviera muy satisfecho por algo que acabara de hacer y que le pareciera enormemente ingenioso.

Loki reconoció esa risa, porque él solía reírse de la misma manera con bastante frecuencia.

—El martillo de Thor ha desaparecido —dijo Loki—. ¿Sabes algo al respecto?

El ogro se rascó la axila y volvió a soltar una risa como la de antes.

—Puede que sí —reconoció, y enseguida añadió—: ¿Cómo está Freya? ¿Es tan hermosa como dicen?

—Todo va en gustos —respondió Loki, encogiéndose de hombros.

—Por lo que me han contado, estoy seguro de que a mí me gustaría —dijo el ogro.

Se hizo un silencio incómodo. El ogro dejó el collar de perro sobre una pila de collares similares y empezó a trenzar otro.

—Tengo el martillo de Thor —dijo de pronto el ogro—. Lo he escondido en un pozo tan profundo que nadie podrá encontrarlo jamás, ni siquiera Odín. Soy el único que puede recuperarlo. Y se lo devolveré a Thor si me das lo que quiero.

—Te pagaré un rescate a cambio del martillo —respondió Loki—. Te traeré oro y ámbar. Te daré riquezas imposibles de contar...

—Nada de eso me interesa —dijo el ogro—. Quiero la mano de Freya. Tienes ocho días para traérmela. A ella le entregaré el martillo de los dioses. Será mi regalo para Freya, la noche de nuestra boda.

—¿Quién eres? —preguntó Loki.

El ogro sonrió, enseñando los dientes torcidos.

—Ya que lo preguntas, Loki, hijo de Laufey, te diré que soy Thrym, señor de los ogros.

—Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo —respondió el dios.

Después se envolvió en la capa de plumas de Freya, extendió los brazos y levantó el vuelo.

Debajo de Loki, el mundo parecía muy pequeño. Los árboles y las montañas eran diminutos como juguetes de niños, y los problemas de los dioses también parecían menores.

Thor lo estaba esperando en el patio de armas de los dioses, y, antes incluso de aterrizar, Loki se sintió atrapado por las manazas del dios del trueno.

—¿Y bien? Veo que has averiguado algo. Lo noto en tu expresión. Dime

lo que sepas, pero dilo ahora. No confío en ti, Loki, y quiero enterarme de todo lo que sepas en este preciso instante, antes de que empieces a urdir una de tus tretas.

Loki, que preparaba estratagemas con tanta facilidad como otros respiraban, sonrió ante la exaltación y la inocencia de Thor.

—El ladrón de tu martillo es Thrym, señor de los ogros —anunció—. Lo he convencido para que te lo devuelva, pero pide algo a cambio.

—Me parece razonable —dijo Thor—. ¿Qué quiere?

—La mano de Freya.

—¿Solamente una mano? —preguntó Thor esperanzado.

Freya tenía dos manos, y los dioses podrían persuadirla sin demasiada dificultad de que renunciara a una de ellas. Después de todo, Tyr lo había hecho.

—No, no sólo la mano. La quiere completa —respondió Loki—. Quiere casarse con ella.

—Oh —suspiró Thor—. Eso no va a gustarle a Freya. Pero le darás tú la noticia. Eres mucho más convincente que yo, cuando no tengo el martillo.

Entonces, los dos fueron juntos a ver a Freya.

—Aquí tienes tu capa de plumas —dijo Loki.

—Gracias —respondió la diosa—. ¿Has podido averiguar quién robó el martillo de Thor?

—Ha sido Thrym, señor de los ogros.

—He oído hablar de él. Un ser despreciable. ¿Qué pide a cambio?

—A ti —dijo Loki—. Quiere casarse contigo.

Freya asintió, pensativa.

Thor se alegró de que aceptara con tanta facilidad.

—Ponte la corona nupcial, Freya, y recoge tus cosas —le dijo—. Loki y tú os vais ahora mismo al país de los gigantes. Necesitamos que te cases con Thrym antes de que cambie de opinión. ¡No puedo perder mi martillo!

Freya no dijo nada.

Thor notó que el suelo empezaba a temblar, lo mismo que las paredes. Los gatos de Freya maullaron y bufaron. Después se escondieron detrás de un baúl lleno de pieles y no volvieron a salir.

Freya tenía los puños apretados. El collar de los Brisings se le deslizó del cuello y cayó al suelo, sin que ella pareciera percatarse. Miraba fijamente a Thor y a Loki, como si fueran los seres más ruines y rastreros que hubiera visto en su vida.

Era tan tensa la situación que Thor casi sintió alivio cuando Freya habló.

—¿Qué clase de persona creéis que soy? —preguntó con calma—. ¿Me tomáis por imbécil? ¿Me consideráis tan prescindible? ¿Creéis que me casaría con un ogro solamente para evitaros un problema? Si pensáis que voy a mudarme a la tierra de los gigantes, si creéis que voy a ponerme la corona y el velo nupciales para ser objeto de las atenciones... y de la *lujuria* de un ogro..., si por un momento habéis pensado que voy a casarme con él..., entonces...

Guardó silencio. Las paredes volvieron a temblar y Thor temió que toda la casa se les cayera encima.

—¡Fuera de aquí! —exclamó Freya—. ¿Qué clase de mujer creéis que soy?

—Pero..., mi martillo... —protestó Thor.

—Cállate, Thor —le aconsejó Loki.

Thor cerró la boca y los dos se marcharon.

—Está preciosa cuando se enfada —dijo Thor—. No me extraña que el ogro quiera casarse con ella.

—Cállate, Thor —repitió Loki.

Convocaron una asamblea de los dioses en la gran sala. Acudieron todos los dioses y las diosas, excepto Freya, que se negó a salir de su casa.

Estuvieron todo el día hablando, debatiendo y discutiendo. Todos coincidían en que era preciso recuperar a Mjollnir, pero ¿cómo? Todos los dioses y diosas formularon distintas sugerencias, que Loki fue echando por tierra una tras otra.

Al final, sólo quedaba un dios que no había hablado: Heimdall, el que ve de lejos, el guardián del mundo. Nunca pasa nada sin que Heimdall lo vea y a veces ve cosas que todavía no han ocurrido.

—¿Y tú, Heimdall? —le dijo Loki—. ¿Tienes alguna sugerencia?

—La tengo —respondió Heimdall—. Pero no os gustará.

Thor golpeó la mesa con el puño.

—¡Eso no importa! —exclamó—. ¡Somos dioses! No hay nada que no estemos dispuestos a hacer los aquí reunidos para recuperar a Mjollnir, el martillo de los dioses. Cuéntanos tu idea, Heimdall, y si es buena, nos gustará a todos.

—No os gustará —insistió Heimdall.

—Te aseguro que sí —dijo Thor.

—Bueno —dijo Heimdall—. Creo que deberíamos disfrazar a Thor de novia. Le pondremos el collar de los Brisings y la corona nupcial. Rellenaremos el vestido para que parezca una mujer y le taparemos la cara con un velo. Le colgaremos unas llaves que tintineen, como las que suelen llevar las mujeres, y lo cubriremos de joyas.

—¡No me gusta la idea! —gritó Thor—. La gente pensará que... ¡Pensará que me visto con ropa de mujer! Queda totalmente descartada la idea. No me gusta. Me niego rotundamente a ponerme un velo nupcial. A ninguno de nosotros nos gusta la idea, ¿verdad? Es una idea terrible, espantosa, execrable... ¡Tengo barba! No me la puedo afeitar.

—Cállate, Thor —dijo Loki, hijo de Laufey—. Es una idea excelente. Si no quieres que los gigantes invadan Asgard, te pondrás un velo nupcial, que te tapará la cara... y también la barba.

Entonces intervino Odín, el más excelso de los dioses:

—La idea me parece excelente. Enhorabuena, Heimdall. Tenemos que recuperar el martillo y el plan es perfecto. ¡Diosas, ya podéis preparar a Thor para su noche de bodas!

Las diosas corrieron a buscar todo lo necesario. Frigg, Fulla, Sif, Idunn y todas las demás, incluida Skadi, la madrastra de Freya, acudieron para ayudar a vestir a Thor. Le pusieron los ropajes más lujosos, como los que luciría una diosa de la más alta alcurnia el día de su boda. Frigg fue a ver a Freya y volvió con el collar de los Brisings, para ponérselo a Thor.

Sif, la esposa de Thor, se quitó sus llaves y se las colgó a Thor de la cintura.

Idunn fue a buscar todas sus joyas y cubrió con ellas al dios del trueno, que brillaba y resplandecía a la luz de las velas, y trajo también un centenar

de anillos de oro rojo y blanco, para engalanar los dedos de Thor.

Le cubrieron la cara con un velo que sólo dejaba a la vista los ojos, y Var, la diosa del matrimonio, le colocó el resplandeciente tocado: una corona nupcial alta, ancha y maravillosa.

—Los ojos no me convencen —comentó Var—. No me parecen muy femeninos.

—Pues claro que no te lo parecen —masculló Thor.

Var lo contempló un momento.

—Si bajamos un poco el tocado, le taparemos los ojos, pero podrá ver por dónde va.

—Hazlo lo mejor que puedas —dijo Loki, que enseguida añadió, dirigiéndose a Thor—: Seré tu doncella y te acompañaré al país de los gigantes. —Cambió de forma y al instante se convirtió, por su voz y su aspecto, en una bella joven al servicio de una noble dama—. Ya está. ¿Cómo me ves?

Thor murmuró algo entre dientes y tal vez fue una suerte que nadie lo oyera.

Loki y Thor se subieron al carro de este último, tirado por los machos cabríos Gruñidor y Crujedientes, que de inmediato partieron de un salto hacia el cielo, ansiosos por ponerse en marcha. Las montañas se hendían por la mitad y la tierra se incendiaba a su paso.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Thor.

—No digas nada —replicó Loki en forma de doncella—. Déjame hablar a mí. ¿Te acordarás de quedarte callado? Si abres la boca, podrías arruinarlo todo.

Thor gruñó.

Aterrizaron en un patio donde unos bueyes gigantes, negros como la pez, aguardaban impasibles. Cada bestia era más grande que una casa. Tenían las puntas de los cuernos bañadas en oro, y el patio apestaba por el olor penetrante de sus excrementos.

Una voz estentórea se oyó en el interior de la enorme fortaleza:

—¡Moveos, idiotas! ¡Esparcid paja limpia sobre los bancos! ¿Qué os creéis que estáis haciendo? Recoged el estiércol o tapadlo con paja, pero no

lo dejéis ahí a la vista. Pronto llegará Freya, hija de Njord, el ser más hermoso que existe, y no querrá ver ninguna suciedad.

Había un sendero de paja fresca marcado a lo largo del patio y, tras bajarse del carro, Thor con su disfraz nupcial y la doncella a su servicio, que en realidad era Loki, recorrieron el camino, recogiendo las faldas para no ensuciarlas de barro.

Una gigante los estaba esperando. Se presentó diciendo que era la hermana de Thrym y enseguida se agachó para pellizcar a Loki en la mejilla sonrosada e hincarle a Thor una uña afilada en una costilla.

—Entonces, ¿ésta es la mujer más hermosa del mundo? No me parece gran cosa. Además, cuando se ha recogido la falda, me ha parecido ver unos tobillos gruesos como dos troncos de árbol.

—Habrás sido un efecto de la luz, porque es la más bella de todas las diosas —dijo con suavidad la doncella que en realidad era Loki—. Cuando se quite el velo, te prometo que su belleza te dejará boquiabierto. ¿Dónde está el novio? ¿Dónde se servirá el banquete? Está tan ansiosa de que llegue el momento de la boda que me ha costado mucho tranquilizarla.

El sol se estaba poniendo y todos pasaron al gran salón donde se celebraría el gran festín de la boda.

—¿Qué haré si el ogro me pide que me siente a su lado? —le susurró Thor a Loki.

—Tendrás que complacerlo. Es el lugar de la novia.

—¡Pero quizá intente ponerme una mano sobre la pierna! —murmuró Thor preocupado.

—Me sentaré entre vosotros dos —replicó Loki—. Le diré que es nuestra costumbre.

Thrym se sentó a la cabecera de la mesa, con Loki a su lado y Thor un poco más allá.

El ogro dio unas palmadas y entraron varios sirvientes gigantes. Entre todos traían cuatro bueyes enteros asados, para que los gigantes no se quedaran con hambre; veinte salmones al horno, cada uno del tamaño de un niño de diez años, y docenas de bandejas de dulces y golosinas, para las mujeres.

Detrás venían otros cinco sirvientes, cada uno de ellos cargado con un tonel de hidromiel tan enorme que casi no los dejaba caminar.

—¡Celebremos este banquete en honor de la hermosa Freya! —dijo Thrym.

Habría podido decir algo más, pero Thor ya había empezado a comer y a beber, y no le pareció bien seguir hablando cuando la novia ya estaba comiendo.

Los sirvientes colocaron delante de Loki y Thor una de las bandejas de dulces para las mujeres. Loki cogió con mucho cuidado el pastelito más pequeño, mientras Thor, con el mismo cuidado, arramblaba con todos los demás, que no tardaron en desaparecer detrás del velo, entre escandalosos ruidos de masticación. Las otras mujeres, que habían contemplado hambrientas las golosinas, se quedaron mirando a la hermosa Freya, decepcionadas.

Pero la bella Freya ni siquiera había empezado a comer.

Thor devoró un buey entero y engulló siete salmones, sin dejar más que las raspas. Cada vez que le acercaban una bandeja de dulces, se zampaba todos los pasteles y golosinas, sin preocuparse por el apetito del resto de las mujeres. De vez en cuando, Loki le propinaba una patada por debajo de la mesa, pero Thor seguía tragando sin hacer caso de los golpes.

Thrym le dio a Loki unos golpecitos en el hombro.

—Disculpa —le dijo—, pero la dulce Freya se ha acabado su tercer tonel de hidromiel.

—Así es —constató la doncella, que en realidad era Loki.

—Asombroso. No había visto nunca a una mujer que comiera con tanta voracidad, ni que bebiera tanto hidromiel.

—La explicación es muy sencilla —dijo Loki, que hizo una inspiración profunda, mientras Thor hacía desaparecer un salmón entero detrás del velo, para revelar al cabo de unos instantes un esqueleto completo de pescado, como si fuera un truco de magia.

Loki se esforzó por encontrar rápidamente la explicación tan sencilla que había anunciado.

—Ya se ha comido ocho salmones —insistió Thrym.

—¡Ocho días y ocho noches! —exclamó de repente Loki—. Ha pasado ocho días y ocho noches sin probar bocado, porque estaba ansiosa por venir al país de los gigantes para reunirse con su marido. Ahora que está en tu presencia, Thrym, ha recuperado el apetito. —La doncella se volvió hacia Thor—. ¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto a comer! —le dijo.

Thor frunció el ceño detrás del velo, intrigado.

—Debería besarla —dijo Thrym.

—No te lo aconsejaría. Aún no —intervino Loki, pero Thrym ya se había inclinado hacia la novia y estaba haciendo ruido de besos con los labios.

El ogro tendió una mano enorme hacia el velo de Thor. La doncella que en realidad era Loki se interpuso para detenerlo, pero ya era tarde, porque Thrym había dejado de dar besos al aire y se había echado hacia atrás, espantado.

El ogro se volvió hacia la doncella que en realidad era Loki y le dijo:

—¿Puedo hablar contigo?

—Por supuesto.

Los dos se levantaron de sus puestos y se fueron a la otra punta del salón.

—¿Por qué son tan... tan aterradores los ojos de Freya? —preguntó Thrym—. Es como si una hoguera ardiera en su interior. ¡Ésos no son los ojos de una bella mujer!

—Claro que no —replicó con suavidad la doncella, que en realidad era Loki—. ¿Cómo quieres que lo sean? La dulce Freya lleva ocho días y ocho noches sin conciliar el sueño. El amor por ti no la dejaba dormir. La ansiedad por venir a gozar de tu amor le impedía pegar ojo. ¡El deseo la quema por dentro! El fuego que ves en sus ojos es pasión. ¡Pasión abrasadora!

—Ah —dijo Thrym—, ahora lo entiendo. —Sonrió y se relamió, con una lengua más grande que las almohadas de los humanos—. Entonces me parece bien.

Volvieron los dos a la mesa. La hermana de Thrym se había sentado en el puesto de Loki, al lado de Thor, y estaba tamborileando con las uñas sobre la mano del dios.

—Si sabes lo que te conviene, me darás tus anillos —le estaba diciendo—, todos tus bonitos anillos de oro. En este castillo serás una extraña y

necesitarás que alguien esté de tu parte, pues de lo contrario tu vida sería demasiado difícil, tan lejos de casa. Tienes muchos anillos. Dame algunos, como regalo nupcial. ¡Son tan preciosos, tan rojos y dorados!

—¿No es hora ya de celebrar la boda? —preguntó Loki.

—¡Así es! —exclamó Thrym, y con su voz más estentórea ordenó—: ¡Traed el martillo para regalar a la novia y sellar así nuestro vínculo sagrado! Quiero ver a Mjollnir en el regazo de la hermosa Freya, antes de que Var, la diosa de la unión entre hombre y mujer, bendiga y consagre nuestro amor.

Hicieron falta cuatro gigantes para cargar el martillo de Thor. Lo trajeron desde el fondo de la gran sala. El martillo brillaba a la luz de las antorchas. Con dificultad, los gigantes lo colocaron sobre el regazo de Thor.

—Y ahora —dijo Thrym— deja que oiga tu dulce voz, amor mío, paloma mía, luz de mi vida. Dime que me amas. Dime que serás mi esposa. Dime que te unirás a mí como las mujeres se han unido a los hombres, y los hombres a las mujeres, desde el comienzo de los tiempos. ¿Qué me dices, amor mío?

Thor agarró el mango del martillo con la mano cubierta de anillos de oro. Su tacto cómodo y familiar le resultó tranquilizador. Entonces soltó una risotada grave y atronadora.

—Lo que te digo —respondió Thor, con voz de trueno— es que jamás debiste robarme el martillo.

Golpeó a Thrym con el arma solamente una vez, pero no hizo falta una segunda. El ogro se desplomó en el suelo cubierto de paja y ya no volvió a levantarse.

Todos los ogros y gigantes cayeron abatidos por el martillo de Thor. Perecieron todos los invitados a la boda que nunca se celebraría, incluida la hermana de Thrym, que recibió de ese modo un inesperado regalo nupcial.

Cuando volvió a reinar el silencio en el salón, Thor dijo:

—¿Loki?

El taimado dios salió a cuatro patas de debajo de la mesa, en su forma original, y se puso a contemplar la carnicería.

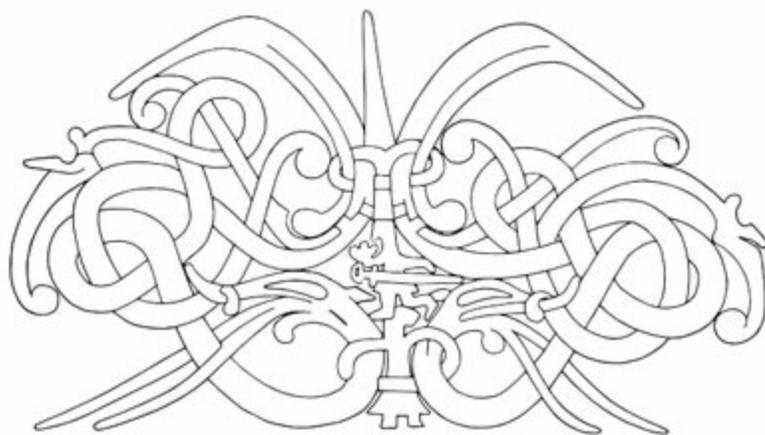
—Bueno —comentó—, parece que ya has resuelto el problema.

Para entonces, Thor ya se estaba quitando con alivio las faldas de mujer. Vestido únicamente con una camisa, se puso a contemplar la sala sembrada

de gigantes muertos.

—Después de todo, no ha sido tan malo como me temía —dijo alegremente—. He recuperado mi martillo y la cena ha sido estupenda. Regresemos a casa.

El hidromiel de los poetas



¿Os habéis preguntado alguna vez de dónde viene la poesía? ¿De dónde salen las canciones que entonamos y las historias que contamos? ¿Os intriga que algunas personas sean capaces de soñar sueños sabios, bellos y grandiosos, y de comunicarlos al mundo en forma de poesía, para ser cantados y narrados mientras salga el sol por las mañanas y se ponga por las noches, y la luna siga creciendo y menguando? ¿Habéis pensado por qué razón algunos crean canciones, poemas y fábulas de gran belleza, y otros no lo hacemos?

La historia es larga y poco halagadora. Es una historia de muerte y traición, estupidez y mentiras, persecución y seducción. Ahora la oiréis.

Comenzó poco después del principio de los tiempos, en una guerra entre los dioses: los aesir contra los vanir. Los aesir eran dioses guerreros, amos de las batallas y las conquistas, mientras que los vanir eran dioses y diosas que conferían fertilidad a la tierra y hacían crecer las plantas, aunque no por eso era inferior su poder.

Las fuerzas de los vanir y los aesir estaban demasiado igualadas. Ningún bando podía ganar la guerra. Y lo que era peor, ambos bandos se dieron cuenta, mientras luchaban, de que se necesitaban mutuamente. No hay alegría en una batalla triunfante si no hay buenos campos y granjas que suministren los manjares del banquete de la victoria.

Se reunieron entonces para negociar la paz y, una vez finalizadas las negociaciones, sellaron la tregua escupiendo cada uno de ellos, tanto los aesir como los vanir, en una misma cuba. Al mezclarse sus salivas, el acuerdo se volvió inquebrantable.

Después celebraron un festín. Comieron en abundancia, bebieron hidromiel, alborotaron, bromearon, presumieron de sus hazañas y rieron a carcajadas, hasta que el fuego se convirtió en brasas y el sol asomó por el horizonte. Entonces, cuando los aesir y los vanir se levantaban de sus puestos para marcharse y se disponían a envolverse en sus capas y sus pieles para

salir a la nieve fresca y la niebla de la mañana, Odín dijo:

—Sería una pena dejar aquí abandonada la mezcla de nuestras salivas.

Frey y Freya, hermano y hermana, eran dos importantes dioses vanir que a partir de aquel momento se quedarían a vivir en Asgard con los aesir, como parte del acuerdo entre los dioses. Los dos asintieron.

—Podríamos aprovecharla para fabricar alguna cosa —dijo Frey.

—Un hombre —propuso Freya, mientras metía las manos en la cuba.

Bajo sus dedos, la saliva se transformó y cobró forma, y, en unos instantes, adquirió el aspecto de un hombre, de pie y desnudo ante ellos.

—Eres Kvasir —le dijo Odín—. ¿Sabes quién soy yo?

—Eres Odín, el más eminente de los dioses —respondió Kvasir—. También te llaman Grimnir y Tercero, y tienes otros nombres, que no acabaría nunca de enumerar, aunque los sé todos. También conozco los poemas, las canciones y los kennings que les están asociados.

Kvasir, surgido de la mezcla de las salivas de todos los aesir y los vanir, era el más sabio de los dioses, pues combinaba cabeza y corazón. Los dioses se atropellaban para ser el siguiente en hacerle preguntas, y todas sus respuestas eran sabias y sensatas. Kvasir observaba con atención todo cuanto había a su alrededor e interpretaba correctamente todo lo que veía.

Al cabo de un tiempo, Kvasir miró a los dioses y les dijo:

—Ahora partiré en un largo viaje. Veré los nueve mundos. Conoceré Midgard. Existen respuestas cuyas preguntas nadie me ha formulado todavía.

—Pero ¿volverás? —preguntaron los dioses.

—Volveré —dijo Kvasir—. Aún queda pendiente el misterio de la red de pesca, que algún día será preciso resolver.

—¿Qué misterio? —preguntó Thor, pero Kvasir se limitó a sonreír, dejando a los dioses perplejos por sus palabras.

Se puso la capa de viaje y se marchó de Asgard por el puente del arco iris.

Kvasir viajó de ciudad en ciudad y de aldea en aldea. Conoció a todo tipo de personas y a todas las trató bien y respondió a sus preguntas, y no hubo ningún lugar que considerara indigno para detenerse y pernoctar.

En aquellos tiempos había dos elfos oscuros que vivían en una fortaleza junto al mar. En su castillo practicaban la magia y lograban portentos con la

alquimia. Como todos los enanos, fabricaban objetos sorprendentes y maravillosos en su fragua y sus talleres. Pero había cosas que aún no habían fabricado, y producirlas era su obsesión. Eran hermanos y se llamaban Fjalar y Galar.

Cuando se enteraron de que Kvasir estaba de paso en un poblado cercano, fueron a verlo. Fjalar y Galar lo encontraron en el gran pabellón central, respondiendo a las preguntas de los aldeanos y asombrando a todos con sus respuestas. Les estaba explicando entre otras cosas cómo purificar el agua y cómo fabricar ropa con hojas de ortiga. A una mujer le reveló quién le había robado su cuchillo y por qué. Cuando terminó de hablar y de comer con los aldeanos, los enanos se le acercaron.

—Tenemos una pregunta que nadie te ha hecho antes —anunciaron—. Pero queremos formulártela en privado. ¿Vendrás con nosotros?

—Iré —respondió Kvasir.

Partieron en dirección a la fortaleza. Las gaviotas graznaban y los grises nubarrones que se cernían en el cielo tenían el mismo tono gris que las olas. Los enanos condujeron a Kvasir a su taller, detrás de los gruesos muros de la fortaleza.

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó Kvasir.

—Son cubas. Se llaman Son y Bodn.

—Ya veo. ¿Y eso otro?

—¿Cómo puedes ser tan sabio si no lo sabes? Es un caldero. Lo llamamos Odrerir: el que proporciona el éxtasis.

—Y veo que aquí tenéis tarros de miel que habéis recogido. Aún está líquida y sin asentar.

—Así es —confirmó Fjalar.

Galar miró a Kvasir con aire burlón.

—Si fueras tan sabio como dicen, sabrías cuál es la pregunta que te queremos hacer, antes de que te la formulemos. Y también sabrías para qué tenemos aquí estas cosas.

Kvasir asintió con resignación.

—Me parece —dijo— que, si los dos fuerais inteligentes y malignos, habríais decidido matar a vuestro visitante y recoger su sangre en las cubas

Son y Bodn, para calentarla a fuego lento en vuestro caldero Odrerir. Después le añadirías la miel sin asentar y dejaríais fermentar la mezcla hasta que se convirtiera en hidromiel, el mejor hidromiel imaginable, una bebida capaz de embriagar a quien la beba, pero de otorgar también a quien la pruebe el don de la poesía y la erudición.

—Somos inteligentes —admitió Galar—. Y hay quien piensa que somos malignos.

Dicho esto, degolló a Kvasir y con la ayuda de su hermano lo colgó sobre las cubas para recoger hasta la última gota de su sangre. Los dos enanos calentaron la sangre y la miel en el caldero llamado Odrerir e hicieron otras cosas de su invención. Añadieron bayas a la mezcla y revolvieron con un palo. El líquido empezó a borbotear, después dejó de hervir, y los dos hermanos bebieron un sorbo cada uno y se echaron a reír, porque ambos habían hallado en su interior los versos y la poesía que nunca habían dejado aflorar.

A la mañana siguiente, llegaron los dioses.

—Kvasir fue visto por última vez con vosotros —dijeron.

—Sí —replicaron los hermanos—. Vino con nosotros, pero cuando comprendió que no éramos nada más que unos enanos tontos e ignorantes, se ahogó en su propia sabiduría. ¡Ojalá hubiésemos tenido tiempo de hacerle alguna pregunta!

—¿Decís que ha muerto?

—Sí —respondieron Fjalar y Galar.

Y les entregaron a los dioses el cuerpo desangrado de Kvasir, para que se lo llevaran de vuelta a Asgard, donde podrían prepararle un funeral digno de un dios o tal vez (teniendo en cuenta que los dioses no son como los demás y la muerte no siempre es permanente en ellos) un buen regreso a la vida.

Así fue como los enanos se hicieron con el hidromiel de la poesía y la sabiduría, y todo el que quería paladearlo tenía que pedirselo. Pero para eso había que caerle bien a los dos hermanos y ellos sólo se caían bien a sí mismos.

Aun así, debían algunos favores. Al gigante Gilling y a su esposa, por ejemplo. Los enanos los invitaron a visitar su fortaleza, y un día de invierno

se presentaron los dos.

—Ven a remar en nuestra barca —le propusieron a Gilling los enanos.

El peso del gigante hizo que la barca se hundiera más de lo habitual en el agua y los enanos la condujeron hacia unas rocas situadas por debajo de la superficie. En otras ocasiones, la barca pasaba tranquilamente por encima del escollo, pero esta vez no. Chocó contra las rocas, volcó y el gigante cayó al mar.

—¡Vuelve nadando a la barca! —le gritaron los enanos a Gilling.

—No sé nadar —respondió el gigante, y fue lo último que dijo, porque una ola le llenó de agua salada la boca abierta, su cabeza golpeó contra las rocas y en un momento desapareció bajo la espuma.

Fjalar y Galar enderezaron la barca y volvieron al castillo.

La mujer de Gilling los estaba esperando.

—¿Dónde está mi marido? —preguntó.

—¿Tu marido? —repitió Galar—. Ah, sí. Está muerto.

—Se ha ahogado —añadió Fjalar, en tono servicial.

Al oírlo, la esposa del gigante se puso a gemir y a sollozar, con gritos que parecían arrancarle trozos del alma. Llamó a su marido muerto y juró que nunca dejaría de amarlo, entre alaridos, hipos y llantos.

—¡Cállate! —le ordenó Galar—. Tus lloros y chillidos me lastiman los oídos. Eres demasiado ruidosa, quizá por ser una gigantea.

Pero la mujer del gigante se puso a llorar todavía más fuerte.

—Tranquila —le dijo Fjalar—. ¿Te servirá de algo que te enseñe el lugar donde murió tu marido?

La gigantea se sorbió la nariz y asintió, pero no por ello dejó de gritar, sollozar y plañir por su esposo, que nunca más volvería a su lado.

—Ponte allí y te mostraremos el lugar donde ocurrió todo —le dijo Fjalar, mientras le señalaba dónde debía situarse exactamente y le explicaba que debía salir por la puerta principal de la fortaleza y colocarse al pie de la muralla.

Después, Fjalar le hizo un gesto a su hermano, que se escabulló en dirección a la escalera que subía a lo alto de la muralla.

Cuando la mujer de Gilling estaba saliendo por la puerta, Galar le lanzó

una roca, que la dejó tendida en el suelo, con el cráneo medio aplastado.

—Buen trabajo —dijo Fjalar—. Ya me estaba cansando de tanto alboroto.

Entre los dos, arrastraron el cuerpo sin vida de la mujer hasta las rocas y lo empujaron al mar. Los grises dedos de las olas se llevaron el cadáver y fue así como Gilling y su esposa se reunieron en la muerte.

Los enanos se encogieron de hombros, convencidos de haber obrado de manera sumamente ingeniosa, en su fortaleza junto al mar.

Todas las noches bebían el hidromiel de la poesía, declamaban bellos y grandiosos versos, y componían gloriosas sagas sobre la muerte de Gilling y su esposa, que recitaban desde lo alto de su fortaleza. Al final, caían inconscientes y sólo se despertaban al día siguiente, en el mismo lugar donde habían caído la noche anterior.

Una mañana se despertaron como siempre, pero no estaban en su fortaleza, sino en el suelo de su barca, que un gigante desconocido hacía avanzar entre las olas a golpe de remo. Oscuras nubes de tormenta saturaban el cielo, y el mar parecía negro. Las olas eran altas y encrespadas, y el agua salada salpicaba los flancos de la barca y empapaba a los enanos.

—¿Quién eres? —preguntaron.

—Soy Suttung —respondió el gigante—. Os he oído alardear ante el viento, las olas y el mundo de haber matado a mi padre y a mi madre.

—Ah —dijo Galar—. ¿Eso explica que nos hayas atado?

—En efecto —replicó Suttung.

—Quizá nos llevas a un lugar glorioso —dijo Fjalar esperanzado—, donde nos desatarás, para que bebamos, comamos hasta hartarnos, riamos y sellemos una gran amistad.

—Me temo que no —repuso Suttung.

La marea baja dejaba a la vista unos escollos que afloraban sobre la superficie del agua. Eran las mismas rocas que habían hecho volcar la embarcación de los enanos con la marea alta, el día que Gilling había muerto ahogado. Suttung recogió a los enanos del fondo de la barca y los depositó sobre los escollos.

—El mar cubrirá estas rocas cuando suba la marea —dijo Fjalar—, pero nosotros tenemos las manos atadas a la espalda y no podremos nadar. Si nos

dejas aquí, nos ahogaremos sin remedio.

—Ciertamente, ésa es mi intención —replicó Suttung, que entonces sonrió por primera vez—. Y mientras os ahogáis, yo estaré sentado en vuestra barca, contemplando cómo se os lleva el mar. Después volveré a Jotunheim y referiré vuestra muerte a mi hermano Baugi y a mi hija Gunnlod, que se alegrarán de que mis padres hayan sido vengados como merecían.

Empezó a subir la marea. Primero, el mar cubrió los pies de los enanos y, al cabo de un momento, el agua les llegó al ombligo. Pronto, sus barbas quedaron flotando en la espuma y entonces hubo pánico en sus ojos.

—¡Ten piedad de nosotros! —gritaron.

—¿La misma piedad que tuvisteis vosotros con mi padre y mi madre?

—¡Te compensaremos por sus muertes! ¡Te indemnizaremos! ¡Te pagaremos!

—No creo que poseáis nada que pueda compensarme por la muerte de mis padres. Soy un gigante acaudalado. Tengo muchos sirvientes en mi casa de las montañas y todas las riquezas que pueda soñar: oro, piedras preciosas y suficiente hierro para fabricar un millar de espadas. Magias muy poderosas me obedecen. ¿Qué podríais darme vosotros que no tenga ya? —preguntó Suttung.

Los enanos no respondieron.

La marea seguía subiendo.

—¡Tenemos hidromiel! ¡El hidromiel de la poesía! —escupió Galar, cuando el agua ya le rozaba los labios.

—¡Hecho con la sangre de Kvasir, el más sabio de los dioses! —gritó Fjalar—. ¡Dos cubas y un caldero, llenos hasta arriba de hidromiel! Nadie lo tiene, excepto nosotros. ¡Nadie en todo el ancho mundo!

Suttung se rascó la cabeza.

—Tengo que pensármelo. He de reflexionar. Es preciso que medite al respecto.

—¡No hay tiempo para pensar! ¡Si piensas, nos ahogaremos! —gritó Fjalar, por encima del rugido de las olas.

La marea no dejaba de subir. Las olas ya se abatían sobre las cabezas de los enanos, que empezaban a tragar agua y tenían los ojos redondos de miedo,

cuando el gigante Suttung tendió los brazos hacia ellos y sacó del agua primero a Fjalar y después a Galar.

—El hidromiel de la poesía será una compensación adecuada. El precio es justo, si añadís alguna cosilla más, y estoy seguro de que tendréis algo más que añadir. Os perdonaré la vida.

Los arrojó al fondo de la barca, aún atados y empapados, y allí se quedaron, retorciéndose incómodamente, como un par de langostas barbudas, mientras el gigante remaba de regreso a la orilla.

Suttung se llevó el hidromiel que habían elaborado Fjalar y Galar con la sangre de Kvasir, junto con unas cuantas cosas más, y se alejó de la fortaleza y de los enanos, que al fin y al cabo podían considerarse bastante afortunados por haber escapado con vida.

Los dos hermanos contaron a todos los que pasaban por su castillo la historia de los abusos sufridos a manos de Suttung. La repitieron en el mercado, la siguiente vez que fueron a hacer negocios, y volvieron a contarla cerca de unos cuervos.

En Asgard estaba Odín, sentado en su trono, y los cuervos Huginn y Muninn le susurraban al oído, como era su costumbre, todo lo que habían visto y escuchado en sus vagabundeos por el mundo. El único ojo de Odín relampagueó cuando oyó la historia de Suttung y el hidromiel.

Los que conocían la historia decían que el hidromiel era «el barco de los enanos», porque había rescatado a Fjalar y Galar de las rocas y los había llevado a su casa, sanos y salvos. También lo llamaban el hidromiel de Suttung, o el líquido de Odrerir, o de Bodn y Son.

Odín escuchó atentamente las palabras de sus cuervos y enseguida pidió su capa y su sombrero. Llamó a los dioses y les dio instrucciones para que prepararan tres enormes cubas de madera, las más grandes que pudieran fabricar, y las tuvieran listas junto a las puertas de Asgard. Después anunció que se marchaba a recorrer el mundo y que quizá tardara bastante en regresar.

—Me llevaré dos cosas —dijo Odín—. Necesito una piedra de afilar, la mejor que exista, y también el taladro llamado Rati.

Rati significa «barrena» y era el mejor taladro que poseían los dioses. Taladraba orificios muy profundos y podía atravesar la roca más dura.

Odín arrojó a lo alto la piedra de afilar, la recogió y la guardó en el zurrón, junto con el taladro. Después se puso en camino.

—Me pregunto qué piensa hacer —dijo Thor.

—Kvasir lo sabría si estuviera aquí —dijo Frigg—. Lo sabía todo.

—Kvasir ha muerto —dijo Loki—. Por mi parte, no me preocupa adónde va el padre de todos, ni por qué.

—Yo voy ahora mismo a ayudar a fabricar esas cubas de madera que nos ha pedido Odín —dijo Thor.

Suttung había confiado el valioso hidromiel a su hija Gunnlod, para que lo custodiara en el interior de la montaña Hnitbjorg, situada en el corazón del país de los gigantes. Pero Odín no fue a la montaña, se dirigió a los campos que eran propiedad de Baugi, el hermano de Suttung.

Era primavera y en los campos ya estaba alta la hierba, lista para ser cortada y almacenada, para disponer de heno cuando llegara el invierno. Baugi tenía nueve esclavos, gigantes como él, que estaban segando la hierba con grandes guadañas, cada una del tamaño de un árbol.

Odín los observaba. Cuando el sol alcanzó el punto más alto en el cielo y los gigantes dejaron de trabajar para almorzar, Odín se les acercó andando tranquilamente y les dijo:

—Os he estado viendo trabajar. Decidme, ¿por qué deja vuestro amo que seguéis la hierba con unas guadañas tan desafiladas?

—No es cierto que estén desafiladas —respondió uno de los trabajadores.

—Están perfectamente afiladas —confirmó otro.

—Dejadme que os enseñe cómo corta una hoja bien afilada —dijo Odín.

Sacó la piedra de afilar del zurrón y la pasó primero por la hoja de una de las guadañas, después por otra y así hasta que todas estuvieron perfectamente afiladas y resplandecientes al sol. Los gigantes lo contemplaban con cierta incomodidad, mientras trabajaba.

—Ya podéis probarlas —anunció Odín.

Los esclavos barrieron con sus guadañas la hierba del prado y quedaron boquiabiertos, encantados con el resultado. Las hojas estaban tan afiladas que segar la hierba con ellas no requería el menor esfuerzo. Las guadañas pasaban a través de los tallos más gruesos, sin encontrar resistencia.

—¡Es maravilloso! —le dijeron a Odín—. ¿Nos vendes tu piedra de afilar?

—¿Venderla? —replicó el padre de todos—. Ni soñarlo. Os propongo algo más justo y mucho más divertido. Venid aquí, todos vosotros. Colocaos en un grupo, muy juntos unos de otros, y que cada uno sujete con fuerza su guadaña. Cerrad filas.

—No podemos juntarnos mucho más —dijo uno de los gigantes esclavos—, porque las hojas de las guadañas están muy afiladas.

—Eres muy sabio —dijo Odín, mientras levantaba una mano con la piedra de afilar—. Ahora prestad atención. ¡La piedra será del primero que consiga atraparla!

Dicho esto, la arrojó al aire.

Los nueve gigantes saltaron para atraparla, tendiendo cada uno de ellos la mano libre, sin prestar atención a la guadaña que tenían en la otra, con la hoja que Odín había afilado hasta la perfección.

Saltaron con las manos tendidas y las hojas de las guadañas resplandecieron al sol.

Enseguida brotó una fuente escarlata a la luz del mediodía y los cuerpos de los esclavos se retorcieron y fueron cayendo uno a uno sobre la hierba recién cortada. Odín pasó por encima de los cuerpos de los gigantes, recuperó la piedra de afilar de los dioses y se la guardó otra vez en el zurrón.

Cada uno de los nueve esclavos había muerto con la garganta cercenada por la guadaña del compañero más próximo.

Odín se dirigió a la casa de Baugi, hermano de Suttung, y le pidió que le ofreciera su techo para pasar la noche.

—Me llamo Bolverkr —dijo Odín.

—¿Bolverkr? —repitió Baugi—. ¡Qué nombre tan lúgubre! Significa «autor de cosas terribles».

—Sólo para mis enemigos —dijo la persona que se hacía llamar Bolverkr—. Mis amigos aprecian las cosas que hago. Soy capaz de hacer el trabajo de nueve hombres, sin descanso y sin queja.

—Puedes pasar la noche en mi casa —replicó Baugi, suspirando—. Pero has llamado a mi puerta en un día funesto. Hasta ayer, yo era un hombre rico,

con muchos campos y nueve esclavos que sembraban, cosechaban, labraban y construían. Aún conservo mis campos y mis animales, pero todos mis sirvientes han muerto. Se mataron entre sí, no sé por qué.

—Dices bien. Es un día nefasto —replicó Bolverkr, que en realidad era Odín—. ¿Puedes conseguir otros sirvientes?

—Este año, no —suspiro Baugi—. Ya es primavera y los mejores hombres están trabajando para mi hermano Suttung. Muy poca gente viene por aquí. De hecho, tú eres el primer viajero que me pide alojamiento y hospitalidad en muchos años.

—Y tienes suerte de que haya venido, porque puedo hacer el trabajo de nueve hombres.

—Tú no eres un gigante —replicó Baugi—. Eres pequeño como un camarón. Ni siquiera creo que pudieras hacer el trabajo de uno solo de mis sirvientes. ¿Cómo ibas a hacer el de nueve?

—Si no soy capaz de hacer el trabajo de tus nueve esclavos —respondió Bolverkr—, no te pediré nada. Pero si lo consigo...

—¿Sí?

—Incluso en tierras lejanas he oído hablar del extraordinario hidromiel de tu hermano Suttung. Dicen que otorga el don de la poesía a quien lo beba.

—Es verdad. Suttung no era poeta cuando éramos jóvenes. El poeta de la familia era yo. Pero desde que volvió con el hidromiel de los enanos, se ha vuelto poeta y soñador.

—Si trabajo para ti, si labro la tierra, construyo y cosecho a tu servicio y hago toda la labor que antes hacían tus sirvientes, te pediré que me des a probar el hidromiel de tu hermano Suttung.

—Pero... —dijo Baugi frunciendo el ceño—. Yo no puedo dártelo. Es de Suttung.

—¡Qué pena! —replicó Bolverkr—. Entonces te deseo mucha suerte y que puedas recoger la cosecha de este año.

—¡Espera! Es cierto que el hidromiel no es mío. Pero si eres capaz de trabajar tanto como aseguras, te llevaré a ver a mi hermano Suttung y haré todo cuanto pueda para que te dé a probar ese hidromiel.

—En ese caso —dijo Bolverkr—, acepto el trato.

No hubo nunca un sirviente tan industrioso como Bolverkr, capaz de trabajar no ya como nueve hombres, sino como veinte. Cuidó de los animales y recogió las cosechas sin ayuda. Labró la tierra, y la tierra le devolvió sus esfuerzos multiplicados por mil.

—Bolverkr —dijo Baugi, cuando las primeras neblinas invernales comenzaban a bajar por la ladera de las montañas—, no sé por qué razón te han puesto el nombre que llevas, porque solamente has hecho cosas buenas.

—¿He hecho el trabajo de nueve hombres?

—Y de otros nueve también.

—Entonces, ¿me ayudarás a probar el hidromiel de Suttung?

—Te ayudaré.

A la mañana siguiente, se levantaron temprano y se pusieron en marcha. Caminaron y caminaron, y al atardecer dejaron atrás las tierras de Baugi y entraron en los dominios de Suttung, al pie de las montañas. Por la noche, llegaron a la gran fortaleza de Suttung.

—Te saludamos, hermano Suttung —dijo Baugi—. Éste de aquí es Bolverkr, mi sirviente durante el verano y también mi amigo. —Después le explicó a Suttung el acuerdo al que habían llegado—. Así que ya ves —añadió para terminar—. Vengo a pedirte que le permitas probar el hidromiel de la poesía.

La mirada de Suttung era fría como un carámbano.

—No —dijo sin más.

—¿No? —preguntó Baugi.

—No, no pienso darle a nadie ni una gota de ese hidromiel. Ni una gota. Lo tengo bien guardado en sus cubas, Bodn y Son, y en el caldero Odrerir. Está en lo más profundo de la montaña Hnitbjorg, que se abre solamente cuando yo lo ordeno. Mi hija Gunnlod lo custodia. Ese sirviente tuyo no lo probará jamás, ni tú tampoco.

—¡Pero si te lo han dado en compensación por la muerte de nuestros padres! —dijo Baugi—. ¿No crees que me corresponde al menos una pequeña parte, para demostrarle a Bolverkr que soy un gigante honrado?

—No —respondió Suttung—. No te corresponde nada.

Después de eso, los dos se marcharon del castillo de Suttung.

Baugi estaba desconsolado. Caminaba con los hombros encorvados y la mandíbula colgando. Cada pocos pasos, se disculpaba con Bolverkr.

—No pensaba que mi hermano fuera tan poco razonable.

—Muy poco razonable, cierto —convino Bolverkr, que en realidad era Odín disfrazado—. Pero tú y yo podríamos darle un par de lecciones, para que en lo sucesivo no sea tan prepotente y engreído y escuche a su hermano.

—Me parece muy bien —replicó el gigante Baugi, irguiéndose un poco más y cerrando la boca en algo parecido a una sonrisa—. ¿Qué propones que hagamos?

—En primer lugar —dijo Bolverkr—, escalaremos el Hnitbjorg, la extenuante montaña.

Fueron juntos a escalar el Hnitbjorg. El gigante abría la marcha y Bolverkr, que a su lado parecía pequeño como un muñeco, iba detrás, pero sin perder terreno. Subieron por los senderos abiertos por las ovejas y las cabras, y siguieron trepando por las rocas, hasta llegar a lo más alto de la montaña, donde las primeras nieves invernales habían caído sobre el hielo del invierno anterior, que aún no se había fundido. Entre las cumbres oyeron el silbido del viento en la montaña y, mucho más abajo, los chillidos de las aves. Pero también oyeron algo más.

Era un ruido semejante a una voz humana que parecía provenir de las rocas, pero se oía siempre lejano, como si surgiera del interior de la montaña.

—¿Qué ruido es ése? —preguntó Bolverkr.

Baugi frunció el ceño.

—Parece mi sobrina Gunnlod cantando.

—Entonces nos detendremos aquí.

De su zurrón de cuero, Bolverkr sacó el taladro llamado Rati.

—Mira —le dijo a Baugi—, tú eres grande y fuerte, incluso para ser un gigante. ¿Qué te parece si utilizas este taladro para perforar la ladera de la montaña?

Baugi cogió el taladro, lo apoyó contra el costado de la montaña y empezó a hacerlo girar. La punta del taladro se hundió en la roca como un tornillo en un bloque de corcho, mientras Baugi seguía dándole vueltas y más vueltas.

—Ya está —dijo el gigante, retirando la herramienta.

Bolverkr se acercó al orificio abierto por el taladro y sopló en su interior, levantando una nube de polvo mezclado con piedrecillas.

—Acabo de averiguar dos cosas —dijo Bolverkr.

—¿Qué dos cosas son ésas? —preguntó Baugi.

—Que todavía no hemos atravesado la ladera de la montaña —respondió Bolverkr—. Tienes que seguir perforando.

—Eso es solamente una cosa —repuso Baugi, pero Bolverkr no dijo nada más, allí en la montaña, donde el viento helado era una garra que los oprimía.

Baugi volvió a meter el taladro Rati en el agujero y lo hizo girar una vez más.

Estaba oscureciendo cuando Baugi volvió a sacar el taladro del orificio.

—Ahora sí que ha penetrado en el interior de la montaña —anunció.

Bolverkr no dijo nada. Se limitó a soplar suavemente dentro del orificio y esta vez vio que las piedrecillas y el polvo caían hacia dentro.

Mientras soplabla, notó que algo venía hacia él por detrás. Al instante se transformó en serpiente y vio que el aguzado taladro se clavaba en el lugar donde antes había estado su cabeza.

—Lo segundo que averigüé cuando me mentiste —le dijo la sibilante serpiente a Baugi, que estaba inmóvil y atónito, blandiendo el taladro como un arma— fue que me traicionarías.

Y con un rápido latigazo de la cola, la serpiente desapareció por el agujero abierto en la ladera de la montaña.

Baugi volvió a golpear con el taladro, pero la serpiente ya se había esfumado. Arrojó lejos la herramienta y oyó que caía y chocaba estrepitosamente contra las rocas. Consideró la posibilidad de volver a la casa de Suttung y, una vez allí, contarle a su hermano que había ayudado a un poderoso mago a escalar el Hnitbjorg y a colarse en el interior de la montaña. Pero no le costó mucho imaginar la reacción de Suttung ante una noticia semejante.

Entonces, con los hombros encorvados y la mandíbula colgante, Baugi bajó de la montaña y, a paso lento y tranquilo, se encaminó de vuelta a su casa. Lo que fuera a sucederle en el futuro a su hermano o a su valioso

hidromiel no era asunto suyo.

Bolverkr se deslizó en forma de serpiente por el agujero de la montaña y lo recorrió de un extremo a otro, hasta llegar a una vasta caverna.

La cueva estaba iluminada por unos cristales que difundían una luz fría. Odín abandonó la forma de serpiente y recuperó el aspecto de hombre, pero no de un hombre cualquiera, sino de un gigante enorme y bien proporcionado. Se puso en marcha, en busca del lugar de procedencia de la canción.

Gunnlod, hija de Suttung, estaba apostada delante de una puerta cerrada, que protegía las cubas Son y Bodn, y el caldero Odrerir. Empuñaba una espada de hoja afilada y cantaba para su propio deleite.

—¡Bien hallada, valiente doncella! —exclamó Odín.

Gunnlod lo miró fijamente.

—No sé quién eres —dijo—. Dime tu nombre, forastero, y explícame por qué he de perdonarte la vida. Soy Gunnlod, la guardiana de este lugar.

—Mi nombre es Bolverkr —respondió Odín— y sé que merezco la muerte por haberme atrevido a venir hasta aquí. Pero aquietate la mano y deja que te mire.

Gunnlod replicó:

—Mi padre, Suttung, me ha puesto aquí de guardia para que vigile el hidromiel de la poesía.

Bolverkr se encogió de hombros.

—¿Qué puede importarme a mí el hidromiel de la poesía? Estoy aquí únicamente porque oí hablar de la belleza, el coraje y la virtud de Gunnlod, hija de Suttung, y me dije: «Si deja que la mire, habrá valido la pena, siempre y cuando sea tan hermosa como afirman». Eso fue lo que pensé.

Gunnlod contempló al apuesto gigante que tenía delante.

—¿Y qué crees, Bolverkr, ahora que estás a punto de morir? ¿Ha merecido la pena?

—Más de lo que esperaba —respondió él—, porque eres más hermosa de lo que pueda expresarse con palabras y de lo que pueda cantar un bardo en sus canciones. Eres más bella que la cumbre de una montaña, más fascinante que un glaciar, más hermosa que un campo de nieve fresca a la luz del alba.

Gunnlod bajó la vista, con las mejillas encendidas de rubor.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —preguntó Bolverkr.

Gunnlod asintió, sin decir palabra.

Allí en las entrañas de la montaña disponía de comida y bebida, así que comieron y bebieron.

Cuando hubieron saciado su apetito, se besaron dulcemente en la oscuridad.

Y después de hacer el amor, Bolverkr le dijo, afligido:

—Ojalá pudiera probar un sorbo del hidromiel contenido en la cuba llamada Son, porque entonces compondría una canción sobre tus ojos que todos los hombres entonarían cuando quisieran cantar a la belleza.

—¿Un sorbo y nada más? —preguntó ella.

—Un sorbo tan pequeño que nadie lo notaría —respondió él—. Pero no tengo prisa. Tú eres más importante para mí. Déjame que te demuestre cuánto me importas.

Y la atrajo hacia sí.

Hicieron el amor en la oscuridad. Cuando ya habían terminado y yacían abrazados, piel contra piel, susurrándose palabras de afecto, Bolverkr volvió a suspirar tristemente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Gunnlod.

—¡Ojalá fuera capaz de cantar la belleza de tus labios! Me encantaría tener talento para expresar que son más suaves que los labios de cualquier otra mujer y mucho mejores. Sería una canción maravillosa.

—Es una pena, sí —convino Gunnlod—, porque mis labios son muy atractivos. A menudo pienso que son lo mejor de mí.

—Quizá sí, pero todos tus rasgos son tan perfectos que sería difícil elegir uno solo. Aun así, si pudiera beber un pequeñísimo sorbo de la cuba llamada Bodn, la poesía impregnaría mi alma y entonces sería capaz de componer un poema sobre tus labios que duraría hasta el día en que desaparezca el sol, devorado por un lobo.

—Tendría que ser un sorbito muy pequeño —replicó ella—, porque mi padre se irritaría bastante si creyera que estoy dando a probar su hidromiel a cualquier desconocido de hermosas facciones que penetre en las

profundidades de la montaña.

Comenzaron entonces a recorrer las cavernas, cogidos de la mano, intercambiando de vez en cuando dulces besos. Gunnlod le enseñó a Bolverkr las puertas y las ventanas que ella misma podía abrir desde el interior de la montaña, para que Suttung le enviara comida y agua, pero él no pareció prestarle atención. Bolverkr le explicó que no estaba interesado en nada que no guardara relación con ella, sus ojos, sus labios, sus dedos o su pelo. Gunnlod se echó a reír y le dijo que dudaba mucho de sus bonitas palabras, porque era evidente que ni siquiera tenía interés en volver a hacer el amor con ella. Entonces, Bolverkr selló los labios de la gigante con los suyos y, una vez más, hicieron el amor.

Cuando ambos estuvieron completamente satisfechos, Bolverkr se echó a llorar en la oscuridad.

—¿Qué ocurre, amor mío? —preguntó Gunnlod.

—Mátame —sollozó Bolverkr—. ¡Mátame ahora mismo! Porque jamás podré componer un poema sobre la perfección de tu pelo, ni de tu piel, ni sobre el sonido de tu voz o el tacto de tus dedos. La belleza de Gunnlod es imposible de describir.

—Bueno —dijo ella—, supongo que no debe de ser fácil hacer un poema como el que dices, pero tampoco creo que sea imposible.

—Tal vez...

—¿Qué ibas a decir? Continúa.

—Tal vez, si bebiera un sorbo minúsculo del caldero Odrerir, adquiriría el talento lírico necesario para describir tu belleza a las generaciones venideras —sugirió él, dejando de llorar.

—Sí, quizá sí. Pero tendría que ser un sorbo muy minúsculo, casi inexistente...

—Enséñame el caldero y yo te enseñaré lo minúsculos que pueden ser mis sorbos.

Gunnlod abrió la puerta y, al cabo de un momento, Bolverkr y ella estuvieron delante del caldero y las dos cubas. El aroma del hidromiel de la poesía, que saturaba el aire, resultaba embriagador.

—Un sorbito y nada más —dijo la gigante—, lo justo para componer tres

poemas sobre mí que resuenen a través de los siglos.

—Por supuesto, amor mío.

Bolverkr sonrió en la oscuridad. Si ella lo hubiera visto en ese momento, habría comprendido que algo iba mal.

Con el primer sorbo, Bolverkr se bebió hasta la última gota del caldero Odrerir.

Con el segundo, vació la cuba llamada Bodn.

Y con el tercero, agotó la cuba llamada Son.

Gunnlod no era tonta. Se dio cuenta de que la habían engañado y atacó al traidor. Era fuerte y ágil, pero Odín no se quedó para luchar. Salió huyendo, cerró la puerta y dejó a la gigante atrapada en el interior de la cueva.

En menos de lo que se tarda en parpadear, se convirtió en un águila enorme. Chilló con voz de águila mientras batía las alas, y entonces las puertas de la montaña se abrieron y el ave ascendió al cielo.

Los alaridos de Gunnlod desgarraban el silencio del alba.

En su casa, Suttung se despertó y corrió al exterior. Levantó la vista, vio al águila e imaginó lo que había pasado. Entonces, él mismo asumió forma de águila.

Las dos aves ascendieron hasta una altura tan vertiginosa que desde el suelo parecían simples motas de polvo en el cielo. Se movían con tanta rapidez que producían en el aire el rugido de un huracán.

En Asgard, Thor dijo:

—Ha llegado el momento.

Y arrastró las tres enormes cubas de madera hasta el patio.

Los dioses de Asgard vieron venir a las dos águilas chillando por el cielo. La pugna fue ajustada. Suttung era veloz y llegó justo detrás de Odín, con el pico casi rozándole las plumas de la cola, cuando ambas águilas llegaron a Asgard.

Durante la aproximación a la fortaleza de los dioses, Odín empezó a regurgitar. Una fuente de hidromiel manó de su pico y llenó las cubas, una tras otra, como habría hecho un padre águila para alimentar a sus polluelos.

Desde entonces, sabemos que todas las personas capaces de hacer magia con las palabras y de componer poemas, sagas y fábulas han bebido el

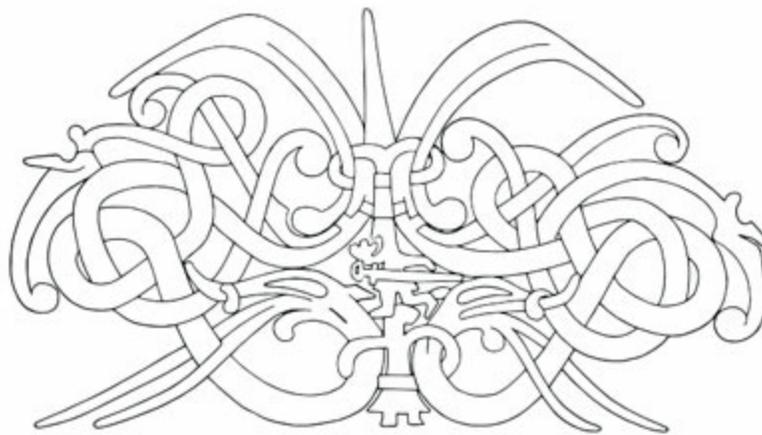
hidromiel de la poesía. Cuando oímos a un buen poeta declamando sus versos, decimos que ha probado el regalo de Odín.

Y hasta aquí la historia del hidromiel de la poesía y de cómo le fue ofrecido al mundo. Es una historia llena de deshonra y traición, de asesinatos y engaños. Pero no es toda la historia. Hay algo más que contar. Será mejor que los más delicados se tapen los oídos o dejen de leer.

Lo último es esto que os contaré ahora, algo que resulta bastante bochornoso reconocer. Cuando el padre de todos convertido en águila se estaba acercando a las cubas, perseguido de cerca por Suttung, Odín expulsó parte del hidromiel por el trasero, en forma de pedo húmedo de apestoso hidromiel, que fue a estrellarse justo en la cara de Suttung y lo cegó, impidiendo así que persistiera en la persecución.

Nadie, ni entonces ni ahora, ha querido beber nunca el hidromiel salido del culo de Odín. Pero si alguna vez oís a un mal poeta recitando sus versos mediocres, llenos de metáforas estúpidas y ripios vergonzosos, sabréis cuál de los dos hidromieles probaron sus labios.

El viaje de Thor al país de los gigantes



I

Thialfi y su hermana Roskva vivían con su madre y con su padre, Egil, en una granja situada al borde de los páramos salvajes. Más allá de su granja había monstruos, gigantes y lobos, y en muchas ocasiones Thialfi había tenido que huir, pero había corrido más velozmente que cualquiera de los peligros que lo amenazaban. No había nada ni nadie que le ganara una carrera a Thialfi. Como vivían en el límite de las tierras salvajes, Thialfi y Roskva estaban habituados a los milagros y las cosas extrañas que sucedían en su mundo.

Pero nada tan extraño como el día en que dos visitantes de Asgard, Loki y Thor, se presentaron en su granja en un carro tirado por dos enormes machos cabríos, a los que Thor llamaba Gruñidor y Crujedientes. Los dioses buscaban un lugar donde pernoctar y comida para saciar su apetito. Eran enormes y poderosos.

—No tenemos comida para huéspedes como vosotros —dijo Roskva, disculpándose—. Tenemos verduras, pero el invierno ha sido duro y ya no nos quedan gallinas.

Thor soltó un gruñido. Sacó un cuchillo, mató a sus dos cabras, las despellejó y las metió en el gran caldero que colgaba encima del fuego. Mientras tanto, Roskva y su madre cortaron las hortalizas que tenían guardadas para el invierno y metieron los trozos en el caldero.

Loki se apartó un poco con Thialfi para hablarle. El chico se sentía intimidado ante el dios. Sus ojos verdes, sus labios agrietados y su sonrisa le parecían impresionantes. Loki le dijo:

—¿Sabes una cosa? El tuétano de los huesos de esas cabras es la mejor comida para un muchacho como tú. Es una pena que Thor siempre se lo quede para él. Si quieres ser fuerte como Thor cuando crezcas, tendrás que

probar el tuétano de esas cabras.

Cuando la comida estuvo lista, Thor cogió toda una cabra para él solo y dejó la carne de la segunda para que se la repartieran los demás.

Desplegó las dos pieles en el suelo y, mientras comía, fue depositando los huesos pelados de su cabra sobre uno de los pellejos.

—Dejad vuestros huesos sobre la otra piel —indicó a los demás—. Y no los rompáis, ni los chupéis. Comed solamente la carne.

¿Decís que vosotros coméis deprisa? ¡Tendríais que haber visto a Loki devorar la comida! En un momento la tenía delante y al momento siguiente se la había terminado y se estaba enjugando los labios con el dorso de la mano.

Los otros comían más lentamente, pero Thialfi no podía olvidar lo que le había dicho Loki y, cuando Thor se levantó de la mesa para hacer sus necesidades, el muchacho sacó su cuchillo, partió uno de los huesos de las patas de la cabra y comió un poco de tuétano. Después dejó el hueso roto encima del pellejo y lo tapó con otros huesos intactos, para que nadie lo notara.

Esa noche, todos durmieron en la gran sala común.

Por la mañana, Thor cubrió los huesos con los pellejos, empuñó su martillo Mjollnir y lo levantó. Entonces dijo:

—¡Gruñidor, recomponte!

Estalló un relámpago y de inmediato el macho cabrío se desperezó, baló y empezó a pacer.

A continuación, Thor proclamó:

—¡Crujedientes, recomponte!

Y el segundo macho cabrío hizo lo mismo que el anterior, pero enseguida pareció trastabillar y se fue cojeando en dirección al otro, dejando escapar agudos balidos, como si le doliera algo.

—Crujedientes tiene rota una de las patas traseras —dijo Thor—. Traed paño y unas tablas.

Le entablilló la pata y se la vendó. Cuando hubo terminado, se volvió para mirar a la familia anfitriona. Thialfi nunca había visto nada tan aterrador como los ojos ardientes y enrojecidos de Thor. El dios apretaba con fuerza el mango de su martillo.

—Alguien de vosotros ha roto ese hueso —dijo, con voz semejante al trueno—. Os di de comer y os pedí solamente una cosa, pero me traicionasteis.

—Fui yo —confesó Thialfi—. Yo rompí el hueso.

Loki intentaba parecer serio, pero no podía evitar que una sonrisa le curvara las comisuras de la boca. No era una sonrisa tranquilizadora.

Thor enarboló el martillo.

—Debería destruir toda esta granja —masculló. Egil pareció espantado y su esposa rompió a llorar. Entonces Thor añadió—: Dime una razón para que no arrase este lugar y lo convierta en escombros.

Egil no dijo nada, pero Thialfi se puso de pie y declaró:

—Mi padre no tiene nada que ver en esto. Él no sabía nada. No lo castigues a él, sino a mí. Mírame: corro a gran velocidad y aprendo rápido. Deja en paz a mis padres y llévame contigo para que sea tu sirviente.

Su hermana Roskva también se puso de pie.

—Mi hermano no se irá sin mí —dijo—. Si te lo llevas, tendrás que llevarnos a los dos.

Thor se lo pensó un momento y dijo:

—Muy bien. De momento, Roskva, te quedarás aquí y cuidarás de mis dos cabras, mientras a Crujedientes se le cura la pata. Cuando vuelva, os recogeré a los tres. —Se volvió hacia Thialfi—. Y tú vendrás con Loki y conmigo. Iremos a Utgard.

II

El mundo más allá de la granja era un páramo salvaje, y Thor, Loki y Thialfi pusieron rumbo al este, hacia Jotunheim, el país de los gigantes, en dirección al mar.

Cuanto más avanzaban hacia el este, más frío hacía. Soplaban vientos gélidos que les robaban todo el calor del cuerpo. Poco antes del crepúsculo, cuando aún quedaba luz para ver el camino, se pusieron a buscar un refugio

donde pasar la noche. Ni Thor ni Thialfi encontraron nada. Loki fue quien más tardó en regresar de la búsqueda. Cuando volvió, parecía desconcertado.

—Hay una casa bastante rara por allí —anunció.

—¿Cómo de rara? —preguntó Thor.

—No es más que una habitación enorme. No tiene ventanas y la entrada es inmensa, pero no tiene puerta. En realidad, es como una cueva muy grande.

El viento frío les entumecía los dedos y les pinchaba las mejillas.

—Vamos a verla —dijo Thor.

La sala principal era bastante larga.

—Podría haber fieras o monstruos allá en el fondo —observó Thor—. Acampemos cerca de la entrada.

Así lo hicieron. La casa era tal como Loki la había descrito: un edificio enorme, con una sala única y una habitación alargada a un costado. Encendieron un fuego junto a la entrada y durmieron durante una hora o dos, hasta que un ruido los despertó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Thialfi.

—¿Un terremoto? —dijo Thor.

La tierra estaba temblando y se oía un rugido. Podía ser un volcán, o quizá una avalancha de grandes rocas, o también podía ser un centenar de osos furiosos.

—No lo creo —repuso Loki—. Pero será mejor que nos traslademos a la habitación del costado, por si acaso.

Loki y Thialfi durmieron en la habitación contigua, escuchando el rugido atronador, que no se interrumpió hasta el amanecer. Thor se apostó en la puerta de la casa y allí permaneció toda la noche, empuñando el martillo. Su irritación había ido en aumento a medida que avanzaba la noche, y solamente quería salir a explorar y a atacar a lo que fuera que estaba rugiendo y sacudiendo la tierra. En cuanto el día empezó a clarear, se adentró en el bosque sin despertar a sus compañeros, en busca del origen del estruendo.

A medida que se acercaba, observó que había tres sonidos distintos, que se repetían secuencialmente: primero, un rugido profundo; a continuación, un zumbido; y, para terminar, una especie de silbido suficientemente penetrante

para que a Thor le doliera la cabeza y le rechinaran los dientes cada vez que lo oía.

Cuando llegó a lo alto de un monte, se puso a contemplar el paisaje que se extendía a sus pies.

Entonces descubrió, tendido en el suelo del valle, al hombre más grande que hubiera visto en su vida. Tenía el pelo y la barba más negros que el carbón, y la piel blanca como un campo nevado. El gigante tenía los ojos cerrados y roncaba tranquilamente, lo que explicaba los rugidos y silbidos que había estado escuchando hasta ese momento. Con cada ronquido del gigante, la tierra se sacudía. Eran los temblores que habían notado durante la noche. El gigante era tan enorme que, a su lado, Thor habría podido pasar por un escarabajo o una hormiga.

El dios se llevó las manos al cinturón llamado Megingjord y se lo ajustó para duplicar su potencia y asegurarse de tener suficiente fuerza para luchar incluso contra el más colosal de los gigantes.

Mientras Thor lo examinaba, el gigante abrió los ojos. Eran de un azul gélido y penetrante. Aun así, no parecía que el enorme ser fuera a suponer un peligro inmediato para el dios.

—Hola —lo saludó Thor.

—¡Buenos días! —respondió el gigante de pelo negro, con una voz tan estruendosa como un alud bajando por la montaña—. Me llaman Skrymir, que significa «grandote». Mis parientes son unos bromistas. Tiene gracia llamar Grandote a un tipo canijo como yo, pero así están las cosas. ¿Dónde estará mi guante? Anoche tenía dos, ¿sabes?, pero uno se me cayó. —Levantó las dos manos. En la derecha llevaba puesta una manopla enorme de cuero y en la otra, nada—. ¡Ah, ya lo veo! ¡Ahí está!

Tendió el brazo hasta el otro lado del monte que había escalado Thor y recogió algo que obviamente era la otra manopla.

—¡Qué curioso! Tiene algo dentro —dijo el gigante, sacudiendo el guante.

Thor reconoció la casa donde habían pasado la noche en cuanto vio a Thialfi y a Loki caer de la boca del guante y aterrizar en la nieve.

Skrymir se puso la manopla izquierda y se miró feliz las dos manos

enguantadas.

—Podemos viajar juntos —dijo—, si os parece bien.

Thor miró a Loki, Loki miró a Thor y los dos se volvieron hacia el joven Thialfi, que se encogió de hombros.

—Yo puedo seguirle el ritmo —dijo el muchacho, que confiaba en su velocidad.

—¡De acuerdo! —gritó Thor.

Desayunaron con el gigante, que sacó varias vacas y ovejas de su zurrón y las devoró enteras. Sus tres compañeros fueron más frugales. Después del desayuno, Skrymir dijo:

—Dadme vuestras provisiones. Las llevaré yo en mi morral y así vosotros no iréis tan cargados. Cenaremos juntos cuando acampemos para la noche.

Guardó la comida de todos en el morral, cerró la bolsa con un nudo y se puso en marcha hacia el este.

Thor y Loki echaron a correr detrás del gigante con el paso incansable de los dioses. Thialfi corría más velozmente de lo que ningún mortal había corrido nunca, pero incluso a él le costaba mantener el ritmo con el transcurso de las horas, y a veces le parecía como si el gigante fuera una montaña más a lo lejos, con la cabeza perdida entre las nubes.

Alcanzaron a Skrymir cuando ya estaba anocheciendo. Había encontrado un lugar donde acampar bajo un roble enorme y se había tumbado a los pies del árbol, con la cabeza apoyada sobre un peñasco.

—No tengo hambre —anunció—. No os preocupéis por mí. Me voy a dormir temprano. Vuestras provisiones están en mi zurrón, que he dejado apoyado contra el tronco. Buenas noches.

Se dio la vuelta y se puso a roncar. Cuando la ya familiar sucesión de rugidos y silbidos empezó a sacudir los árboles, Thialfi trepó al zurrón del gigante y, desde arriba, llamó a Thor y a Loki.

—¡No puedo deshacer los nudos! Están demasiado apretados para mí. Es como si fueran de hierro.

—Yo puedo torcer el hierro —repuso Thor, mientras se subía de un salto a la bolsa de provisiones y empezaba a lidiar con los lazos.

—¿Y bien? —preguntó Loki.

Thor gruñía y tironeaba, tironeaba y gruñía. Al final, se encogió de hombros.

—Creo que no cenaremos esta noche —dijo—, a menos que ese maldito gigante nos ayude a desatar los nudos de su zurrón.

Se volvió hacia el gigante y miró a Mjollnir, su martillo. A continuación, se bajó del morral y trepó a la cabeza del durmiente Skrymir. Para terminar, levantó el martillo y lo descargó sobre la frente del gigante.

Skrymir abrió un ojo adormilado.

—Me parece que me ha caído una hoja en la cabeza y me ha despertado —dijo—. ¿Habéis cenado? ¿Vais a acostaros ya? No me sorprende que estéis cansados. Ha sido un día muy largo.

Entonces se dio la vuelta, cerró los ojos y empezó a roncar otra vez.

Loki y Thialfi lograron conciliar el sueño a pesar del ruido, pero Thor no podía dormir. Estaba enfadado y hambriento, y no confiaba en el gigante, sobre todo allí, en las salvajes tierras del este. A medianoche estaba famélico y comenzaba a cansarse de tantos ronquidos. Volvió a trepar a la cabeza del gigante y esta vez se situó entre las cejas.

Se escupió en las dos manos, se ajustó el cinturón de fuerza, levantó el martillo Mjollnir por encima de la cabeza y descargó un golpe con todas sus fuerzas. Estaba seguro de que el martillo se había hundido en la frente de Skrymir.

Estaba demasiado oscuro para ver el color de los ojos del gigante, pero notó que se abrían.

—¡Ay! —se quejó el colosal hombretón—. ¿Estás ahí, Thor? Me parece que me ha caído en la frente una bellota del roble. ¿Qué hora es?

—Medianoche —contestó Thor.

—Bueno, entonces hasta mañana.

Los ronquidos del gigante hicieron temblar el suelo y agitaron las copas de los árboles.

Cuando aún no era de día, pero ya rayaba el alba, Thor, más hambriento y furioso que nunca y sumamente irritado por no haber podido dormir, decidió asestar el golpe definitivo que silenciara para siempre los ronquidos. Esta vez apuntó a la sien del gigante y descargó un golpe con todas sus fuerzas. Nunca

se había visto un golpe semejante. Thor oyó el eco que despertaba en las cumbres de las montañas.

—¿Sabes una cosa? —dijo Skrymir—. Me parece que me ha caído encima un trozo de nido de pájaro. Unas ramitas o algo. —Bostezó, se desperezó y se levantó—. Bueno, ya he dormido suficiente. Es hora de que nos pongamos en camino. ¿Vosotros tres vais a Utgard? Allí os tratarán bien: copiosos banquetes, cuernos llenos de cerveza, carreras y combates para ver quién es el más fuerte. Allí sí que saben divertirse. Tenéis que ir hacia el este, hacia la claridad del amanecer. Yo voy al norte.

Sonrió dejando al descubierto sus dientes separados, y su sonrisa habría podido parecer vacía y tonta, de no haber sido por sus ojos, que eran azules y penetrantes.

Entonces se agachó y se hizo pantalla con la mano junto a la boca, como si quisiera impedir que alguien los oyera, aunque en realidad sus susurros eran lo bastante estentóreos para dejar sordo a cualquiera.

—No he podido evitar oíros antes, cuando hablabais de mí y comentabais lo grande que soy. Supongo que lo decíais como un cumplido. Pero si alguna vez vais al norte, veréis gigantes de verdad, auténticos colosos, y entonces os daréis cuenta de que yo soy bastante canijo.

Skrymir volvió a sonreír y se marchó en dirección al norte, haciendo temblar la tierra bajo sus pies.

III

Viajaron al este a través de Jotunheim, siempre en dirección a la claridad del amanecer, durante varios días.

Al principio creyeron ver una fortaleza de tamaño normal y calcularon que se encontraban relativamente cerca, pero por mucho que caminaban y apretaban el paso la fortaleza no aumentaba de tamaño ni parecía más cercana. A medida que fueron pasando los días, comprendieron que era enorme y estaba muy lejos.

—¿Es Utgard eso de allí? —dijo Thialfi.

Loki le respondió con una expresión que parecía casi seria.

—Así es. Es el lugar de procedencia de mi familia.

—¿Has estado allí alguna vez?

—No.

Llegaron a la puerta de la fortaleza y no vieron a nadie, pero oyeron el ruido de lo que parecía ser una fiesta en el interior. La puerta era más alta que la mayoría de las catedrales. Estaba protegida por unos barrotes metálicos de dimensiones suficientes para mantener a cualquier gigante a una distancia razonable.

Thor llamó, pero no obtuvo respuesta.

—¿Entramos? —les preguntó a sus compañeros.

Los tres agacharon la cabeza y pasaron por debajo de los barrotes de la puerta. Atravesaron el patio de armas y se dirigieron a la gran sala. En los bancos, altos como las copas de los árboles, había gigantes sentados. Thor entró en la sala. Thialfi estaba aterrorizado, pero siguió caminando al lado de Thor, con Loki detrás.

Vieron al rey de los gigantes al fondo de la sala, sentado en la silla más alta. Atravesaron todo el recinto y le hicieron una profunda reverencia.

El rey tenía la cara estrecha y alargada, de expresión inteligente, y el pelo rojo como el fuego. Sus ojos eran de un azul gélido. Miró a los viajeros y arqueó una ceja.

—¡Vaya! —exclamó—. Tenemos una invasión de niños diminutos. ¡Ah, no, me he confundido! Tú debes de ser el famoso Thor de los aesir. Y, si no me equivoco, tú eres Loki, hijo de Laufey. Conocí un poco a tu madre. ¡Hola, pequeño pariente! Soy Utgardaloki, el Loki de Utgard. ¿Y tú quién eres?

—Thialfi —dijo el muchacho—. Soy el sirviente de Thor.

—Bienvenidos a Utgard —proclamó Utgardaloki—, el mejor lugar del mundo para los seres más extraordinarios. Todo el que destaque en fuerza o ingenio por encima de los demás es bienvenido. ¿Alguno de vosotros es capaz de hacer alguna cosa fuera de lo común? ¿Qué me dices tú, pequeño primo? ¿Qué sabes hacer que nadie pueda igualar?

—Como más rápido que nadie —dijo Loki, sin necesidad de exagerar.

—¡Qué interesante! Aquí tengo a mi sirviente. Curiosamente, se llama Logi. ¿Estarías dispuesto a competir con él en un concurso de tragaldabas?

Loki se encogió de hombros, como si le diera lo mismo.

Utgardaloki entrechocó dos veces las palmas y sus sirvientes acudieron enseguida, acarreando una larga mesa de madera, atiborrada de todo tipo de animales asados: gansos, bueyes, ovejas, cabras, conejos y venados. Cuando volvió a aplaudir, Loki comenzó a engullir, empezando por uno de los extremos de la mesa y avanzando hacia el centro.

Comió intensamente y con total dedicación, como si no tuviera más propósito en la vida que comer con tanta rapidez como pudiera. Sus manos y su boca eran un borroso torbellino a causa de la velocidad.

Se encontró con Logi en el centro de la mesa.

Utgardaloki los miró desde lo alto de su trono.

—Muy bien —sentenció—. Los dos habéis comido a la misma velocidad. ¡No ha estado nada mal! Pero Logi ha engullido también los huesos de los animales y creo distinguir que... ¡Sí, así es! También se ha comido la bandeja donde venían servidos. Loki ha devorado toda la carne, es cierto, pero prácticamente no ha tocado los huesos y ni siquiera ha intentado comerse la madera. Así pues, declaro ganador de este desafío a Logi.

Utgardaloki miró a Thialfi.

—¿Y tú, muchacho? —preguntó—. ¿Qué sabes hacer?

Thialfi se encogió de hombros. Se consideraba la persona más veloz que conocía. Podía correr más rápido que un conejo asustado y era capaz de adelantar a un ave en vuelo.

—Puedo correr —contestó.

—En ese caso —dijo Utgardaloki—, correrás.

Salieron al exterior y allí, en un terreno perfectamente llano, encontraron una pista ideal para correr. Varios gigantes esperaban junto al sendero, frotándose las manos y echándose aliento para calentarlas.

—No eres más que un niño, Thialfi —dijo Utgardaloki—, así que no pondré a competir con hombres hechos y derechos. ¿Dónde está nuestro pequeño Hugi?

Un niño gigante dio un paso al frente. Era tan delgado que casi parecía no

existir y no era mucho más grande que Loki o Thor. El niño miró a Utgardaloki y no dijo nada, pero sonrió. Thialfi no estaba seguro de haberlo visto en su puesto antes de que lo llamaran, pero era indudable que ahora estaba presente.

Hugi y Thialfi se situaron codo con codo en la línea de salida y aguardaron la señal.

—¡Ya! —exclamó Utgardaloki con voz de trueno, y los dos chicos echaron a correr.

Thialfi corrió como nunca, pero Hugi lo adelantó y alcanzó la línea de meta cuando él apenas había llegado a la mitad del recorrido.

—La victoria es para Hugi —proclamó Utgardaloki, que a continuación se inclinó para hablarle a Thialfi—: Tendrás que correr mucho más si quieres ganarle a Hugi —dijo el gigante—. Debo reconocer que nunca había visto a ningún humano correr tan velozmente; pero debes correr más, Thialfi.

Thialfi volvió a situarse junto a Hugi en la línea de salida. Estaba jadeando y el corazón se le salía por las orejas. Sabía que había corrido tan velozmente como podía y que aun así Hugi había sido más veloz. Además, el niño gigante parecía muy tranquilo y relajado. Ni siquiera respiraba agitadamente. Hugi miró a Thialfi y volvió a sonreír. Thialfi observó algo en él que le recordaba a Utgardaloki y se preguntó si no sería su hijo.

—¡Ya!

Empezaron a correr. Thialfi corrió como nunca, moviéndose a tal velocidad que parecía como si todo se hubiera borrado y el mundo los contuviera únicamente a Hugi y a él. Pero Hugi lo aventajó todo el camino y atravesó la línea de meta cuando a él todavía le faltaban cinco o tal vez diez segundos para llegar.

Thialfi sabía que había estado muy cerca de la victoria y que solamente tenía que empeñarse a fondo para conseguirlo, si lo intentaban una tercera vez.

—Corramos una vez más —dijo jadeando.

—Muy bien —aceptó Utgardaloki—. Podéis correr otra vez. Eres veloz, jovencito, pero no creo que puedas ganar. Aun así, dejaremos que la última carrera decida el resultado de toda la competición.

Hugi se situó en la línea de salida y Thialfi se colocó junto a él. Ni siquiera percibía el ruido de su respiración.

—Buena suerte —le dijo Thialfi.

—Esta vez —respondió Hugi, con una voz que resonó dentro de la cabeza de Thialfi—, me verás correr de verdad.

—¡Ya! —gritó Utgardaloki.

Thialfi corrió como ningún hombre vivo ha corrido nunca. Corrió con la rapidez de un halcón peregrino que se abate sobre su presa, con la velocidad del viento en plena tormenta, con la celeridad del propio Thialfi. Y nunca nadie ha corrido ni correrá tanto como Thialfi.

Pero Hugi lo superó con facilidad, moviéndose incluso más velozmente que antes. Cuando Thialfi aún no había llegado a la mitad del recorrido, Hugi ya había alcanzado el final de la pista y venía de vuelta.

—¡Ya está! ¡Es suficiente! —anunció Utgardaloki.

Volvieron a la gran sala. Para entonces, el ambiente entre los gigantes era más relajado y jovial que al principio.

—¡Ah! —suspiró Utgardaloki—. El fracaso de esos dos en cierto modo es comprensible. Pero ahora veremos algo que seguramente nos impresionará, porque le ha llegado el turno a Thor, el dios del trueno, el más poderoso de los héroes: Thor, cuyas hazañas son cantadas en todos los mundos. Dinos, Thor, famoso entre dioses y mortales, ¿nos mostrarás lo que eres capaz de hacer?

Thor se volvió para mirarlo.

—Para empezar, bebo más que nadie —dijo Thor—. No hay copa ni cuerno que no pueda vaciar.

Utgardaloki consideró un momento su respuesta.

—Por supuesto —dijo—. ¿Dónde está mi escanciador? —El sirviente dio un paso al frente—. Tráeme mi cuerno especial de hidromiel.

El escanciador hizo un gesto afirmativo, abandonó la sala y al cabo de unos instantes regresó con un cuerno muy largo, mucho más largo que cualquiera de los cuernos de beber que Thor hubiera visto hasta entonces. Pero el dios no se preocupó. Después de todo, no había copa ni cuerno que Thor no fuera capaz de vaciar. El cuerno del rey de los gigantes tenía runas y

otras figuras grabadas y un baño de plata en la embocadura.

—Es el cuerno que usamos en este castillo para beber —dijo Utgardaloki—. Todos lo hemos vaciado en algún momento. Los más robustos y poderosos nos bebemos todo su contenido de un solo trago, pero reconozco que algunos necesitan dos intentos para terminárselo. Me enorgullece afirmar, sin embargo, que no hay nadie entre nosotros tan débil y blandengue que haya necesitado tres tragos para vaciarlo.

Era un cuerno muy largo y estaba lleno hasta el borde, pero Thor era Thor. Se lo llevó a los labios y empezó a beber. El hidromiel de los gigantes era salado y estaba frío, pero Thor se lo echó al gizonte, levantando el cuerno hasta quedarse sin aliento.

Estaba convencido de haber vaciado el cuerno, pero, cuando lo bajó, se sorprendió al ver que estaba casi tan lleno como cuando había empezado a beber.

—Tu fama me había hecho creer que serías mucho mejor bebedor —comentó secamente Utgardaloki—. Pero supongo que podrás vaciar el cuerno en un segundo intento, como hacemos todos nosotros.

Thor hizo una inspiración profunda, aplicó los labios al cuerno y bebió tanto como pudo. Estaba seguro de haber vaciado el recipiente, pero, cuando apartó la boca, su contenido sólo había bajado el largo de su dedo pulgar.

Los gigantes miraron a Thor y empezaron a soltar risitas burlonas, pero el dios los acalló, fulminándolos con la mirada.

—Ah —dijo Utgardaloki—. Ya veo que las historias del poderoso Thor no eran más que fábulas. Bueno, aunque así sea, permitiremos que lo intentes por tercera vez. Ya no puede quedar mucho hidromiel en el cuerno.

Thor se lo llevó a los labios y bebió como sólo un dios puede beber. Bebió tanto y tan profundamente que Loki y Thialfi quedaron atónitos y boquiabiertos.

Pero, cuando apartó el cuerno de los labios, el hidromiel apenas había bajado el grosor de unos nudillos.

—No pienso seguir insistiendo —dijo Thor—. Y no acabo de creerme que no sea más que un poco de hidromiel.

Utgardaloki le indicó al escanciador que se llevara el cuerno.

—Ha llegado el momento de que demuestres tu fuerza —le dijo a Thor—. ¿Eres capaz de levantar un gato?

—¿Qué pregunta es ésta? ¡Claro que puedo levantar un gato!

—Bueno —replicó Utgardaloki—, ya hemos visto que no eres tan fuerte como pensábamos. Aquí en Utgard, los jóvenes demuestran su fuerza levantando del suelo a mi gata. Pero debo advertirte que eres más pequeño que cualquiera de nosotros y que mi gata es gigante, por lo que comprenderé que no puedas levantarla.

—Levantaré a tu gata —dijo Thor.

—Debe de estar durmiendo junto al fuego —repuso Utgardaloki—. Vamos a buscarla.

La gata estaba durmiendo, pero se levantó en cuanto entraron y corrió al centro de la habitación. Era gris y tenía el tamaño de un hombre, pero Thor era más fuerte que cualquiera. Le rodeó la barriga con las dos manos y tiró hacia arriba, con la intención de levantarla por encima de su cabeza. Pero la gata no pareció impresionada. Arqueó el lomo y se levantó todo lo que pudo, obligando a Thor a levantar los brazos y ponerse de puntillas.

Thor no pensaba dejarse vencer en un simple juego de levantar una gata. Tironeó, se esforzó y finalmente consiguió que la gata despegara una sola pata del suelo.

Thor, Thialfi y Loki oyeron a lo lejos un ruido de grandes rocas chocando entre sí, el ruido atronador de las montañas heridas.

—Déjalo ya, Thor —dijo Utgardaloki—. No es culpa tuya que no puedas levantar a mi gata. Es un animal bastante grande y tú eres enclenque y pequeño en comparación con cualquiera de nosotros los gigantes —añadió sonriendo.

—¿Enclenque y pequeño? —repitió Thor indignado—. ¡Podría enfrentarme con cualquier de vosotros y...!

—Por lo que hemos visto hasta ahora —dijo Utgardaloki—, sería un anfitrión terrible si te dejara pelear con un gigante de verdad. Podrías salir malherido. Además, me temo que ninguno de mis hombres se dignaría luchar con alguien incapaz de vaciar mi cuerno de hidromiel o de levantar del suelo a mi gata. Pero te diré qué podemos hacer. Si quieres luchar, te dejaré

enfrentarte con mi vieja nodriza.

—¿Con tu nodriza? —preguntó Thor incrédulo.

—Es vieja, sí. Pero fue ella quien me enseñó a luchar hace mucho tiempo y dudo que se le haya olvidado. Ha encogido con la edad, así que será más de tu tamaño. Está acostumbrada a jugar con los niños. —Entonces, al ver la expresión de Thor, añadió—: Se llama Elli, y la he visto derrotar en el combate a hombres que parecían más fuertes que tú. No te confíes en exceso, Thor.

—Preferiría enfrentarme a tus hombres —dijo Thor—. Pero lucharé con tu nodriza.

Fueron a buscar a la vieja, que acudió enseguida. Parecía tan gris, frágil y marchita que daba la sensación de que en cualquier momento se la llevaría la brisa. Era una gigante, sí, pero no era mucho más alta que Thor. Tenía el pelo fino y ralo. Thor se preguntó qué edad tendría. Parecía mayor que cualquiera de las personas que conocía. No quería hacerle daño.

Se situaron frente a frente. El primero en derribar al otro ganaría el combate. Thor empujó a la vieja y tiró de ella; intentó moverla, zancadillearla y forzarla para que cayera, pero era como si la anciana estuviera hecha de piedra, porque no obtuvo ningún resultado. Mientras tanto, ella lo miraba con sus ojos incoloros, sin decir nada.

Entonces, la mujer tendió una mano y tocó suavemente a Thor en una pierna. El dios sintió que perdía el apoyo en el punto donde la anciana lo había tocado y volvió a arremeter contra ella, pero la vieja lo rodeó con sus brazos y tiró de él hacia abajo. Thor se resistió tanto como pudo, pero pronto se vio obligado a apoyar una rodilla en el suelo.

—¡Basta! —gritó Utgardaloki—. Ya hemos visto suficiente, gran Thor. Ni siquiera eres capaz de derrotar a mi vieja nodriza. No creo que ninguno de mis hombres quiera luchar contigo.

Thor miró a Loki y los dos miraron a Thialfi. Se sentaron junto al fuego y dejaron que los gigantes los agasajaran con su hospitalidad. La comida era buena y el vino era menos salado que el hidromiel del rey de los gigantes, pero los tres hablaron menos de lo que normalmente habrían hablado durante un banquete.

Estaban silenciosos, incómodos y humillados por la derrota.

Salieron de la fortaleza de Utgard al alba y el rey Utgardaloki en persona los acompañó para despedirlos.

—¿Y bien? —dijo Utgardaloki—. ¿Habéis disfrutado de vuestra estancia en mi casa?

Los tres levantaron la vista y lo miraron con expresión sombría.

—No mucho —contestó Thor—. Siempre me había enorgullecido de ser fuerte y poderoso, pero ahora siento que no soy nadie.

—Yo pensaba que corría mucho —dijo Thialfi.

—Y a mí nunca me habían derrotado en un concurso de tragaldabas —dijo Loki.

Atravesaron las puertas que marcaban el fin de la fortaleza de Utgardaloki.

—¿Sabéis una cosa? —dijo el gigante—. No sois tan malos. Sinceramente, si anoche hubiera sabido lo que sé hoy, jamás os habría invitado a mi casa. Y pienso asegurarme de que nadie vuelva a invitaros. En realidad, os engañé a los tres con trucos de magia.

Los viajeros miraron al gigante, que bajó la vista y les sonrió.

—¿Os acordáis de Skrymir? —preguntó.

—¿El gigante? Por supuesto.

—Era yo. Hice un truco para parecer más grande y cambiar mi aspecto. Los cordones de mi zurrón de provisiones eran de hierro irrompible y los nudos sólo se podían deshacer con magia. Cuando me golpeaste con tu martillo, Thor, mientras yo fingía dormir, sabía que el más ligero de tus golpes podía matarme, de modo que utilicé mi magia para interponer de manera invisible una montaña entre tu martillo y mi cabeza. Mirad ahí.

A lo lejos se erguía una montaña en forma de silla de montar, hendida por tres valles de contornos cuadrados. El tercero era el más profundo de los tres.

—Ésa fue la montaña que usé —dijo Utgardaloki—. Los valles son la huella de tus golpes.

Thor no dijo nada, pero se le afinaron los labios, las fosas nasales se le ensancharon y la barba roja se le erizó.

Entonces, Loki dijo:

—Háblame de lo sucedido anoche en el castillo. ¿Eso también fue una ilusión?

—Por supuesto que sí. ¿Alguna vez has visto un incendio bajando por un valle y devorándolo todo a su paso? ¿Crees que eres rápido comiendo? Por mucho que lo seas, jamás podrás superar a Logi, porque Logi es la encarnación del fuego. Devoró la comida y la bandeja de madera donde la trajeron, quemándolo todo. Pero nunca había visto a nadie capaz de comer con tanta rapidez como tú.

Los ojos verdes de Loki se encendieron de rabia y admiración, porque apreciaba un buen truco tanto como detestaba que lo engañaran.

Utgardaloki se volvió hacia Thialfi.

—¿Con qué rapidez piensas, muchacho? —le preguntó—. ¿Con más rapidez de lo que corres?

—Claro que sí —respondió Thialfi—. Pienso mucho más rápido de lo que corro.

—Por eso te hice rivalizar con Hugi, el pensamiento. Por muy velozmente que corrieras, y te aseguro que ninguno de nosotros ha visto a nadie correr tanto como tú, Thialfi, ni siquiera tú habrías podido ganarle una carrera al pensamiento.

Thialfi no dijo nada. Habría querido hacer algún comentario, protestar o preguntar alguna cosa, pero Thor se le adelantó. Con una voz grave y profunda que arrancaba ecos de las montañas lejanas, preguntó:

—¿Y yo? Dime qué hice en realidad anoche.

Utgardaloki ya no sonreía.

—Un milagro —respondió—. Hiciste lo imposible. Tú no lo veías, pero el extremo del cuerno de hidromiel se hundía en lo más profundo del mar. Bebiste lo suficiente para que bajara el nivel del mar y se formaran mareas. Por tu causa, Thor, el nivel del mar seguirá subiendo y bajando con la marea para siempre. Fue un alivio que no quisieras beber un cuarto trago, porque habrías secado el océano.

»La gata que quisiste levantar no era una gata, sino Jormungundr, la serpiente de Midgard, que se enrosca en torno al centro del mundo. Es imposible levantarla, pero tú lo lograste e incluso le soltaste una de las

vueltas cuando conseguiste que despegara una pata del suelo. ¿Recuerdas el ruido que oíste? Era el estruendo de la tierra al sacudirse.

—¿Y la vieja? —preguntó Thor—. ¿Tu nodriza? ¿Quién era?

Hablaba con suavidad, pero había agarrado el mango del martillo y lo sujetaba cómodamente.

—Era Elli, la vejez. Nadie puede vencerla, porque al final nos derrota a todos. Nos vuelve cada vez más débiles, hasta que nos cierra los ojos para siempre. A todos, menos a ti, Thor. Tú luchaste contra la vejez y nos asombraste a todos manteniéndote de pie. Incluso cuando tu rival parecía vencerte, no te derribó, sino que apenas consiguió que apoyaras una rodilla en el suelo. Nunca habíamos visto nada como lo de anoche, Thor. Nunca.

»Pero ahora que conocemos tu poder, sabemos que fue una locura dejar que entraras en Utgard. En el futuro pienso defender mi fortaleza y la mejor manera de lograrlo será impedir que cualquiera de vosotros vuelva a encontrar el camino de Utgard o vea alguna vez mi castillo. Jamás regresaréis a mi reino, pase lo que pase.

Thor levantó el martillo por encima de su cabeza, pero antes de que pudiera descargarlo, Utgardaloki se había marchado.

—¡Mirad! —dijo Thialfi.

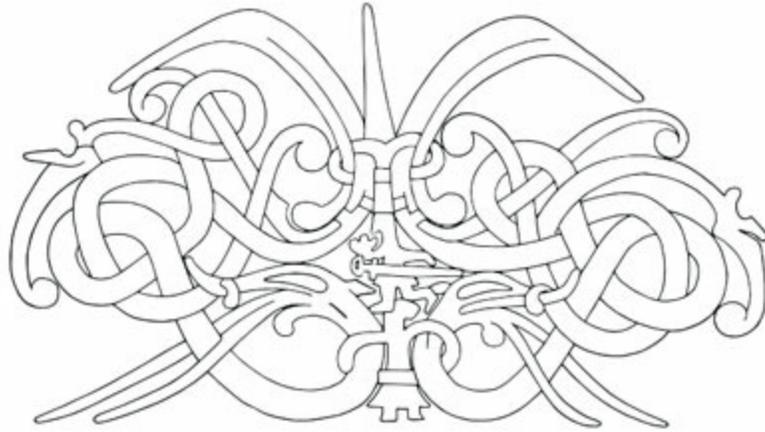
La fortaleza había desaparecido. No quedaba ni rastro del castillo de Utgardaloki, ni de la tierra donde antes se levantaba. Los tres viajeros se encontraban en medio de una llanura desolada, sin la menor señal de vida en ninguna parte.

—Regresemos a casa —dijo Loki, y enseguida añadió—: Todos los trucos eran excelentes. El gigante lo hizo muy bien. Creo que hoy hemos aprendido algo.

—Le contaré a mi hermana que he corrido carreras con el pensamiento —dijo Thialfi—. Roskva sabrá lo bien que corro.

Pero Thor no dijo nada. Estaba pensando en la noche anterior, en su combate con la vejez y en el intento de beberse el mar. Estaba pensando en la serpiente de Midgard.

Las manzanas de la inmortalidad



I

En esta otra ocasión, también eran tres los personajes que iban explorando los páramos montañosos de los márgenes de Jotunheim, el país de los gigantes. Pero esta vez se trataba de Thor, Loki y Hoenir. (Hoenir era un antiguo dios que había dado a los humanos el don del raciocinio.)

No era fácil encontrar comida en esas montañas y los tres dioses tenían hambre.

De pronto oyeron un ruido —mugidos de ganado a lo lejos— y entonces se miraron entre sí y sonrieron, como sonríen los hombres hambrientos cuando saben que por la noche comerán. Al cabo de un rato, llegaron a un verde valle donde grandes robles y altísimos pinos bordeaban prados surcados por riachuelos, y allí vieron un rebaño de vacas y bueyes grandes y bien alimentados con la hierba tierna del valle.

Excavaron un hoyo, prepararon un buen fuego de leña, mataron un buey, lo sepultaron bajo las brasas y esperaron a que la cena estuviera lista.

Cuando desenterraron la carne, se encontraron con que aún estaba cruda y sanguinolenta.

Volvieron a encender el fuego y esperaron un buen rato. Pero la carne ni siquiera se calentaba con el calor de las ascuas.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Thor.

—¿Qué? —dijo Hoenir—. Yo no he oído nada.

—Yo sí —replicó Loki—. Prestad atención.

Escucharon y el sonido era inconfundible. Alguien, en algún lugar, se estaba riendo de ellos con traviesas carcajadas.

Los tres dioses miraron a su alrededor, pero no había nadie más en el valle. Solamente ellos y las vacas.

Entonces, Loki levantó la vista.

En la rama más alta del más alto de los árboles, había un águila. Era el águila más grande que nadie hubiera visto jamás, un águila gigantesca, y se estaba riendo de ellos.

—¿Sabes por qué este fuego no cuece la carne? —preguntó Thor.

—Puede que lo sepa —contestó el águila—. ¡Vaya, sí que parecéis hambrientos! ¿Por qué no coméis la carne cruda? Es lo que hacemos las águilas. La desgarramos con el pico. Pero vosotros no tenéis pico, ¿verdad?

—Estamos famélicos —dijo Hoenir—. ¿Puedes ayudarnos a cocinar nuestra cena?

—En mi opinión —dijo el águila—, vuestro fuego debe de haber sido objeto de algún encantamiento, que le roba el calor y la fuerza. Si me prometéis darme un poco de vuestra carne, le devolveré la potencia a vuestro fuego.

—Te lo prometemos —replicó Loki—. Podrás coger tu porción en cuanto haya carne asada para todos nosotros.

El águila voló una vez alrededor del prado y su vuelo produjo ráfagas de viento tan poderosas que las brasas del pozo cobraron vida y se encendieron, y los dioses tuvieron que agarrarse unos a otros para no salir despedidos por el aire. Tras una vuelta completa, el ave volvió a posarse en su rama.

Esperanzados, los dioses enterraron una vez más la carne bajo las brasas y esperaron. Era verano, una época en que el sol prácticamente no se pone en las tierras del norte y los días parecen eternos, de modo que ya era de noche —a pesar de que aún parecía de día— cuando abrieron el pozo y los sorprendió el aroma glorioso de la carne asada, tierna y lista para sus cuchillos y sus dientes.

En cuanto la cena estuvo desenterrada, el águila se precipitó sobre la carne, aferró con las garras los dos cuartos traseros del buey y uno de los delanteros, y empezó a desgarrarlos vorazmente con el pico. Furioso al ver que gran parte de su comida corría peligro, Loki le asestó un golpe al águila con su lanza para obligarla a soltar su botín.

El águila batió las alas con fuerza y produjo un viento tan potente que casi derribó a los tres dioses, pero dejó caer la carne. Loki no tuvo tiempo de celebrar su triunfo, porque no tardó en descubrir que la lanza se había

clavado en el costado del ave y que ésta, al levantar el vuelo, también lo arrastraba a él.

Loki habría querido soltar la lanza, pero tenía las manos pegadas al asta. No podía soltarla.

El águila voló a baja altura, arrastrando los pies de Loki por pedregales y campos de grava, por las laderas de las montañas y las copas de los árboles. Había magia en juego, una magia demasiado poderosa para que Loki pudiera controlarla.

—¡Por favor! —gritó—. ¡Detente! ¡Vas a arrancarme los brazos de cuajo! ¡Ya has conseguido destrozarme las botas! ¡Vas a matarme!

El águila ganó altura, siguiendo la ladera de una montaña, y comenzó a volar lentamente en círculos, sin nada más que el aire frío entre la tierra y ellos.

—Puede que sí. Puede que te mate —dijo.

—Pídeme lo que quieras a cambio de dejarme sano y salvo en el suelo —gritó Loki con voz agitada—. Lo que quieras. Te lo ruego.

—Quiero a Idunn —dijo el águila—. Y sus manzanas. Las manzanas de la inmortalidad.

Loki estaba suspendido en el aire, a gran distancia del suelo.

Idunn era la esposa de Bragi, el dios de la poesía, y era una diosa dulce, amable y gentil. Siempre llevaba consigo una caja de madera de fresno, en cuyo interior guardaba unas manzanas doradas. Cuando los dioses notaban que la edad comenzaba a blanquearles el cabello o afectaba sus articulaciones, acudían a Idunn. Entonces, ella abría la caja y les permitía comer una sola manzana. En cuanto la comían, recuperaban toda su fuerza y juventud. Sin las manzanas de Idunn, los dioses habrían dejado de serlo.

—Estás muy callado —dijo el águila—. Te arrastraré por más pedregales y montañas, y creo que esta vez también podría meterte en unos cuantos ríos profundos.

—¡Te conseguiré las manzanas! —dijo Loki—. Te lo juro. Pero déjame en el suelo.

El águila no dijo nada, pero con una ligera sacudida de las alas empezó a descender hacia un verde prado, desde donde se levantaba el humo de una

hoguera. Tras un rápido descenso, volvió al lugar donde Thor y Hoenir los estaban contemplando boquiabiertos. Tras pasar sobre la hoguera, Loki notó que caía, aferrado aún a su lanza, y enseguida rodó por la hierba. Con un chillido, el águila batió las alas, se elevó por los aires y al cabo de un momento no fue más que un punto diminuto en el cielo.

—Me pregunto a qué venía todo eso —dijo Thor.

—Yo también —repuso Loki.

—Te hemos guardado un poco de comida —intervino Hoenir.

Loki había perdido el apetito, un hecho que sus amigos atribuyeron al vuelo con el águila.

Ningún otro hecho interesante o extraordinario les ocurrió durante el camino de vuelta.

II

Al día siguiente, Idunn iba caminando por Asgard, saludando a los dioses y observando sus caras para descubrir los primeros signos de la vejez, cuando se encontró con Loki. Normalmente, Loki no le prestaba atención, pero esa mañana le sonrió y la saludó.

—¡Idunn! ¡Cuánto me alegro de verte! Empiezo a sentir los estragos de la edad —le dijo—. Necesito comer una de tus manzanas.

—Yo no te noto envejecido —comentó ella.

—Lo disimulo muy bien —replicó Loki—. ¡Ay, qué dolor de espalda! ¡Qué terrible es la vejez, Idunn!

La diosa abrió la caja de madera de fresno y le dio a Loki una manzana de oro.

Loki se la comió con entusiasmo. Devoró la manzana, con semillas y todo, y después hizo una mueca de disgusto.

—¡Caramba, Idunn! —exclamó—. Pensaba que tus manzanas eran mucho mejores.

—Me extraña que lo digas —replicó la diosa. Nunca nadie se había

quejado de sus manzanas. Normalmente, los dioses alababan la perfección de su sabor y se congratulaban de volver a sentirse jóvenes después de comerlas —. Son las manzanas de los dioses, Loki. Las manzanas de la inmortalidad.

Loki no pareció convencido.

—Puede que sí —dijo—. Pero en el bosque he visto unas manzanas que me han parecido mejores que las tuyas en todos los sentidos. Tenían mejor aspecto, mejor aroma y mejor sabor que éstas. Me parece que también eran manzanas de la inmortalidad y probablemente la inmortalidad que proporcionan es mejor que la de tus manzanas.

Loki observó que en el rostro de Idunn se sucedían rápidamente una serie de expresiones: incredulidad, desconcierto y preocupación.

—No hay más manzanas como éstas. Las mías son las únicas que existen —dijo.

Loki se encogió de hombros.

—Yo sólo te digo lo que he visto —replicó.

Idunn iba andando a su lado.

—¿Dónde están esas manzanas? —preguntó.

—Por ahí. No sabría indicarte el camino, pero podría llevarte si vienes conmigo al bosque. No hay que caminar mucho.

Idunn aceptó.

—Pero, cuando encontremos el árbol, ¿cómo vamos a hacer para comparar sus manzanas con las que tú tienes guardadas aquí en Asgard, en la caja de fresno? —prosiguió Loki—. Yo podría decirte: «Son mejores que tus manzanas». Pero entonces tú me dirías: «¡Pamplinas, Loki! En comparación con las mías, éstas son ácidas y arrugadas como las manzanas silvestres». ¿Y cómo sabríamos cuál de los dos tiene razón?

—No seas tonto —replicó Idunn—. Llevaré mis manzanas y así las podremos comparar.

—¡Buena idea! —exclamó Loki—. De acuerdo. ¡Vamos!

Entonces condujo al bosque a Idunn, que marchaba sujetando con fuerza la caja de fresno donde guardaba las manzanas de la inmortalidad.

Al cabo de media hora de trayecto, Idunn dijo:

—Loki, empiezo a creer que no existen esas manzanas, ni ese árbol del

que me has hablado.

—Es muy desconsiderado tu comentario —replicó Loki—. Y muy hiriente. El manzano está allí mismo, en lo alto de aquella colina.

Anduvieron hasta alcanzar la altura señalada por Loki.

—Aquí no hay ningún manzano —dijo Idunn—. Solamente hay un pino muy alto, con un águila posada encima.

—¿Es un águila eso de ahí? —preguntó Loki—. ¡Qué grande es!

Como si los hubiera oído, el águila desplegó las alas y descendió en picado desde lo alto del pino.

—No soy un águila —dijo el ave—, sino el gigante Thiazi en forma de águila, y he venido a buscar a la bella Idunn. Al principio solamente le hará compañía a mi hija Skadi y quizá con el tiempo aprenderá a amarme. En cualquier caso, pase lo que pase, la inmortalidad se ha terminado para los dioses de Asgard. ¡Lo digo yo! ¡Lo dice Thiazi!

Entonces aferró a Idunn con una de sus afiladas garras, cogió la caja de manzanas con la otra y levantó el vuelo hacia el cielo de Asgard. Al cabo de pocos segundos había desaparecido.

—Ahora ya sé quién era —se dijo Loki para sus adentros—. Ya decía yo que no podía ser una simple águila.

Emprendió el camino de vuelta, con la vaga esperanza de que nadie notara la ausencia de Idunn y sus manzanas, y de que en caso de notarla pasara mucho tiempo antes de que algún dios estableciera la conexión entre su desaparición y el paseo que Loki había dado con ella por el bosque.

III

—Tú fuiste el último en verla —dijo Thor, frotándose los nudillos de la mano derecha.

—No, no es verdad —replicó Loki—. ¿Por qué lo dices?

—Y no has envejecido como el resto de nosotros —prosiguió Thor.

—He envejecido, pero soy un tipo con suerte —replicó Loki—. No lo

aparento.

Thor gruñó, muy poco convencido. Su barba roja se había vuelto blanca como la nieve, con unos pocos pelos anaranjados dispersos, como una rugiente hoguera convertida en un montón de blancas cenizas.

—Sigue azotándolo —dijo Freya. Su larga cabellera se había vuelto gris y las líneas de expresión de su cara se habían convertido en profundas arrugas. Seguía siendo hermosa, pero tenía la belleza de la edad y no la frescura de la juventud de cabellos dorados—. Loki sabe dónde está Idunn. Y también dónde están las manzanas.

Aún llevaba al cuello el collar de los Brisings, pero la joya se había vuelto opaca y deslucida. Ya no resplandecía como antes.

Odín, el padre de los dioses, levantó el cetro con dedos nudosos y artríticos. A través de la piel de sus manos se transparentaban las venas azules. Su voz ya no era atronadora y autoritaria, como antes, sino débil y entrecortada.

—No le pegues, Thor —dijo con su voz de anciano.

—¿Lo veis? ¡Ya sabía yo que el padre de todos atendería a razones! —exclamó Loki—. ¡No he tenido nada que ver en esto! ¿Por qué iba a venir Idunn conmigo a ninguna parte? ¡Ni siquiera me tenía simpatía!

—No le pegues —repitió Odín, mirando a Loki con su único ojo bueno, que se había vuelto turbio y grisáceo—. Quiero que esté sano y entero cuando lo torturemos. Ya están encendiendo el fuego, afilando los cuchillos y recogiendo las piedras. Puede que seamos viejos, pero sabemos torturar y matar igual de bien que cuando estábamos en la flor de la edad y teníamos las manzanas de Idunn para mantenernos en forma.

El olor del carbón ardiendo llegó a la nariz de Loki.

—Si yo... —dijo—. Si lograra averiguar qué ha pasado con Idunn y de alguna manera consiguiera traerla de regreso a Asgard, sana y salva con sus manzanas, ¿habría alguna posibilidad de olvidar toda esa historia de torturas y muerte?

—Es tu única oportunidad —dijo Odín, con una voz tan aguda y quebrada que Loki no habría podido distinguir si hablaba un anciano o una vieja—. Trae a Idunn a Asgard y devuélvenos las manzanas de la inmortalidad.

Loki aceptó.

—Quitadme las cadenas —dijo—. Lo haré. Pero voy a necesitar la capa de plumas de halcón de Freya.

—¿Mi capa? —preguntó Freya.

—Me temo que sí.

Freya se marchó con una mueca de disgusto y regresó con una capa cubierta de plumas de halcón. En cuanto se libró de las cadenas, Loki tendió la mano para cogerla.

—No pienses que podrás irte volando para no volver nunca más —dijo Thor, mientras se acariciaba con expresión adusta la barba blanca—. Puede que ahora sea un anciano —añadió—; pero, si no vuelves, iré a buscarte allí donde te escondas, viejo como soy, y con mi martillo te daré muerte. ¡Porque sigo siendo Thor! ¡Y todavía tengo fuerza!

—Y sigues siendo tremendamente irritante —replicó Loki—. Ahorra aliento y emplea tu fuerza para apilar virutas de madera detrás de las murallas de Asgard. ¡Quiero una pila enorme de virutas de madera! Tendrás que talar muchos árboles, cortarlos y reducirlos a virutas muy finas. Necesitaré una pila muy alta, a lo largo de toda la muralla, así que será mejor que empieces ya mismo.

Entonces, Loki se envolvió con la capa de plumas de halcón, se convirtió en el ave y, batiendo las alas, echó a volar con más rapidez aún que un águila y se marchó hacia el norte, en dirección al país de los gigantes del hielo.

IV

Loki siguió volando sin pausa, convertido en halcón, hasta adentrarse en la tierra de los gigantes del hielo y dar con la fortaleza del gigante Thiazi. Se posó entonces en el tejado más alto del castillo y desde allí se puso a observar lo que sucedía más abajo.

Vio que Thiazi, en forma de gigante, salía de su morada y se dirigía hacia una barca de remos, más grande que la mayor de las ballenas. Thiazi empujó

la barca por la playa hasta las frías aguas del océano del norte y empezó a remar con fuerza colosal. Al poco tiempo, se perdió de vista.

Entonces, Loki, en forma de halcón, echó a volar alrededor del castillo para mirar a través de todas las ventanas. En la habitación más alejada, detrás de una ventana protegida por una reja, vio a Idunn, que estaba llorando. Entonces, Loki se posó en uno de los barrotes de la reja.

—¡Deja de llorar! —dijo—. ¡Soy yo, Loki, y he venido a rescatarte!

Idunn lo miró con los ojos enrojecidos de llanto.

—Tú eres la causa de todos mis problemas —dijo.

—Puede que sí, pero eso sucedió hace mucho tiempo. Ése que tú dices era el Loki de ayer. El Loki de hoy está aquí para salvarte y llevarte a casa.

—¿Cómo? —preguntó Idunn.

—¿Tienes las manzanas?

—Soy una diosa de los aesir —replicó ella—. Donde estoy yo, también están las manzanas.

Le enseñó la caja de fresno.

—Esto simplifica considerablemente las cosas —dijo Loki—. Cierra los ojos.

Idunn cerró los ojos y Loki la transformó en una avellana, con su corteza y su capuchón verde todavía adherido. Loki aferró la avellana en una de sus garras, saltó a través de la reja de la ventana y emprendió el viaje de vuelta.

Thiazi estaba teniendo un mal día de pesca. Los peces no picaban. Al cabo de un rato, decidió que la mejor manera de emplear su tiempo sería regresar a su castillo e ir a visitar a Idunn. La haría rabiar un poco, diciéndole que sin sus manzanas todos los dioses se habrían convertido en ancianos frágiles y marchitos, sin dientes, paralíticos, temblorosos, lentos de pensamiento y sin fuerzas para hacer nada. Remó de regreso a su fortaleza y subió a la habitación de Idunn.

La encontró vacía.

Vio una pluma de halcón en el suelo y en ese instante supo dónde estaba Idunn y quién se la había llevado.

Saltó al cielo convertido en un águila todavía más grande y poderosa que cualquiera de las anteriores y comenzó a batir las alas y a volar cada vez más

velozmente hacia Asgard.

El mundo se movía debajo y el viento soplaba con fuerza a su alrededor. Entonces empezó a volar aún más rápidamente, hasta lograr que el propio aire estallara con un ruido atronador a su paso.

Thiazi siguió volando hacia delante. Dejó atrás la tierra de los gigantes y entró en el mundo de los dioses. Cuando divisó un halcón delante de él, Thiazi soltó un grito de rabia y aumentó su velocidad.

Los dioses de Asgard oyeron el chillido y el estrépito de las alas y salieron a las murallas para averiguar qué estaba pasando. Vieron al pequeño halcón que venía hacia ellos y el águila enorme que lo seguía de cerca. El halcón estaba a punto de llegar...

—¿Ahora? —preguntó Thor.

—Ahora —dijo Freya.

Thor prendió fuego a las virutas de madera. Hubo un instante, antes de que se encendieran, que proporcionó el tiempo justo al halcón para volar hacia ellos y posarse en el interior de la fortaleza. Entonces, con un ruido ensordecedor, estallaron las llamas. Fue como una erupción, una explosión de fuego más alta que las murallas de Asgard, una hoguera aterradora que alcanzó una temperatura inimaginable.

Thiazi en forma de águila no pudo detenerse, ni fue capaz de reducir la velocidad o cambiar de dirección. Voló hacia las llamas. Las plumas del gigante se encendieron. Se le quemaron las puntas de las alas y, convertido en águila implume, cayó en picado y se estrelló contra el suelo con un golpe que sacudió los cimientos de la fortaleza de los dioses.

El águila sin plumas, quemada, aturdida y magullada no era rival ni siquiera para unos dioses envejecidos. Antes de que pudiera recuperar la forma de gigante, Thiazi ya estaba herido y, cuando por fin consiguió obrar la transformación, un golpe del martillo de Thor acabó con su vida.

Idunn se alegró de poder reunirse con su esposo. Los dioses comieron las manzanas de la inmortalidad y recuperaron su juventud. Después de eso, Loki esperaba que el asunto hubiera quedado zanjado.

Pero no fue así. La hija de Thiazi, Skadi, vistió su armadura, empuñó sus armas y partió hacia Asgard para vengar a su padre.

—Mi padre lo era todo para mí —dijo— y vosotros lo matasteis. Su muerte llena mi vida de llanto y desconsuelo. Para mí se ha acabado la alegría. He venido en busca de venganza o compensación.

Los aesir se sentaron a negociar con Skadi la compensación. Las conversaciones duraron mucho tiempo. En aquella época, cada vida tenía un precio y el de Thiazi era particularmente elevado. Al final de la larga negociación, los dioses aceptaron compensar de tres maneras a Skadi por la muerte de su padre.

En primer lugar, acordaron proporcionarle un marido, para que ocupara el lugar de su padre muerto. (Era evidente que Skadi tenía en mente a Balder, el más apuesto de los dioses. No dejaba de hacerle guiños y lo miraba fijamente, hasta que Balder desviaba la vista, ruborizado e incómodo.)

En segundo lugar, los dioses se comprometieron a devolverle la risa, porque la hija del gigante ni siquiera había vuelto a sonreír desde la muerte de su padre.

Por último, prometieron asegurarse de que el nombre de Thiazi no fuera olvidado jamás.

Los dioses le anunciaron a Skadi que podría elegir marido entre ellos, pero con una condición. No podría ver las caras de los candidatos. Los dioses se colocarían detrás de una cortina y dejarían a la vista nada más que los pies. Skadi tendría que elegir marido juzgando únicamente por esa parte de su anatomía.

Uno a uno, los dioses fueron pasando detrás de la cortina, ante la atenta mirada de Skadi.

—¡Qué pies tan feos! —exclamaba cada vez que aparecía un nuevo par de pies.

Pero de pronto exclamó con deleite:

—¡Ahí están los pies de mi futuro esposo! ¡Son los más bonitos! Deben

ser de Balder. ¡Balder no puede tener nada feo!

Y aunque era cierto que Balder era muy guapo, los pies escogidos — como la propia Skadi tuvo ocasión de descubrir cuando se levantó la cortina — pertenecían a Njord, el dios de los carreteros, padre de Frey y Freya.

Se casó con él de inmediato. En el banquete que siguió a la boda, Skadi tenía la expresión más triste que habían visto los aesir.

Thor le dio un codazo a Loki.

—Ve y hazla reír —le dijo—. Al fin y al cabo, la culpa de todo es tuya.

Loki suspiró.

—¿De verdad?

Thor asintió y se llevó la mano al mango del martillo para que no cupiera ninguna duda.

Contrariado, Loki salió en dirección a los corrales. Volvió al cabo de un momento, trayendo por una soga a un macho cabrío sumamente malhumorado. Para que se irritara todavía más, Loki le hizo un fuerte nudo en la barba con una cuerda.

A continuación, se ató el otro extremo de la cuerda a sus propias partes viriles y dio un fuerte tirón con la mano. La cabra chilló al sentir el doloroso tirón en la barba y retrocedió de un salto. Entonces, la cuerda se tensó y tiró de las partes de Loki, que soltó un agudo alarido, cogió la cuerda y volvió a dar un violento tirón.

Los dioses se echaron a reír. No hacía falta mucho para que los dioses estallaran en carcajadas, pero aquello era lo más gracioso que habían visto en mucho tiempo. Enseguida empezaron a apostar por el resultado de la disputa entre Loki y la cabra: ¿qué sería lo primero en caer, arrancado por la cuerda, la barba del macho cabrío o las partes viriles de Loki? También se burlaban de los gritos del dios.

—¡Parece un zorro gimiendo en plena noche! —exclamó Balder, sofocando las carcajadas.

—¡Chilla como un bebé llorón! —dijo entre risas Hod, el hermano de Balder, que era ciego, pero no podía contener la hilaridad cada vez que Loki gritaba.

Skadi no se reía como los demás, pero el fantasma de una sonrisa empezó

a curvarle las comisuras de los labios. Cada vez que la cabra chillaba o Loki gemía como un niño herido, su sonrisa se ensanchaba un poco más.

Loki tiraba y a continuación lo hacía la cabra. Loki gritaba y recogía violentamente la cuerda, y enseguida la cabra balaba y daba un tirón todavía más fuerte.

Al final, la cuerda se rompió.

Loki salió despedido por el aire, agarrándose la entrepierna, y fue a aterrizar en el regazo de Skadi, destrozado y dolorido.

Las risas de la hija del gigante resonaron como una avalancha en la montaña. Sus carcajadas retumbaron como el desgajamiento de un glaciar. Se rio tanto y durante tanto tiempo que los ojos se le llenaron de lágrimas y, por primera vez, mientras se reía, le dio la mano a Njord, con quien acababa de casarse.

Loki se bajó de su regazo y se alejó agarrándose la entrepierna dolorida y mirando con expresión agraviada a los dioses y diosas, que entonces se echaron a reír todavía con más ganas.

—Bueno, ya hemos cumplido nuestra parte del acuerdo —le dijo Odín, el padre de todos, a Skadi, la hija del gigante, cuando terminó el banquete de la boda—. O casi.

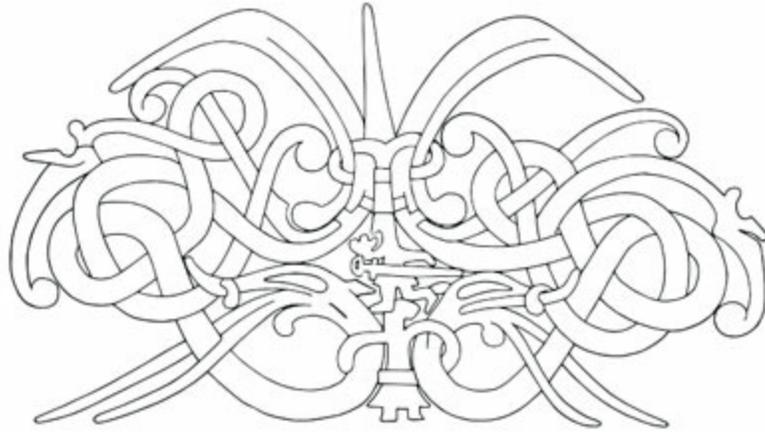
Le indicó a Skadi que lo siguiera, y la giganta y Odín salieron juntos del castillo, con Njord a su lado. Junto a la pira fúnebre que habían preparado los dioses para los restos del gigante, había dos grandes esferas llenas de luz.

—Esas esferas —le dijo Odín a Skadi— son los ojos de Thiazi.

El padre de todos cogió los dos ojos y los arrojó con fuerza al cielo nocturno. Y allí se quedaron, brillando juntos.

Si levantáis la vista al cielo una noche de invierno, veréis dos estrellas gemelas, que resplandecen juntas. Son los ojos de Thiazi, que aún siguen brillando.

La historia de Gerd y Frey



I

Frey, el hermano de Freya, era el más poderoso de los vanir. Era apuesto y noble, gran guerrero y buen amante, pero sentía que le faltaba algo en la vida y no sabía muy bien qué.

Los mortales de Midgard lo veneraban. Decían que era el creador de las estaciones, que volvía fértiles los campos y hacía surgir la vida de la tierra muerta. Le rendían culto y lo adoraban, pero nada de eso servía para llenar su vacío.

Frey hizo inventario de sus posesiones.

Tenía una espada tan poderosa y extraordinaria que combatía por sí sola. Pero eso no lo satisfacía.

Tenía a Gullinbursti, el jabalí de cerdas de oro creado por el enano Brokk y su hermano Eitri. Gullinbursti tiraba de su carro, podía desplazarse por el aire y sobre el agua. Corría más velozmente que cualquier caballo y no se detenía ni siquiera en la noche más oscura, porque sus resplandecientes cerdas doradas iluminaban el camino. Pero Gullinbursti no satisfacía a Frey.

Tenía el barco llamado Skidbladnir, que le habían fabricado los tres enanos conocidos como los hijos de Ivaldi. No era la mayor nave existente (la más grande de todas era Naglfar, el barco de la muerte, construido con las uñas sin cortar de los difuntos), pero a bordo cabían todos los aesir. Cuando Skidbladnir desplegaba las velas, los vientos le eran favorables y siempre llevaba al navegante a donde deseaba llegar. Aunque era una nave enorme, Frey podía plegarla como un trozo de paño y guardársela en el morral. Era el mejor de todos los barcos, pero Skidbladnir no satisfacía a Frey.

También poseía Frey la mejor residencia fuera de Asgard. Estaba en Alfheim, la tierra de los elfos de luz, donde siempre era bienvenido y reconocido como amo y señor. No había lugar comparable a Alfheim y, aun

así, eso no lo satisfacía.

Skirnir, el sirviente de Frey, era un elfo de luz, el mejor de los criados, sensato en sus consejos y de porte agraciado.

Un día, Frey le ordenó que enganchara a Gullinbursti al carro para partir hacia Asgard.

Cuando llegaron, se dirigieron al Valhalla, la gran fortaleza de los que han muerto en combate. En el Valhalla de Odín viven los einherjar, «los que luchan solos», todos los hombres que han caído con honor desde el principio de los tiempos. Sus almas son recogidas en el campo de batalla por las valquirias, guerreras a las que Odín ha confiado la tarea de llevar las almas de los muertos con honor al lugar de su definitiva recompensa.

—Deben de ser muy numerosos —dijo Skirnir, que nunca había estado en el Valhalla.

—Lo son —respondió Frey—. Pero vendrán muchos más. Y necesitaremos más todavía para luchar contra el lobo.

En cuanto estuvieron cerca de los campos que rodeaban el Valhalla, oyeron el fragor de la batalla: el entrecocar de los metales y el golpe seco del metal contra la carne.

Mientras contemplaban el combate, vieron a poderosos guerreros de todas las épocas y lugares rivalizando entre sí, equipados para la guerra y luchando con todas sus fuerzas, unos contra otros. Al poco tiempo, la mitad de los hombres yacían muertos sobre la hierba.

—¡Basta ya! —gritó una voz—. ¡La batalla ha terminado por hoy!

Al oírlo, los que aún se mantenían en pie ayudaron a los muertos a levantarse. Las heridas de los difuntos sanaron ante los ojos de Frey y Skirnir. Los que se habían levantado del suelo no tardaron en montarse en sus caballos. Todos los guerreros que habían luchado aquel día, tanto los vencedores como los vencidos, regresaron al Valhalla, la morada de los muertos con honor.

El Valhalla era enorme. Tenía quinientas cuarenta puertas, y por cada puerta podían entrar ochocientos guerreros a la vez, andando codo con codo. En su interior cabía más gente de lo que es posible imaginar.

Una vez en la fortaleza, los guerreros gritaron jubilosos y dio comienzo el

festín; carne de jabalí, cocida en un caldero de dimensiones colosales. Era la carne del jabalí Saerimnir, que los guerreros consumían todas las noches, porque cada mañana el monstruoso animal volvía a la vida, dispuesto a ser sacrificado horas más tarde, para alimentar a los nobles difuntos. Por muy numerosos que fueran los guerreros, siempre había suficiente carne de jabalí para saciar el apetito de todos.

Y también suficiente hidromiel para aplacar su sed.

—¿Cómo puede haber tanto hidromiel para tantos guerreros? —exclamó Skirnir—. ¿De dónde viene?

—De una cabra llamada Heidrun —le explicó Frey—. Vive encima del Valhalla y se alimenta de las hojas de un árbol llamado Lerad, que en realidad es una ramificación de Yggdrasil, el árbol del mundo. De sus ubres fluye el mejor hidromiel que existe. Siempre hay suficiente para todos los guerreros.

Se dirigieron a la mesa principal, donde tenía su puesto Odín. Aunque tenía delante un cuenco lleno de carne de jabalí, no estaba comiendo. De vez en cuando, pinchaba un trozo con el cuchillo y lo arrojaba al suelo, para que lo devorara uno de sus lobos: Geri o Freki.

Tenía además dos cuervos posados sobre los hombros y a ellos también los alimentaba con trozos de carne, mientras las aves le susurraban al oído noticias de sucesos lejanos.

—No come nada —murmuró Skirnir.

—Porque no lo necesita —dijo Frey—. Sólo necesita beber vino. Nada más. Pero ven. Nosotros ya hemos terminado.

—¿Qué hemos venido a hacer? —preguntó Skirnir, mientras salían por una de las quinientas cuarenta puertas del Valhalla.

—Quería asegurarme de que Odín estuviera aquí en el Valhalla con los guerreros y no en su castillo, en el Hlidskjalf, su mirador.

Entraron en la fortaleza de Odín.

—Espérame aquí —dijo Frey.

Frey entró solo en la morada de Odín y subió al Hlidskjalf, el trono desde el cual Odín podía ver todo lo que ocurría en los nueve mundos.

Abarcó con la vista todos los mundos. Miró al sur, al este y al oeste, y no

encontró lo que buscaba.

Entonces miró al norte y vio lo que faltaba en su vida.

Skirnir estaba aguardando junto a la puerta, cuando su amo salió. En la cara de Frey notó una expresión que no había visto nunca, y tuvo miedo.

Se marcharon sin hablar.

II

Frey condujo el carro tirado por Gullinbursti de regreso al castillo de su padre. No habló con nadie al llegar, ni con su padre Njord, que es el amo de todo lo que navega por el mar, ni con su madrastra Skadi, la señora de las montañas. Se fue a su habitación con una expresión sombría como la noche y allí se encerró.

Al tercer día, Njord mandó llamar a Skirnir.

—Frey lleva tres días y tres noches en casa —dijo Njord— y no ha comido ni bebido nada.

—Así es —dijo Skirnir.

—¿Qué hemos hecho para merecer su encono? —preguntó Njord—. Mi hijo, que siempre había sido tan gentil y tan proclive a dirigirme palabras sabias y amables, ahora no hace más que callar y mirarnos con desagrado. ¿Qué hemos hecho para ganarnos su ira?

—No lo sé —respondió Skirnir.

—Entonces —dijo Njord—, debes ir y preguntarle qué le ocurre. Pregúntale la razón de su furia y por qué no nos dirige la palabra.

—Preferiría no hacerlo —dijo Skirnir—, pero no puedo ignorar una orden vuestra, señor. Su estado de ánimo es extraño y oscuro, y temo su reacción si le hago esa pregunta.

—Ve y pregúntaselo —insistió Njord—. Y haz cuanto puedas por él. Es tu amo.

Skirnir, el elfo de luz, fue a buscar a Frey, que estaba contemplando el mar. Parecía triste y pensativo, y Skirnir dudaba en acercarse.

—Frey... —lo llamó Skirnir.

Frey no dijo nada.

—¿Qué ha ocurrido, Frey? Estás enfadado o quizá triste. Ha ocurrido algo. Tienes que decirme qué sucede.

—He sido castigado —dijo Frey, y su voz sonó hueca y distante—. Fui al trono del padre de todos y contemplé el mundo. Por mi arrogancia de creer que tenía derecho a utilizar el mirador de Odín, mi felicidad me ha sido arrebatada para siempre. He pagado mi error y lo sigo pagando.

—¿Qué viste? —preguntó Skirnir.

Frey no respondió y el elfo pensó que había vuelto a sumirse en su silencio atormentado. Pero, al cabo de un rato, habló:

—Miré al norte y vi una casa espléndida. También vi a una mujer en aquella morada. Nunca había visto a nadie semejante. No hay nadie que tenga su porte, ni que se mueva con su gracia. Cuando levantó los brazos para abrir la puerta, la luz que desprendió su piel iluminó el aire y encendió el mar. El mundo entero es más bello y luminoso, solamente porque ella lo habita. Entonces desvié la vista y ya no la vi, y todo el mundo se volvió oscuro, inútil y vacío.

—¿Quién es? —preguntó Skirnir.

—Una giganta. Su padre es Gymir, un gigante de la tierra, y su madre, Aurboda, una giganta de las montañas.

—¿Y tiene nombre esa bella criatura?

—Se llama Gerd.

Frey volvió a guardar silencio. Entonces Skirnir dijo:

—Tu padre está preocupado por ti. Todos estamos preocupados. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Si pudieras ir a verla para pedir su mano, te daría lo que me pidieras. No puedo vivir sin ella. Tráemela, para que sea mi esposa, diga lo que diga su padre. Te pagaré bien.

—Es mucho lo que me pides —replicó Skirnir.

—Te daré lo que quieras —insistió Frey con ferviente intensidad.

Skirnir aceptó.

—Lo haré —dijo, y tras dudar un momento añadió—: ¿Me dejas que vea

tu espada?

Frey desenvainó la espada y se la dio a Skirnir, para que la examinara.

—No hay otra espada como ésta. Lucha por sí sola, sin una mano que la sostenga. Siempre te protegerá. Ninguna espada, por muy poderosa que sea, podrá penetrar jamás su defensa. Dicen que puede vencer incluso al sable flamígero de Surtr, el demonio del fuego.

Skirnir se encogió de hombros.

—Es una buena espada. Si quieres que te traiga a Gerd, tendrás que dármela en pago.

Frey asintió. Le entregó a Skirnir la espada y le proporcionó un caballo.

El elfo de luz viajó al norte, hasta la casa de Gymir. Se presentó como huésped y explicó quién era y quién lo había enviado. Le habló a la bella Gerd de Frey, su señor.

—Es el más espléndido de los dioses —le dijo—. Domina la lluvia, el buen tiempo y los rayos del sol, y proporciona a la gente de Midgard buenas cosechas, días apacibles y noches tranquilas. Lleva prosperidad y abundancia a los mortales, y todos lo adoran y lo veneran.

Le habló a Gerd de la gallardía de Frey y de su poder. Le describió su sabiduría. Y por último, le reveló que Frey la amaba. Le dijo que se había quedado prendado de ella nada más verla y que no volvería a comer, ni a dormir, ni a beber, ni a hablar mientras no pudiera tomarla por esposa.

Gerd sonrió y sus ojos se iluminaron de felicidad.

—Dile que sí —respondió—. Me reuniré con él en la isla de Barri dentro de nueve días para la boda. Corre a decírselo.

Skirnir regresó a la fortaleza de Njord.

Antes de que pudiera descabalar, Frey ya había salido a recibirlo, todavía más pálido y demacrado que antes de su partida.

—¿Tienes noticias? —le preguntó Frey—. ¿Debo alegrarme o sumirme en la desesperación?

—Gerd acepta casarse contigo dentro de nueve días, en la isla de Barri —anunció Skirnir.

Frey miró a su sirviente sin entusiasmo.

—Las noches sin ella son eternas —dijo—. Una noche dura demasiado.

Dos noches son más largas todavía. Tres noches se me hacen insoportables. Cuatro días me parecen un siglo. ¿Cómo quieres que espere nueve días?

Skirnir miró entristecido a su señor.

Nueve días después, en la isla de Barri, Frey y Gerd se encontraron por primera vez y se casaron en un campo de ondulante cebada. La gigante era tan hermosa como Frey había soñado, y sus caricias y besos fueron tan dulces como él esperaba. La unión dio sus frutos, y hay quien dice que su hijo Fjolnir fue el primer rey de Suecia (el mismo que con el tiempo se ahogaría en una cuba de hidromiel, por la noche, cuando buscaba a tientas en la oscuridad un lugar donde orinar).

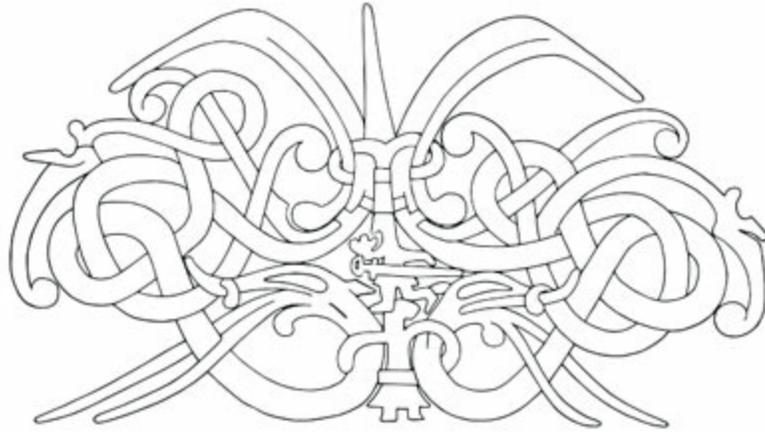
Skirnir cogió la espada que había ganado —la espada de Frey, que luchaba por sí sola— y regresó con ella a Alfheim.

La hermosa Gerd colmó el vacío en la vida de Frey y llenó el hueco que sentía en su corazón. Frey nunca echó de menos su espada, ni intentó reemplazarla. El día que se enfrentó con el gigante Beli, lo mató con un cuerno de ciervo. Tenía tanta fuerza que habría podido matar a un gigante nada más que con las manos.

Aun así, no debió deshacerse de su espada.

Porque llegará el Ragnarok. Cuando el cielo se desgarre y las potencias oscuras de Muspell marchen a la guerra, Frey deseará haberla conservado.

La expedición de pesca de Hymir y Thor



Los dioses llegaron al gran castillo de Aegir, a orillas del mar.

—Aquí estamos —le dijo Thor, que encabezaba el grupo—. ¡Prepáranos un banquete!

Aegir era el mayor de los gigantes del mar. Su esposa era Ran, la que recoge con su red a los ahogados, y sus nueve hijas eran las olas del océano.

El gigante no pensaba dar de comer a los dioses, pero tampoco tenía intención de enemistarse con ellos. Miró a Thor a los ojos y le dijo:

—Os ofreceré un festín, el mejor que hayáis probado nunca. Mi sirviente Fimafeng os atenderá con diligencia y os servirá tanta comida como quepa en vuestros estómagos y tanta cerveza como podáis beber. Pero lo haré con una sola condición: que me traigáis un caldero lo suficientemente grande para que pueda fabricar cerveza para todos. Sois muchos y vuestro apetito es desaforado.

Aegir sabía perfectamente que los dioses no disponían de un caldero tan colosal. Y sin el caldero, no tendría que ofrecerles el banquete.

Thor pidió consejo a los otros dioses, pero todos fueron de la misma opinión: no existía un caldero tan enorme. Por último, se dirigió a Tyr, dios de la guerra y las batallas. Tyr se rascó el mentón con la mano izquierda, que era la única que conservaba.

—A orillas del mar —dijo—, vive el rey gigante Hymir, dueño de un caldero de tres millas de profundidad, el más grande que existe.

—¿Estás seguro? —le preguntó Thor.

Tyr asintió.

—Hymir es mi padrastro. Está casado con mi madre, una giganta —explicó—. He visto el gran caldero con mis propios ojos. Y como hijo de mi madre, soy bienvenido en el castillo de Hymir.

Tyr y Thor montaron en el carro de este último, tirado por los machos cabríos Gruñidor y Crujientes, y rápidamente se encaminaron hacia la

enorme fortaleza de Hymir. Thor ató las cabras a un árbol y los dos dioses entraron en el castillo.

En la cocina encontraron a una gigante, que estaba picando cebollas grandes como peñascos y repollos del tamaño de una barca. Thor no pudo evitar quedarse mirándola, porque la vieja tenía novecientas cabezas, cada una más fea y aterradora que la anterior. Retrocedió impresionado. En cambio a Tyr no pareció perturbarlo la visión de la anciana, porque la saludó sonriente:

—¡Buenas tardes, abuela! Hemos venido a pedir prestado el caldero de Hymir, para fabricarnos un poco de cerveza.

—¡Qué pequeños sois! Os había tomado por ratones —dijo la abuela de Tyr, y su voz sonó como el griterío de toda una multitud—. Yo no puedo decidir sobre el caldero. Tienes que preguntárselo a tu madre. —Entonces, la gigante gritó—: ¡Tenemos visitas! Ha venido tu hijo con un amigo.

Al instante, entró en la cocina otra gigante. Era la esposa de Hymir y madre de Tyr. Llevaba un vestido dorado y era tan hermosa como aterradora era su suegra. Traía en la mano dos dedales de los que utilizan los gigantes, que había llenado de cerveza. Thor y Tyr cogieron los dedales, que para ellos eran grandes como cubos, y se bebieron la cerveza con entusiasmo.

Era una cerveza excelente.

La gigante le preguntó a Thor cómo se llamaba y el dios estaba a punto de decírselo, pero, antes de que pudiera abrir la boca, Tyr se le adelantó:

—Se llama Veor, madre. Es amigo mío. Y un gran adversario de los enemigos de Hymir y los otros gigantes.

Entonces oyeron un estruendo lejano, como un trueno, o un desprendimiento de rocas en las montañas, o el ruido de un fuerte oleaje en la costa. La tierra temblaba cada vez que se repetía el estrépito.

—Ya viene de vuelta mi marido —dijo la gigante—. Oigo sus suaves pasos a lo lejos.

El estruendo se volvió más claro y definido. Se acercaba rápidamente.

—A veces, mi marido vuelve a casa contrariado y con el ánimo sombrío, y entonces trata mal a los huéspedes —les advirtió la gigante—. ¿Por qué no os escondéis debajo de una olla y os quedáis allí hasta que haya recuperado el

buen humor y podáis salir?

Los escondió debajo de una olla invertida, sobre el suelo de la cocina. Estaba oscuro allí dentro.

La tierra se sacudió, sonó un portazo y Thor y Tyr supusieron que Hymir ya debía de haber entrado en la casa. Oyeron a la giganta anunciar a su marido que tenían invitados —el hijo de ella y un amigo— y suplicarle que se portara como un buen anfitrión y no matara a los huéspedes.

—¿Por qué no?

La voz del gigante era atronadora y arrogante.

—Porque el pequeño es nuestro hijo Tyr. Seguro que lo recuerdas. Y el más grande es un amigo suyo, que se llama Veor. Sé amable con él.

—¿Has dicho Thor? ¿Thor, nuestro enemigo? ¿El mismo Thor que ha matado más gigantes que nadie, incluidos los propios gigantes? ¿El mismo Thor al que he jurado matar si alguna vez lo encuentro? ¿El mismo Thor que...?

—¡Veor! —repitió la giganta, para tranquilizarlo—. No he dicho Thor. He dicho *Veor*. Es amigo de nuestro hijo y adversario de tus enemigos, de modo que debes ser amable con él.

—Tengo nublada la mente y sombrío el espíritu, y no me apetece ser amable con nadie —dijo el gigante con su voz resonante—. ¿Dónde se esconden?

—Allí, detrás de aquella viga —le contestó su esposa.

Thor y Tyr oyeron el fragor cuando la viga que había señalado la giganta cayó aplastada y rota. A continuación hubo una larga serie de golpes y estrépitos, a medida que el gigante iba descolgando del techo todas las ollas y cazuelas de la cocina, para estrellarlas contra la pared.

—¿Has terminado ya de romper cosas? —preguntó la madre de Tyr.

—Creo que sí —respondió Hymir con voz ronca.

—Entonces mira debajo de esa olla —dijo—. La que está en el suelo, la única que no has destrozado.

La olla debajo de la cual se escondían Tyr y Thor se levantó, y los dos dioses se encontraron cara a cara con un ser colosal, con los rasgos crispados en una mueca malhumorada. Thor sabía que aquella cara correspondía a

Hymir, el rey gigante. Su barba era como un bosque de árboles cubiertos de nieve en pleno invierno; sus cejas, como un campo de cardos, y su aliento era rancio y apestoso como un vertedero en medio de una ciénaga.

—Hola, Tyr —dijo Hymir sin entusiasmo.

—Hola, padre —contestó Tyr, con menos placer incluso.

—Cenaréis con nosotros —dijo Hymir y enseguida aplaudió, para llamar al servicio.

Se abrió una puerta y los sirvientes trajeron un buey gigante, de pelaje resplandeciente, ojos luminosos y cuernos afilados. Le siguió otro, todavía más hermoso, y por último un tercero, más admirable incluso que los dos anteriores.

—Estos que veis aquí son los mejores bueyes que existen, mucho más grandes y gordos que cualquiera de las bestias de Midgard o Asgard. Estoy enormemente orgulloso de mi ganado —confesó Hymir—. Estos animales son mi tesoro y el deleite de mis ojos. Los cuido como si fueran mis propios hijos.

Por un momento, su expresión crispada pareció suavizarse.

La abuela de novecientas cabezas mató a los tres bueyes, los despellejó y los echó en una olla inmensa. El agua de la olla hirvió y borboteó sobre un fuego que silbaba y chisporroteaba, mientras la vieja revolvía su contenido con una cuchara grande como un roble y cantaba entre dientes, con una voz semejante al ruido que habrían producido un millar de ancianas cantando a pleno pulmón.

La comida estuvo lista en poco tiempo.

—Sois los invitados. No hagáis cumplidos. Coged de la olla todo lo que podáis comer —dijo Hymir, con expansivo entusiasmo.

Después de todo, los huéspedes eran minúsculos. ¿Cuánto podrían comer? Los bueyes eran enormes.

Thor agradeció la invitación y procedió a devorar él solo dos de los bueyes, uno tras otro, dejando únicamente los huesos, limpios y pelados. Cuando terminó, soltó un sonoro eructo de satisfacción.

—Has comido mucho, Veor —dijo Hymir—. Había suficiente para alimentarnos varios días a todos nosotros. Creo que nunca he visto a un

gigante comerse a dos de mis bueyes, uno tras otro.

—Tenía hambre —explicó Thor—. Pero creo que me he excedido un poco, es verdad. ¿Qué te parece si mañana vamos a pescar? He oído decir que eres un pescador excelente.

Hymir se enorgullecía de su habilidad para la pesca.

—Lo soy —respondió—. Mañana saldremos a pescar la cena.

—Yo también soy un buen pescador —dijo Thor, que en realidad no había pescado nunca en toda su vida, pero pensaba que tampoco podía ser tan difícil.

—Nos encontraremos mañana al alba, en el muelle —dijo Hymir.

En la enorme alcoba que les habían asignado, Tyr le dijo a Thor esa noche:

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Claro que sí —respondió Thor.

Pero no era cierto. Simplemente estaba haciendo lo que le apetecía, que era lo que por lo general solía hacer.

A la luz grisácea que precede al amanecer, Thor se encontró con Hymir en el embarcadero.

—Debo prevenirte, pequeño Veor —dijo el gigante—, que saldremos al gélido mar abierto. Yo soy capaz de remar con más fuerza y de soportar el frío durante más tiempo que una criatura diminuta como tú. Se te formarán carámbanos en la barba y el pelo, y te pondrás azul de frío. Es probable que mueras.

—Nada de eso me preocupa —replicó Thor—. Me gusta el frío. Es tonificante. ¿Qué cebo usaremos?

—Yo ya tengo el mío —respondió Hymir—. Tú tendrás que procurarte el tuyo. Puedes ir a buscar al prado donde pacen los bueyes. Entre el estiércol suelen pulular gusanos grandes y gordos. Ve a ver y trae lo que encuentres.

Thor miró a Hymir y por un momento consideró la posibilidad de asestarle un golpe con el martillo, pero se dijo que de ese modo no conseguiría el caldero sin luchar. Entonces se fue al prado.

En el campo pacían los hermosos bueyes de Hymir. Había plastas enormes de estiércol dispersas por el suelo, llenas de movedizos gusanos,

pero Thor no les prestó atención. En lugar de pararse a recoger gusanos, se dirigió hacia el más grande, gordo y majestuoso de los bueyes, levantó el puño y le descargó un golpe entre los ojos que lo mató al instante.

Le arrancó la cabeza, la metió en el morral y se la llevó de vuelta a la playa.

Hymir ya estaba en la barca. Había soltado amarras y estaba remando, ya casi fuera de la bahía.

Thor saltó a las frías aguas y se puso a nadar, arrastrando tras él la bolsa con la cabeza del buey. Se agarró a la popa de la barca con los dedos entumecidos y se izó a bordo, chorreando agua de mar, con la roja barba cubierta de cristales de hielo.

—¡Ah! —dijo Thor—. ¡Qué agradable! No hay nada como nadar un rato para despejarse en una mañana fría.

Hymir no hizo ningún comentario. Thor cogió el segundo par de remos y los dos se pusieron a remar juntos. Pronto perdieron de vista la tierra y se encontraron solos, en medio del mar boreal. El océano era gris, las olas sacudían la barca y el viento chillaba tanto como las gaviotas.

Hymir dejó de remar.

—Pescaremos aquí —dijo.

—¿Aquí? —preguntó Thor—. ¡Pero si aún no hemos salido al mar abierto!

Entonces cogió los remos y condujo la barca hacia aguas todavía más profundas.

La barca volaba a través de las olas.

—¡Detente! —exclamó Hymir—. Estas aguas son peligrosas. Aquí habita Jormungundr, la serpiente de Midgard.

Thor dejó de remar.

Hymir se agachó para coger dos peces grandes del fondo de la barca, los abrió y los limpió con su afilado cuchillo de pesca, arrojó las entrañas al mar y enganchó los dos peces a los anzuelos de su sedal.

Arrojó el sedal al agua y esperó a que la caña se moviera y agitara en su mano. Entonces tiró de la línea y sacó del mar dos monstruosas ballenas, los dos monstruos marinos más grandes que Thor había visto en toda su vida.

Hymir sonrió con orgullo.

—No está mal —comentó Thor.

Entonces sacó la cabeza de buey del morral. Cuando Hymir vio los ojos muertos de su buey favorito, se le congeló la expresión.

—Conseguí cebo en el prado donde pacen los bueyes, tal como tú me indicaste —dijo Thor en tono servicial.

El desconcierto, el horror y la ira se sucedieron en la cara de Hymir, pero el gigante no dijo nada.

Thor cogió la caña de Hymir, enganchó la cabeza de buey en un anzuelo, la arrojó al océano y esperó hasta sentir que tocaba el fondo.

Siguió esperando.

—Supongo que pescar es aprender a tener paciencia —le dijo a Hymir—. Es un poco aburrido, ¿no? Me pregunto qué atraparé para nuestra cena.

En ese momento, el mar entró en erupción. Jormungundr, la serpiente de Midgard, había mordido la inmensa cabeza de buey y el anzuelo se le había hincado profundamente en el cielo del paladar. La serpiente se agitaba y se sacudía en el agua, tratando de liberarse.

Thor no soltaba la caña.

—¡Va a arrastrarnos al fondo del mar! —exclamó Hymir horrorizado—. ¡Suéltala!

Thor negó con la cabeza. Se agarró con todas sus fuerzas a la caña, decidido a no soltarla.

El dios del trueno atravesó con los pies el fondo de la barca, apoyó firmemente los pies en el lecho marino y comenzó a recoger el sedal, para subir a bordo a Jormungundr.

La serpiente escupía chorros de veneno negro, pero Thor agachó la cabeza y el veneno no lo alcanzó. Sin amilanarse, siguió recogiendo el sedal.

—¡Es la serpiente de Midgard, imbécil! —gritó Hymir—. ¡Déjala ir! ¡Nos matará a los dos!

Thor no dijo nada y se limitó a recoger el sedal, con los ojos fijos en el enemigo.

—Te mataré —le susurró a la serpiente, entre el rugido de las olas, el aullido del viento y las sacudidas y chillidos de la bestia—. O me matarás tú

a mí. Lo juro.

Lo dijo entre dientes, pero habría podido jurarlo en voz alta, para que la serpiente de Midgard lo oyera. El monstruo lo miraba con sus grandes ojos fijos, y el siguiente de sus escupitajos pasó tan cerca de Thor que el dios casi pudo paladearlo en el aire del océano. El veneno le salpicó el hombro y le quemó la piel allí donde la rozó.

Pero Thor soltó una carcajada y siguió recogiendo el sedal.

En algún lugar que al dios le pareció distante, Hymir no dejaba de balbucear y gruñir, hablando de la monstruosa serpiente y del agua que estaba inundando la barca a través de los agujeros del fondo. Decía que los dos morirían allí, en medio del frío océano, muy lejos de la tierra firme. Pero a Thor no le preocupaba nada de eso, porque estaba luchando con la serpiente, jugando con ella y dejando que se cansara con el esfuerzo.

Thor empezó a levantar la caña. Ya tenía casi a su alcance la cabeza de la serpiente de Midgard. Bajó un brazo sin desviar la mirada y rozó con los dedos el mango del martillo. Sabía dónde descargarlo, para asestar al monstruo un golpe mortal. Un tirón más de la caña y...

El cuchillo de pesca de Hymir brilló con un destello y cortó el sedal. Jormungandr, la serpiente, se levantó sobre sí misma por un momento, muy por encima de la barca, y enseguida se dejó caer en el mar.

Thor le arrojó el martillo, pero el monstruo ya había desaparecido, tragado por las grises y gélidas olas. El martillo volvió a la mano del dios. Sólo entonces Thor prestó atención a la barca, que se estaba hundiendo con rapidez. Hymir no dejaba de achicar desesperadamente el agua del fondo.

Mientras Hymir achicaba el agua, Thor remaba de vuelta a la orilla. No era fácil remar, porque aún llevaban amarradas a la proa de la barca las dos ballenas que Hymir había atrapado poco antes.

—Allí está la costa —dijo Hymir, casi sin aliento—. Pero aún faltarán muchas millas para llegar a mi casa.

—Atracaremos allí —dijo Thor.

—Sólo si estás dispuesto a cargarnos a mí, a la barca y a las dos ballenas que atrapé, desde aquí hasta mi castillo —replicó Hymir exhausto.

—Hum. De acuerdo.

Thor saltó por la borda de la barca. Al cabo de unos momentos, Hymir sintió que la embarcación se levantaba por el aire. Thor se la había cargado a la espalda, con los remos, con Hymir y con las ballenas, y estaba caminando por la playa pedregosa.

Cuando llegaron a la fortaleza de Hymir, Thor dejó la barca en el suelo.

—Ya está —dijo—. Te he traído a casa, como me pediste. Ahora tienes que hacerme un favor a cambio del que acabo de hacerte.

—¿Cuál? —preguntó Hymir.

—Tu caldero, ése tan grande donde fabricas la cerveza. Quiero que me lo prestes.

Hymir reflexionó un momento.

—Eres un buen pescador y remas mejor que nadie. Pero me estás pidiendo el mejor caldero del mundo. La cerveza que mágicamente fermenta en su interior es la mejor que existe. Solamente se lo prestaré a quien sea capaz de romper la jarra en la que bebo.

—No creo que haga falta tener mucha fuerza para eso —dijo Thor.

Esa noche cenaron ballena asada, en una sala llena de gigantes de muchas cabezas, todas las cuales gritaban a la vez, felices y en su mayor parte borrachas. Después de cenar, Hymir se bebió la cerveza que quedaba en su jarra y pidió silencio. Entonces le entregó la jarra a Thor.

—Rómpela —le dijo—. Rompe esta jarra y te regalaré el caldero donde fabrico mi cerveza. Pero si no consigues romperla, te mataré.

Thor hizo un gesto afirmativo.

Los gigantes interrumpieron sus bromas y canciones, y lo miraron, recelosos.

El castillo de Hymir era de piedra. Thor cogió la jarra con las dos manos y la estrelló contra una de las columnas de granito que sostenían el techo del gran salón de los banquetes. Se oyó un estruendo, un estallido y el aire se llenó de una cegadora nube de polvo.

Cuando se asentó la polvareda, Hymir se levantó y fue a ver lo que quedaba de la columna de granito. La jarra la había atravesado y había destrozado una segunda columna, que había quedado reducida a su vez a pequeños fragmentos de piedra. Entre los escombros de una tercera columna,

el gigante encontró su jarra, un poco polvorienta, pero prácticamente intacta.

Hymir la alzó por encima de la cabeza y los gigantes prorrumpieron en gritos de júbilo y carcajadas, mientras le dedicaban a Thor muecas burlonas y gestos groseros.

El dueño de la casa volvió a sentarse a la mesa.

—¿Lo ves? —le dijo a Thor—. Ya sabía yo que no tenías fuerza para romper mi jarra. —La levantó y su mujer le sirvió más cerveza, que Hymir bebió a grandes sorbos—. ¡La mejor cerveza que he probado! —exclamó—. Ahora, querida esposa, ve a servir más cerveza a tu hijo y a su amigo Veor. Deja que paladeen la mejor cerveza que existe y que sufran por no haber merecido mi caldero y no poder saborear nunca más una cerveza tan buena como ésta. Y también porque me veré obligado a matar a Veor, ya que mi jarra sigue intacta.

Thor, sentado a la mesa junto a Tyr, cogió un trozo de carne chamuscada de ballena y se puso a masticarlo con expresión rencorosa. Los gigantes seguían alborotando con gritos y risotadas, y ya no le prestaban atención.

La madre de Tyr se inclinó para llenar la jarra de Thor.

—¿Sabes una cosa? —le dijo en voz baja—. Mi marido tiene la cabeza muy dura. Es testarudo y obstinado.

—Eso también lo dicen de mí —replicó Thor.

—No —insistió la giganta, como si le estuviera hablando a un niño pequeño—. Hymir tiene la cabeza *muy dura*, tan dura que incluso podría romper la más resistente de las jarras.

Thor se bebió toda la cerveza. Realmente, era la mejor que había probado en su vida. Se puso de pie y se dirigió hacia Hymir.

—¿Puedo intentarlo de nuevo? —le preguntó.

Los gigantes presentes en la sala estallaron en carcajadas, pero ninguno se rio tan estruendosamente como Hymir.

—¡Claro que sí! —fue su respuesta.

Thor cogió la jarra y la levantó, de cara a la pared. La balanceó un par de veces y entonces se giró rápidamente sobre los talones y la estrelló contra la frente de Hymir.

Los fragmentos de la jarra cayeron sobre las rodillas del gigante.

Se hizo un silencio en la vasta sala quebrado únicamente por un extraño jadeo. Thor miró a su alrededor para ver a qué se debía el ruido y, cuando se volvió, notó que los hombros de Hymir se sacudían. El gigante estaba llorando, con enormes y agitados sollozos.

—Mi mayor tesoro ya no me pertenece —se lamentaba Hymir—. Cada vez que le ordenaba que me fabricara cerveza, el caldero me preparaba mágicamente la mejor del mundo. Nunca más podré decirle: «¡Caldero mío, fábricame cerveza!».

Thor no dijo nada.

Hymir miró a Tyr y, con expresión amarga, le dijo:

—Si lo quieres, hijastro, llévatelo. Es grande y pesado. Hacen falta por lo menos doce gigantes para transportarlo. ¿Te consideras suficientemente fuerte?

Tyr se acercó al caldero. Intentó levantarlo una vez y otra más, pero era demasiado pesado, incluso para él. Entonces miró a Thor. El dios del trueno se encogió de hombros, sujetó el caldero por los bordes, le dio la vuelta y se lo apoyó sobre la cabeza, de tal manera que el recipiente lo cubrió por completo.

Entonces, el caldero empezó a moverse, con Thor dentro, y se dirigió hacia la puerta, mientras a su alrededor todos los gigantes lo contemplaban boquiabiertos.

Hymir ya no lloraba. Tyr lo miró.

—Gracias por el caldero —le dijo.

Procurando que el caldero quedara siempre interpuesto entre Hymir y él mismo, salió del salón.

Tyr y Thor abandonaron juntos el castillo. Desataron las cabras de Thor y se montaron en el carro. Thor todavía llevaba el caldero cargado a la espalda. Los machos cabríos hicieron un gran esfuerzo, y aunque Gruñidor corría rápido y bien, incluso con el peso del caldero gigante, Crujedientes no dejaba de cojear y trastabillar. Una vez le habían roto la pata para comerse el tuétano y, si bien Thor se la había arreglado, la cabra nunca se había recuperado del todo.

Balaba de dolor mientras corría.

—¿No podemos ir más rápido? —preguntó Tyr.

—Podemos intentarlo —dijo Thor, fustigando a las cabras para que corrieran aún más deprisa.

Tyr se volvió para mirar atrás.

—Ahí vienen —dijo—. Los gigantes nos persiguen.

Era cierto que los estaban persiguiendo, con Hymir detrás, instándolos a darse prisa. Eran todos los gigantes de aquella parte del mundo: una pandilla de monstruos de muchas cabezas. Venían tras ellos todos los gigantes de los páramos, deformes y mortíferos, un ejército de gigantes dispuestos a recuperar su caldero.

—¡Más rápido! —gritó Tyr.

Fue entonces cuando el macho cabrío llamado Crujientes tropezó y cayó, y los dos dioses salieron despedidos del carro.

Thor se levantó tambaleándose y enseguida arrojó el caldero al suelo y se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Tyr—. ¡Son cientos de gigantes!

Thor enarboló el martillo llamado Mjollnir.

—Antes no he podido atrapar y matar a la serpiente —declaró—. ¡Pero un centenar de gigantes casi podrían compensarme de esa pérdida!

Metódicamente y con entusiasmo, Thor mató uno tras otro a los gigantes de los páramos, hasta que la sangre convirtió la tierra en un fangal rojo y negro. Tyr luchó con una sola mano, pero con valor, y también mató unos cuantos gigantes aquel día.

Cuando terminaron y todos los gigantes estuvieron muertos, Thor se agachó junto a Crujientes, su macho cabrío herido, y lo ayudó a levantarse. La cabra cojeaba al andar y Thor maldijo a Loki, por ser el culpable de que la cabra estuviera lisiada.

Entre los gigantes muertos no figuraba Hymir, y Tyr sintió alivio, porque no quería afligir todavía más a su madre.

Thor llevó el caldero a Asgard, a la asamblea de los dioses.

Entonces, los dioses se fueron a ver a Aegir, para darle el caldero.

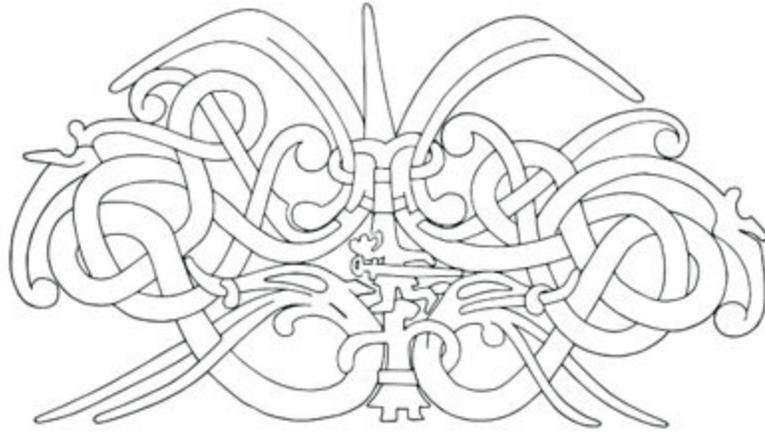
—Aquí lo tienes —le anunció Thor—. Con este caldero podrás fabricar cerveza para todos nosotros.

El gigante del mar dejó escapar un suspiro.

—Es lo que os había pedido —reconoció—. Muy bien. Prepararé un gran banquete de otoño para todos los dioses en mi castillo.

Cumplió su palabra y, desde entonces, cada otoño, después de la cosecha, todos los dioses beben la mejor cerveza que ha existido y existirá, en la fortaleza del gigante del mar.

La muerte de Balder



I

No hay nada que no ame al sol. El sol nos da calor y vida; funde la nieve y el amargo hielo del invierno; hace que las plantas crezcan y se abran las flores. Nos proporciona largas noches de verano, en las que nunca llega a imponerse la oscuridad. Nos alivia los crudos días de invierno, cuando las tinieblas casi no se interrumpen y el sol parece frío y distante, como el ojo pálido de un cadáver.

La cara de Balder brillaba como el sol. Sus facciones eran tan hermosas que iluminaban todos los lugares donde entraba. Balder era el segundo hijo de Odín, y su padre lo amaba por encima de todas las cosas. Era el más sabio, amable y elocuente de los aesir. Cuando dictaba sentencia en un litigio, impresionaba a todos con su sabiduría y su sentido de la justicia. Su morada, el castillo de Breidablik, era un lugar de alegría, música y sabiduría.

Balder estaba casado con Nanna y la adoraba a ella y a nadie más. Su hijo Forsete se estaba convirtiendo en un juez casi tan sabio como su padre. No había nada malo en la vida de Balder, ni en su mundo, excepto una cosa.

Balder tenía pesadillas.

Soñaba con el fin de los mundos y con un lobo que devoraba el sol y la luna. Veía muerte y dolor sin fin, y soñaba con que se quedaba encerrado en la oscuridad. En sus sueños, había hermanos que mataban a hermanos y nadie podía confiar en su prójimo. Sus pesadillas anunciaban la llegada de una nueva era de tinieblas y violencia asesina. Balder se despertaba llorando, sumido en una aflicción indescriptible.

Fue a ver a los dioses y les habló de sus pesadillas. Ninguno supo cómo interpretarlas y todos se preocuparon, menos uno.

Al oírlo describir sus sueños, Loki sonrió.

Odín decidió salir a averiguar la causa de los sueños de su hijo. Se puso la

capa gris y el sombrero y, cuando la gente le preguntaba su nombre, decía que era Vagabundo, hijo de Guerrero. Nadie supo responder a sus preguntas, pero le hablaron de una adivina, una mujer sabia que conocía el significado de los sueños. Le dijeron que era la única que habría podido ayudarlo, pero que por desgracia había muerto mucho tiempo atrás.

En el fin del mundo estaba la tumba de la sabia anciana. Más allá, al este, se encontraba el reino de los muertos que no han caído con honor en el campo de batalla, gobernado por Hel, hija de Loki y de la gigante Angrboda.

Odín viajó al este y se detuvo cuando encontró la tumba.

El padre de todos era el más sabio de los aesir y había dado un ojo para ser todavía más sabio.

Delante de aquel sepulcro en los confines del mundo, invocó las runas más oscuras y llamó a antiguas potencias, largamente olvidadas. Encendió una hoguera, habló, formuló encantamientos y suplicó. Un viento tormentoso le fustigó la cara y después, cuando el viento se extinguió, pudo ver a una mujer frente a él, al otro lado del fuego, con el rostro en las sombras.

—Ha sido un viaje difícil, pero he regresado del país de los muertos —dijo la mujer—. Llevo mucho tiempo sepultada en este lugar. La lluvia y la nieve han caído sobre mí. No te conozco, hombre que me has levantado de entre los difuntos. ¿Cómo te llamas?

—Me llaman Vagabundo —respondió Odín—. Guerrero era mi padre. ¿Qué noticias tienes de Hel?

La sabia difunta lo miró fijamente.

—Balder está a punto de reunirse con nosotros —le dijo—. Le estamos preparando hidromiel. Habrá aflicción en el mundo exterior, pero en el país de los muertos no habrá más que regocijo.

Odín le preguntó quién mataría a Balder, y su respuesta lo conmocionó. Le preguntó quién vengaría su muerte, y la respuesta de la anciana lo desconcertó. Le preguntó también quién lo lloraría, y la mujer se lo quedó mirando desde el otro lado de su propia tumba, como si lo estuviera viendo por primera vez.

—Tú no eres Vagabundo —dijo la anciana. Sus ojos muertos relampaguearon y su rostro recuperó la expresión—. Eres Odín, que se

sacrificó a sí mismo hace mucho tiempo.

—Y tú no eres una sabia adivina. Eres la giganta que en vida se llamaba Angrboda, amante de Loki y madre de Hel, del lobo Fenrir y de Jormungundr, la serpiente de Midgard —replicó Odín.

La giganta sonrió.

—Vete a casa, pequeño Odín —le dijo—. Corre, vuelve a tu fortaleza. Nadie vendrá a verme hasta que mi marido Loki consiga romper sus cadenas y vuelva conmigo. Mientras tanto, se acerca el Ragnarok, el fin de los dioses.

Entonces desapareció y no quedó nada en su lugar, excepto sombras.

Odín se marchó apesadumbrado y con mucho que pensar. Ni siquiera los dioses podían cambiar el destino. Si quería salvar a Balder, necesitaría ingenio, pero también ayuda. Había algo de lo que había dicho la giganta muerta que lo inquietaba.

«¿Por qué ha dicho que Loki tiene que romper sus cadenas? —se preguntó Odín—. Loki no está encadenado.» Entonces reflexionó: «De momento», se dijo.

II

Odín no le contó a nadie lo que había averiguado, pero le dijo a Frigg, su esposa y madre de los dioses, que los sueños de Balder eran auténticos y que alguien deseaba el mal al hijo favorito de ambos.

Frigg meditó un instante y enseguida declaró, práctica como siempre:

—No lo creo, ni lo creeré nunca. No hay nada ni nadie que odie al sol, ni que aborrezca la vida y el calor que trae a la tierra. Por eso mismo, no puede haber nadie que odie a mi hermoso hijo Balder.

De inmediato, se puso en camino para demostrar que tenía razón.

Recorrió el mundo entero, pidiendo a cada cosa y criatura que encontraba que prometiera no hacer daño nunca al apuesto Balder. El fuego le juró que nunca lo quemaría; el agua le aseguró que jamás lo ahogaría; el hierro le prometió que no lo cortaría nunca, lo mismo que el resto de los metales; y las

piedras le juraron que nunca le desgarrarían la piel. Frigg habló con los árboles, con los animales del campo, con los pájaros y con todas las bestias que se arrastran, vuelan o reptan, y todos le prometieron que ninguno de su especie le haría daño a Balder. Los árboles —robles, fresnos, pinos, hayas, abedules y abetos— le juraron que su madera jamás sería utilizada para herir a Balder. Frigg invocó a las enfermedades y les habló, una a una, y todos los males y dolencias capaces de debilitar o indisponer a las personas acordaron no acercarse nunca a Balder.

Nada era demasiado insignificante para que Frigg se parara a preguntar, excepto el muérdago, una planta trepadora que vive sobre los árboles. A la diosa le pareció demasiado pequeña, joven e insignificante, y pasó de largo sin hablarle.

Y cuando todos hubieron jurado no hacer daño a su hijo, Frigg regresó a Asgard.

—Balder está a salvo —anunció a los aesir—. Nada ni nadie le hará nunca ningún mal.

Todos, incluido Balder, dudaron de ella. Entonces, Frigg cogió una piedra y se la arrojó a su hijo, pero la piedra se desvió para eludirlo.

Balder se echó a reír encantado y fue como si el sol hubiera vuelto a salir. Los dioses sonrieron. Y entonces, uno por uno, arrojaron sus armas contra Balder, y todos quedaron sorprendidos y maravillados. Las espadas no lo tocaban y las flechas se negaban a perforarle la piel.

Todos los dioses se sintieron felices y aliviados. Solamente había dos caras en Asgard que no irradiaban felicidad.

Loki no sonreía ni estallaba en carcajadas. Miraba a los dioses que atacaban a Balder con sus hachas y espadas, o le dejaban caer pesadas rocas encima, o intentaban golpearlo con enormes mazos de madera, y los veía reír entusiasmados al comprobar que los mazos, las espadas, las piedras y las hachas evitaban a Balder o lo rozaban como plumas ligeras. Estaba serio y pensativo, y en un momento se escabulló entre las sombras.

El otro que no reía era el hermano de Balder, Hod, que era ciego.

—¿Qué está pasando? —preguntaba Hod—. ¿Podría alguien explicarme qué ocurre, por favor?

Pero nadie le hablaba. El hermano de Balder oía la algarabía, deseando poder formar parte de la celebración.

—Debes de estar muy orgullosa de tu hijo —le dijo amablemente a Frigg una anciana que apareció a su lado.

Frigg no la reconoció, pero la mujer resplandecía de admiración cada vez que miraba a Balder y era cierto que la diosa se sentía muy orgullosa de su hijo. Después de todo, no había nadie que no lo adorara.

—Pero ¿no acabarán haciéndole daño si le siguen arrojando cosas de esa manera? —continuó la anciana—. Si yo fuera su madre, estaría muy preocupada por mi hijo.

—Es imposible hacerle daño —le explicó Frigg—. No hay arma que pueda herir a Balder. Ninguna enfermedad, ninguna roca, ningún árbol puede dañarlo. Todas las cosas me han jurado que no le harán nunca ningún mal.

—Eso es bueno —dijo la mujer en tono gentil—. Me alegro. Pero ¿no habrás olvidado tomarle juramento a alguna cosa?

—A ninguna —respondió Frigg—. Han jurado todos los árboles. Únicamente pasé por alto al muérdago, una enredadera que crece sobre los robles al oeste del Valhalla. Pero es demasiado joven y pequeña para hacerle daño a nadie. Es imposible fabricar un garrote con muérdago.

—¡Ay, ay, ay! —suspiró la mujer—. ¿Muérdago, dices? A decir verdad, yo tampoco me habría molestado en tomarle juramento a esa planta. No es más que un hierbajo.

La amable mujer le resultaba vagamente familiar a Frigg, pero, antes de que la diosa pudiera saber a quién le recordaba, Tyr levantó una roca enorme con su única mano —la izquierda—, la sostuvo un momento sobre la cabeza y la estrelló contra el pecho de Balder, pero la piedra se desintegró en polvillo fino antes de tocar al dios resplandeciente. Cuando Frigg se volvió para seguir hablando, la gentil mujer ya se había marchado, por lo que ya no volvió a pensar al respecto. Al menos por un tiempo.

Tras recuperar su forma original, Loki viajó al oeste del Valhalla y se detuvo al pie de un roble enorme, donde encontró oscilantes cúmulos de verdes hojas de muérdago y pálidas bayas blancas que colgaban de las ramas. El aspecto de la planta resultaba insignificante en comparación con la

majestuosidad del roble. Crecía directamente de la corteza del árbol. Loki examinó las bayas, los tallos y las hojas. Consideró la posibilidad de envenenar a Balder con bayas de muérdago, pero se dijo que sería demasiado sencillo y directo.

Si quería dañar a Balder, tenía que perjudicar a tantas personas como fuera posible.

III

El ciego Hod seguía apartado, escuchando las risas y los gritos de alegría y admiración procedentes del prado. Suspiró. Aunque era ciego, era uno de los dioses más fuertes y por lo general Balder procuraba incluirlo en todas sus actividades. Pero esa vez, incluso Balder lo había olvidado.

—Pareces triste —dijo una voz familiar.

Era Loki.

—Esto es muy difícil para mí, Loki. Todo el mundo se está divirtiendo. Los oigo reír, y Balder, mi querido hermano, parece muy feliz. ¡Ojalá pudiera divertirme con ellos!

—Eso tiene fácil arreglo —replicó Loki. Hod no podía verle la expresión, pero su voz sonaba amistosa y servicial, y todos los dioses sabían que Loki era muy listo e ingenioso—. Abre la mano.

Así lo hizo Hod y enseguida sintió que Loki le depositaba un pequeño objeto sobre la palma y le cerraba los dedos a su alrededor.

—Es un dardo de madera que he fabricado. Te llevaré cerca de Balder, te indicaré dónde está y tú se lo arrojarás. Procura lanzárselo con todas tus fuerzas. Los dioses se reirán y Balder se alegrará de que también su hermano ciego haya participado en su jornada triunfal.

Loki condujo a Hod hasta el centro del bullicio.

—Aquí —dijo Loki—. Aquí estaremos bien situados. Ahora, cuando te diga, lanza el dardo.

—No es más que un dardo pequeño —replicó Hod tristemente—.

Preferiría arrojarle una lanza o una piedra.

—Un dardo será suficiente —dijo Loki—. Tiene la punta bien afilada. Tíralo cuando yo te diga.

En ese momento estalló un gran griterío y se oyeron fuertes risotadas. Thor había intentado golpear a Balder en plena cara con un garrote de madera de acacia, erizado de clavos de hierro. El garrote había alterado la trayectoria en el último momento para pasar por encima de la cabeza de Balder y había obligado a Thor a moverse como si estuviera bailando. Había sido muy gracioso.

—¡Ahora! —susurró Loki—. ¡Ahora que todos se están riendo!

Hod arrojó el dardo de muérdago, tal como le había indicado Loki. Esperaba oír risas y gritos de júbilo, pero nadie rio ni celebró su acción. Se hizo un silencio, interrumpido únicamente por exclamaciones sofocadas y murmullos.

—¿Por qué nadie me aplaude? —preguntó el ciego Hod—. He lanzado un dardo. No era muy grande, ni muy pesado, pero seguramente lo habréis visto. Balder, hermano mío, ¿por qué no te ríes?

Entonces oyó un gemido, un llanto agudo y horrible, y enseguida reconoció la voz de su madre.

—¡Balder, hijo mío! ¡Oh, Balder, mi pequeño! —se lamentaba la diosa.

Hod comprendió que su dardo había dado en el blanco.

—¡Qué espantoso! ¡Qué triste! Has matado a tu hermano —dijo Loki.

Pero por su tono de voz no parecía apenado. Más bien al contrario.

IV

Balder yacía muerto, con el dardo de muérdago clavado en el pecho. Los dioses se reunieron a su alrededor, llorando y rasgándose las vestiduras. Odín sólo dijo una cosa:

—No nos vengaremos de Hod. Todavía no. Estamos en un lugar donde la paz es sagrada.

—¿Alguno de vosotros está dispuesto a hacerme el favor de ir a ver a Hel? —intervino Frigg—. Quizá podamos convencerla para que lo deje ir. Ni siquiera ella puede ser tan cruel para querer quedárselo... —Reflexionó un momento y se lo pensó mejor, porque, después de todo, Hel era hija de Loki—. Le ofreceremos un rescate, para que nos lo devuelva. ¿Alguien se ofrece a viajar al reino de Hel? Tened en cuenta que quienes entran en ese mundo no suelen regresar.

Los dioses se miraron entre sí y entonces uno de ellos levantó la mano. Era Hermod, llamado el Veloz, ayudante de Odín. Era el más rápido y valeroso de los dioses jóvenes.

—Yo iré al reino de Hel —dijo— y traeré de vuelta al apuesto Balder.

Fueron a buscar a Sleipnir, el caballo de Odín, un corcel de ocho patas. Hermod lo montó y partió por un camino que no dejaba de descender, siempre hacia abajo, para ir a ver a Hel en su salón del trono, donde sólo entran los muertos.

Mientras Hermod se adentraba en las tinieblas, los dioses organizaron el funeral. Prepararon el cadáver y lo subieron al barco de Balder, llamado Hringhorn. Pretendían soltar las amarras y quemar la nave, pero no pudieron echarla al mar. Todos los dioses empujaron y tiraron tanto como pudieron. Incluso Thor lo intentó, pero el barco permaneció inmóvil en la orilla. Sólo Balder habría podido botarlo, pero ya no estaba.

Los dioses mandaron llamar a la gigante Hyrrokkin, que acudió montada en un lobo enorme, con serpientes en lugar de riendas. Se dirigió hacia la proa del barco de Balder y empujó con todas sus fuerzas. Consiguió echar la nave al mar, pero el impulso fue tan violento que los troncos sobre los que descansaba el barco se prendieron fuego, la tierra tembló y las olas que se levantaron fueron aterradoras.

—Tendría que matarla —dijo Thor, llevándose la mano al mango del martillo Mjollnir, contrariado aún por haber fracasado en el intento de botar el barco—. Esa gigante no nos respeta.

—No, no la matarás —replicaron los otros dioses.

—No me gusta nada de lo que está pasando —prosiguió Thor—. Pronto voy a tener que matar a alguien, solamente para desahogarme. Ya lo veréis.

Cuatro dioses cargaron el cadáver de Balder hasta la playa pedregosa. Ocho piernas lo transportaron entre la multitud. Odín encabezaba la procesión de los dolientes, con un cuervo posado en cada hombro. Detrás de él iban las valquirias y los aesir. También los gigantes del hielo y de las montañas acudieron al funeral de Balder, e incluso estaban presentes los enanos, los ingeniosos artesanos del mundo subterráneo, porque todas las cosas y las criaturas lloraban la muerte del dios.

Su esposa Nanna aulló de dolor cuando vio pasar el cadáver de su marido y el corazón le estalló en el pecho. Cayó muerta en la orilla del mar. Los dioses la llevaron a la pira fúnebre y colocaron su cuerpo junto al cadáver de Balder. Como señal de respeto, Odín depositó su brazalete Draupnir en la pira. Era un brazalete mágico fabricado por los enanos Brokk y Eitri, que cada nueve días dejaba escapar, como si fueran gotas, otros ocho brazaletes de oro de igual pureza y belleza que el original. Entonces, Odín le susurró un secreto al oído al difunto Balder. Nadie sabrá nunca cuál era el secreto, excepto Balder y él.

El caballo de Balder, ricamente enjaezado, fue conducido hasta la pira y sacrificado allí mismo, para que su amo pudiera montarlo en el otro mundo.

Encendieron la hoguera, que consumió el cuerpo de Balder y el de Nanna, su caballo y sus posesiones.

El cadáver de Balder se encendió y brilló como el sol.

De pie delante de la pira fúnebre, Thor alzó el martillo Mjollnir.

—Proclamo el carácter sagrado de esta pira —declaró, sin dejar de lanzar miradas de reprobación a la giganta Hyrrokkin, que en su opinión seguía sin dar muestras del debido respeto.

Lit, uno de los enanos, pasó por delante de Thor para ver mejor la pira, y Thor reaccionó enviándolo de un puntapié al corazón mismo de la hoguera, lo que mejoró ligeramente el estado de ánimo del dios, pero empeoró considerablemente el de los enanos.

—No me gusta lo que está pasando —dijo Thor exasperado—. No me gusta nada. Espero que el veloz Hermod consiga llegar a un acuerdo con Hel. Cuanto antes vuelva Balder a la vida, mejor será para todos nosotros.

V

El veloz Hermod cabalgó sin parar durante nueve días y nueve noches. Se adentró en las profundidades y descendió primero a la grisura, después a las tinieblas, a continuación a la noche y por fin a la más completa oscuridad sin estrellas. Lo único que se distinguía en la negrura era un destello dorado a lo lejos.

Cuanto más se acercaba, más brillaba la luz lejana.

Era la cubierta de oro del puente que atraviesa el río Gjaller, por el que han de pasar todos los que mueren.

Hermod hizo marchar más lentamente a Sleipnir para atravesar el río, pero el puente no dejaba de balancearse y temblar bajo las patas del caballo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó una voz femenina—. ¿Quién es tu padre? ¿Qué haces en el país de los muertos?

Sin decir nada, Hermod llegó al otro extremo del puente, donde encontró a una doncella. Era pálida y muy hermosa, y lo miraba como si no hubiera visto nunca nada ni a nadie como él. Se llamaba Modgud y era la guardiana del puente.

—Ayer cruzaron el río suficientes muertos para poblar cinco reinos, pero tú has hecho temblar el puente más que todos ellos juntos, aunque eran incontables y venían con sus caballos. Veo que fluye sangre roja debajo de tu piel. No eres del color de los muertos. Ellos son grises, o a veces verdes, blancos o azules. Pero tu piel tiene vida. ¿Quién eres? ¿Por qué viajas a la tierra de Hel?

—Soy Hermod —le contestó él—. Soy hijo de Odín y he venido al país de Hel montando el caballo de mi padre, para buscar a Balder. ¿Lo has visto?

—Nadie que lo haya visto podría olvidarlo —replicó Modgud—. El apuesto Balder atravesó este puente hace nueve días y se dirigió a la gran fortaleza de Hel.

—Gracias —dijo Hermod—. Allí iré yo también.

—Tienes que seguir hacia abajo y hacia el norte —le indicó ella—,

siempre hacia abajo y en dirección al norte, hasta encontrar las puertas del castillo de Hel.

Hermod siguió cabalgando. Se dirigió al norte y siguió el camino que bajaba cada vez más profundamente, hasta ver una muralla enorme y las puertas de la fortaleza de Hel, más altas que el más enorme de los árboles. Desmontó del caballo y le apretó más estrechamente al animal las correas de la montura. Volvió a montar agarrándose a la silla con todas sus fuerzas, azuzó a Sleipnir para que corriera cada vez más velozmente y, en el último momento, lo hizo saltar. Fue un salto como nadie había visto nunca, ni volverá a ver jamás, suficiente para salvar limpiamente las murallas del castillo y aterrizar sanos y salvos al otro lado, en los dominios de Hel, donde no puede entrar ningún vivo.

Hermod cabalgó hasta el gran pabellón de los muertos, se bajó del caballo y entró. Su hermano Balder estaba sentado en el lugar de honor, a la cabecera de la mesa. Estaba pálido. Su piel era del color de un día tormentoso, cuando no hay sol. Estaba bebiendo el hidromiel de Hel y la comida de su mesa. Cuando vio a Hermod, lo invitó a sentarse a su lado y a pasar con ellos la velada. Al otro lado de Balder estaba Nanna, su esposa, y al lado de Nanna, de pésimo humor, un enano llamado Lit.

En el mundo de Hel nunca sale el sol y los días nunca amanecen.

Hermod vio que en el otro extremo de la sala había una mujer de extraña belleza. El lado derecho de su cuerpo era de color carne, pero el lado izquierdo parecía oscuro y putrefacto, como el de un cadáver que llevara una semana colgado de un árbol en el bosque o congelado en la nieve. Hermod reconoció a Hel, la hija de Loki, a quien el padre de todos había confiado el dominio del país de los muertos.

—He venido a buscar a Balder —le dijo Hermod a Hel—. Me envía Odín. Todas las cosas lo echan de menos y lloran su muerte. Nos lo tienes que devolver.

Hel permaneció impassible. Con un ojo verde miraba a Hermod, pero el otro ojo parecía muerto y hundido.

—Soy Hel —dijo simplemente—. Los muertos vienen conmigo y ya no vuelven al mundo superior. ¿Por qué debería dejar que Balder se marche?

—Todas las cosas lo lloran. Su muerte nos une a todos en el dolor: dioses, gigantes, enanos y elfos. Los animales sufren su ausencia y también los árboles. Hasta los metales lamentan su partida. Las piedras sueñan con el regreso del valiente Balder a las tierras que conocen el sol. Por favor, déjalo marchar.

Hel no dijo nada. Miró un instante a Balder con sus ojos desparejos y después suspiró.

—Es la criatura más hermosa y noble que ha entrado en mi reino. Pero si es verdad lo que dices, si es cierto que todas las cosas lo aman, lo echan de menos y lloran su muerte, entonces os lo devolveré.

Hermod se arrojó a sus pies.

—¡Gracias! ¡Es un gesto muy noble! ¡Muchas gracias, reina excelsa!

Hel lo miró desde su trono.

—Levántate —le dijo—. No he dicho que vaya a devolvéroslo ahora. Lo tendrás que conseguir tú, Hermod. Ve y pregunta a los dioses y a los gigantes, a las rocas y a las plantas. Pregunta a todo lo que existe. Si todas las cosas del mundo lamentan su ausencia y ansían su regreso, enviaré a Balder de vuelta con los aesir, a las tierras que conocen el día. Pero si hay un solo ser que no llore su muerte o hable mal de él, entonces se quedará conmigo para siempre.

Hermod se puso de pie. Balder lo condujo fuera de la sala y le dio el brazalete de Odín, llamado Draupnir, para que se lo llevara al padre de los dioses como prueba de su visita al reino de Hel. Nanna le dio una túnica de lino para Frigg y un anillo de oro para Fulla, la doncella de Frigg. Lit se limitó a hacer muecas y gestos groseros.

Hermod volvió a montar a Sleipnir. Esta vez las puertas del castillo de Hel se abrieron para él, por lo que sólo tuvo que desandar el camino. Atravesó el puente y al cabo de un tiempo volvió a ver la luz del día.

En Asgard, Hermod le devolvió el brazalete Draupnir a Odín, el padre de todos, y le contó lo sucedido y todo cuanto había visto.

Durante la estancia de Hermod en el mundo subterráneo, Odín había concebido otro hijo para reemplazar a Balder. Se llamaba Vali; era hijo de Odín y de la diosa Rind. Cuando aún no había cumplido un día de vida, el

pequeño Vali encontró a Hod y lo mató. Así quedó vengada la muerte de Balder.

VI

Los aesir enviaron mensajeros a todos los rincones del mundo. Sus mensajeros viajaron veloces como el viento y preguntaron a todas las cosas y criaturas que encontraron si lamentaban la muerte de Balder, para conseguir liberarlo del mundo de Hel. Las mujeres lloraban y también lloraban los hombres, los niños y los animales. Las aves del cielo sollozaban por Balder, lo mismo que la tierra, los árboles y las piedras. Incluso los metales que encontraban los mensajeros vertían lágrimas por Balder, como llora una espada de hierro al sacarla del frío gélido y ponerla a la luz de sol.

Todas las cosas lloraban a Balder.

Los mensajeros emprendieron el camino de regreso de su misión, triunfantes y jubilosos. Pronto Balder volvería a estar entre los aesir.

Se detuvieron a descansar en una montaña, sobre una cornisa cercana a una cueva, y allí comieron, bebieron su hidromiel, hicieron bromas y rieron.

—¿Quién anda ahí? —dijo una voz desde el interior de la cueva, que resultó ser de una gigante ya entrada en años.

Había en ella algo vagamente familiar, pero ninguno de los mensajeros supo decir con certeza a quién les recordaba.

—Soy Thokk —dijo la gigante—. Mi nombre significa «gratitud». ¿Quiénes sois vosotros?

—Hemos preguntado a todas las cosas que existen si lloran la muerte del apuesto Balder, muerto por su hermano ciego, y hemos comprobado que todos lamentamos su ausencia, como lamentaríamos que el sol no volviera a brillar nunca más en el cielo. No hay nada ni nadie que no lo llore.

La gigante se rascó la nariz, se aclaró la garganta y escupió sobre una roca.

—La vieja Thokk no llora ni llorará nunca a Balder —declaró

abruptamente—. Vivo o muerto, el hijo de Odín no me ha causado más que dolor y agravios. Me alegro de que ya no esté y espero que no vuelva. Ojalá Hel no lo deje marchar nunca.

Entonces volvió a meterse en la oscuridad de su cueva y se perdió de vista.

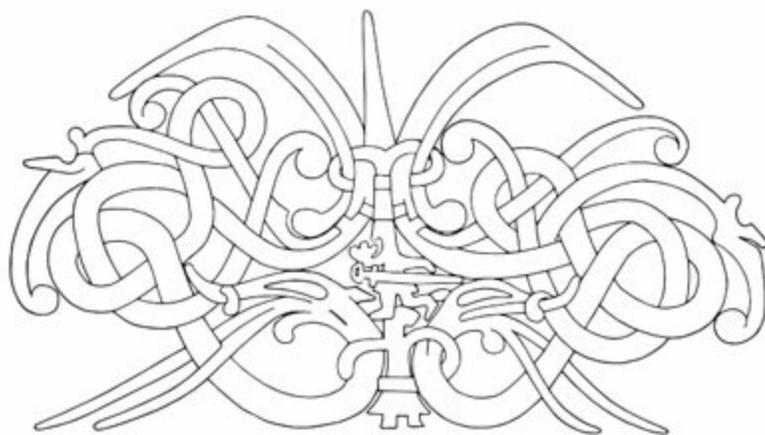
Los mensajeros volvieron a Asgard e informaron a los dioses de lo que habían visto y oído. Les dijeron que habían fracasado en su misión, porque había un ser que no lloraba la muerte de Balder, ni anhelaba su regreso: una vieja gigante que vivía en una cueva en las montañas.

Para entonces, habían comprendido por qué les resultaba familiar la vieja Thokk. Todos coincidían en que su forma de moverse y de hablar les recordaba mucho a Loki, hijo de Laufey.

—Apuesto a que era Loki disfrazado —dijo Thor—. ¡Por supuesto que era Loki! ¡Siempre es Loki!

Thor recogió el martillo Mjollnir y reunió a un grupo de dioses para buscar a Loki y vengarse, pero el astuto alborotador no apareció por ningún sitio. Estaba escondido lejos de Asgard, felicitándose por su ingenio y dispuesto a esperar hasta que todo cayera en el olvido.

Los últimos días de Loki



I

Balder había muerto y los dioses seguían llorando su pérdida. Estaban tristes, una lluvia gris caía incesantemente y no había alegría en el mundo.

Tras regresar de su viaje por tierras lejanas, Loki no dio muestras del menor arrepentimiento.

Era la época del banquete de otoño en el castillo de Aegir, cuando dioses y elfos se reunían en la morada del gigante del mar y bebían la cerveza recién fabricada en el caldero que Thor había traído del país de los gigantes mucho tiempo atrás.

Loki también acudió a la fiesta y bebió demasiada cerveza. Bebió más allá de la alegría, las risas y las bromas, y cayó en un estado malhumorado y pensativo. Cuando oyó que los dioses elogiaban a Fimafeng, el sirviente de Aegir, por su celeridad y diligencia, se levantó rápidamente de su puesto y le asestó una cuchillada. Fimafeng murió al instante.

Horrorizados, los dioses expulsaron a Loki del salón del banquete, a la oscuridad de la noche.

Pasó el tiempo y el festín prosiguió, pero con menos alegría.

Entonces se produjo una conmoción en la puerta y, cuando los dioses y diosas se volvieron para ver qué sucedía, observaron que Loki había regresado. Estaba a las puertas del castillo y los miraba a todos con una sonrisa sarcástica.

—No eres bienvenido —le advirtieron los dioses.

Sin prestarles atención, Loki se dirigió al lugar donde estaba sentado Odín.

—Padre de todos —le dijo—, tú y yo mezclamos nuestra sangre hace mucho tiempo, ¿no es así?

—Así es —respondió Odín, dándole la razón.

Loki sonrió.

—¿No es cierto que juraste entonces, gran Odín, que no beberías en ningún banquete a menos que Loki, tu hermano de sangre, bebiera contigo?

El ojo gris de Odín encontró los ojos verdes de Loki, y el padre de todos fue el primero en desviar la mirada.

—Dejemos que el padre del lobo coma y beba con nosotros —replicó Odín con un gruñido, y enseguida le pidió a su hijo Vidar que dejara espacio para que Loki se sentara a su lado.

Loki volvió a sonreír con regocijo y malicia. Pidió que le sirvieran más cerveza de Aegir y se la bebió de un trago.

Esa noche, Loki ofendió a todos los dioses y diosas. A los dioses los llamó cobardes, y a las diosas, crédulas y poco castas. Cada insulto iba entretejido con la dosis justa de verdad para que resultara hiriente. Les dijo que eran tontos y les recordó ofensas y errores que todos creían afortunadamente olvidados. Se burló de ellos, los escarneció y sacó a relucir antiguos escándalos. No dejó de atormentarlos, hasta que Thor llegó al banquete.

Thor puso fin a la conversación de una manera muy sencilla. Le dijo al malicioso Loki que si no se callaba, echaría mano de Mjollnir para enviarlo al país de los muertos.

Loki abandonó el salón donde los dioses celebraban su banquete, pero antes de marcharse con paso vacilante se volvió hacia Aegir.

—Has fabricado una cerveza excelente —le dijo Loki al gigante del mar—. Pero no volverá a haber otro banquete de otoño en este castillo. Las llamas lo consumirán y el fuego te arrancará la piel de la espalda. Todo lo que amas te será arrebatado. Lo juro.

Se despidió de los dioses de Asgard y salió a la negrura de la noche.

II

A la mañana siguiente, ya sobrio, Loki se puso a pensar en lo que había

hecho la noche anterior. No sintió vergüenza, ya que arrepentirse no era propio de él, pero comprendió que se había excedido en sus ofensas a los dioses.

Tenía una casa en lo alto de la montaña, cerca del mar, y decidió quedarse allí hasta que los dioses olvidaran sus insultos. Su casa tenía cuatro puertas, una a cada lado, para poder divisar cualquier peligro que se acercara desde cualquier dirección.

De día, Loki se transformaba en salmón y se escondía en una laguna al pie de las cascadas de Franang, unas cataratas que bajaban por la ladera de la montaña. Un canal conectaba la laguna con un río, que a su vez desembocaba en el mar.

A Loki le gustaba hacer planes y contraplanes. Sabía que mientras mantuviera la forma de salmón podía sentirse a salvo, porque ni siquiera los dioses eran capaces de atrapar a un salmón en movimiento.

Pero empezó a dudar. «¿Habría alguna manera de atrapar un pez en las aguas profundas de la laguna, al pie de las cascadas?», se preguntaba.

¿Cómo habría hecho él, el más astuto de los dioses, el más ingenioso inventor de estratagemas, para atrapar un salmón?

Cogió un ovillo de cuerda y comenzó a anudarlo y entretrejerlo hasta formar una red de pesca, la primera que se ha fabricado desde el comienzo de los tiempos. «Sí —pensó—. Si utilizara esta red, podría atrapar un salmón.»

«Veamos —se dijo, pensando ya en un plan contra su propio plan—. ¿Qué haría yo si los dioses fabricaran una red como ésta?»

Se puso a examinar la red que había creado.

«Los salmones saltan —pensó—. Nadan contracorriente e incluso son capaces de remontar cascadas. Si los dioses usaran esta red, yo podría saltar por encima.»

De pronto, algo llamó su atención. Se asomó primero por una de las puertas de su casa y después por otra. Se sorprendió al ver que los dioses subían por la ladera y ya estaban muy cerca de su casa.

Arrojó la red al fuego y la vio arder. Después se lanzó a las cascadas Franang, en forma de salmón plateado, y desapareció en las profundidades de la laguna, al pie de la montaña.

Los aesir llegaron a la casa de Loki y se dividieron para apostarse delante de las cuatro puertas e impedir así su huida, en caso de que aún estuviera dentro.

Kvasir, el más sabio de los dioses, entró por la primera puerta. En otro tiempo había estado muerto y su sangre había servido para fabricar hidromiel, pero volvía a estar vivo. Al ver el fuego y el vaso de vino abandonado a medias, Kvasir dedujo que Loki había estado en la casa apenas unos instantes antes de la llegada de sus perseguidores.

Pero nada indicaba hacia dónde había podido huir. Con mirada atenta, Kvasir escudriñó el techo y después examinó el suelo y el hogar donde ardía el fuego.

—¡Esa especie de comadreja taimada y llorona ha huido! —exclamó Thor, entrando por otra de las cuatro puertas—. ¡Puede haberse transformado en cualquier cosa! ¡Nunca lo encontraremos!

—No te precipites —replicó Kvasir—. Mira.

—No son más que cenizas —dijo Thor.

—Sí, pero fíjate en la forma —respondió Kvasir.

Se agachó, tocó la ceniza del suelo de la chimenea, la olió y después la probó con la lengua.

—Es la ceniza de una cuerda que ha sido arrojada al fuego y ha ardido. Una cuerda, como la de ese ovillo que hay allí en ese rincón.

Thor hizo una mueca de impaciencia.

—No creo que las cenizas de un cordel quemado vayan a decirnos dónde está Loki.

—¿No lo crees? Fíjate otra vez en el patrón que ha quedado marcado. Es una malla entrecruzada, perfectamente regular.

—Kvasir, estás perdiendo tu tiempo y el de todos nosotros admirando las figuras que han quedado marcadas en la ceniza. Es una tontería lo que haces. Cada instante que perdemos contemplando las cenizas es tiempo que gana Loki para huir cada vez más lejos.

—Puede que tengas razón, Thor. Sin embargo, para fabricar una malla tan regular, hace falta algo que marque y espacie los cuadrados, como ese trozo de madera que hay tirado en el suelo, al lado de tu pie. Además, sería preciso

atar el extremo de la cuerda en algún sitio para tejer la malla, por ejemplo, en ese palo que sobresale del suelo, allí mismo. Después, habría que anudar la cuerda y entretejerla, para formar una... Hum... Me pregunto qué nombre le habrá dado Loki a su invento. Yo lo llamaré «red».

—¿Por qué sigues parlotando? —dijo Thor—. ¿Por qué te quedas mirando un montón de ceniza, un palo y unos trozos de madera, cuando podrías estar persiguiendo a Loki? ¡Kvasir! ¡Mientras estás ahí dándole vueltas a un montón de ceniza y diciendo tonterías, Loki se nos escapa!

—Creo que lo mejor que podríamos hacer con una red como ésta sería usarla para atrapar peces —declaró Kvasir.

—Estoy harto de ti y de tus bobadas —suspiró Thor—. ¿Para atrapar peces, dices? Muy bien. Quizá Loki tuviera hambre y quisiera pescar para comer. Loki suele inventar cosas. Es su costumbre. Siempre ha sido muy listo. Por eso lo dejábamos vivir nosotros.

—Tienes razón. Pero piensa una cosa. Si tú fueras Loki, ¿por qué arrojarías a las llamas un artilugio para atrapar peces que acabas de inventar, al saber que nosotros nos aproximamos?

—Porque... —dijo Thor, frunciendo el ceño y pensando con tanta intensidad que se oyeron truenos entre las cumbres de las montañas lejanas—. Hum...

—Exacto. Para que nosotros no lo encontremos. Y la única razón para querer ocultarnos el artilugio sería para que nosotros, los dioses de Asgard, no lo utilicemos para atraparte.

Thor asintió lentamente.

—Ya veo —balbuceó, y enseguida añadió—: Sí, supongo que sí. —Y finalmente dijo—: Entonces, Loki...

—... está escondido en la laguna de aguas profundas, al pie de la cascada, convertido en pez. ¡Sí, exactamente! ¡Sabía que lo adivinarías, Thor!

Thor asintió con entusiasmo, sin estar del todo seguro de haber llegado a esa conclusión a partir de las cenizas en el suelo de la chimenea, pero feliz de haber descubierto dónde se escondía Loki.

—Iré ahora mismo a la laguna con mi martillo —dijo— y entonces...

—Será mejor que vayamos con una red —lo corrigió Kvasir, el dios

sabio.

Kvasir cogió lo que quedaba de cuerda y los trozos de madera para formar la malla. Ató el extremo del ovillo al palo y empezó a desenrollar la cuerda y a anudarla. Enseñó a los otros dioses lo que tenían que hacer y, al cabo de un momento, todos estaban tejiendo y haciendo nudos. Kvasir juntó todas las mallas que habían fabricado, para formar una red tan ancha como toda la laguna, y descendió hasta la cascada, al pie de la montaña.

Un canal conducía al mar el agua de la laguna cuando ésta se desbordaba.

Al llegar al pie de las cataratas de Franang, los dioses desplegaron la red que habían fabricado. Era una red enorme y pesada, tan larga que abarcaba toda la laguna, desde un extremo a otro. Hicieron falta todos los guerreros de los aesir para sostener una punta de la red y Thor para sujetar la otra punta.

Los dioses empezaron por un extremo de la laguna, pasaron por debajo de las cataratas y siguieron avanzando por el agua hasta alcanzar el otro extremo. No atraparon nada.

—Estoy seguro de que hay algo ahí abajo —dijo Thor—. Lo he sentido empujar contra la red, pero se ha sumergido más profundamente, hacia el fondo fangoso, y la red le ha pasado por encima.

Kvasir se rascó la barbilla, pensativo.

—No importa. Tenemos que hacerlo otra vez, pero en esta ocasión pondremos pesos en el fondo de la red —dijo—, para que nada pueda escabullirse por debajo.

Los dioses recogieron piedras grandes con agujeros y las ataron al fondo de la red, para que hicieran las veces de pesos.

Después volvieron a adentrarse en la laguna.

A Loki le había resultado muy fácil escabullirse la primera vez. Simplemente, había nadado hasta el fondo de la laguna, se había deslizado entre dos piedras planas y allí se había quedado, mientras la red le pasaba por encima.

Pero ahora comenzaba a preocuparse. En el frío y la oscuridad, se puso a pensar.

No podía cambiar de forma sin salir del agua y, aunque hubiese podido, los dioses lo habrían visto. Lo más seguro era conservar la forma de pez, pero

estaba acorralado. Tenía que hacer algo que los dioses no esperaran. Probablemente pensarían que intentaría huir hacia mar abierto. Si conseguía llegar al mar, estaría a salvo, pero antes tendría que bajar por el canal que desaguaba la laguna y allí quedaría sumamente expuesto a las miradas de los dioses.

Jamás esperarían que nadara de vuelta por donde había llegado: en dirección a lo alto de la cascada.

Mientras tanto, los dioses ya estaban arrastrando la red por el fondo de la laguna.

Concentrados en distinguir todo lo que se movía en las profundidades, se llevaron una gran sorpresa cuando un gran pez plateado, más grande que cualquier salmón que hubieran visto nunca, saltó por encima de la red con un golpe de la cola y empezó a nadar a contracorriente. El colosal salmón remontó la cascada saltando y desafiando la gravedad, como si alguien lo hubiera arrojado por el aire.

Kvasir gritó a los aesir y les ordenó que formaran dos grupos, uno a cada extremo de la red.

—No se quedará mucho tiempo en la cascada. Está demasiado expuesto. El mar sigue siendo su única posibilidad de salvación. Por eso, los dos grupos avanzaréis y arrastraréis la red entre vosotros. Mientras tanto, tú, Thor —dijo el sabio Kvasir—, te situarás entre los dos grupos y, cuando Loki intente saltar otra vez por encima de la red, lo atraparás al vuelo, como hacen los osos con los salmones. Pero presta atención y no lo dejes escapar. Es muy escurridizo.

Thor respondió:

—He visto a osos atrapar salmones cuando saltan. Soy más fuerte y rápido que cualquier oso. No lo dejaré escapar.

Los dioses empezaron a arrastrar la red corriente arriba, hacia el lugar donde aguardaba el enorme salmón plateado. Loki pensaba y maquinaba sin cesar.

Al ver que se acercaba la red, supo que había llegado su momento más crítico. Tenía que saltar por encima de la red como había hecho antes, pero esta vez se dirigiría velozmente hacia el mar. Tensó los músculos, como un

muelle a punto de soltarse, y entonces se catapultó por el aire.

La reacción de Thor fue fulminante. Vio al salmón plateado resplandecer al sol y lo aferró con las dos manos colosales, como hace un oso hambriento cuando atrapa a un salmón al vuelo. Los salmones son peces muy escurridizos y Loki era el más escurridizo de todos los salmones. Se retorció e intentó deslizarse entre los dedos de Thor, pero el dios simplemente lo aferró con más fuerza y le apretó la cola tanto como pudo.

Dicen que desde entonces los salmones tienen mucho más estrecha la base de la aleta caudal.

Los dioses envolvieron al pez con la red y lo transportaron entre todos. El salmón empezó a boquear, porque se ahogaba fuera del agua. Se sacudió, se retorció y, de repente, se convirtió en un jadeante Loki.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo—. ¿Adónde me lleváis?

Thor hizo un gesto negativo y gruñó, pero no dijo nada.

Loki se lo preguntó a los otros dioses, pero ninguno quiso explicarle qué estaba ocurriendo, ni menos aún mirarlo a los ojos.

III

Los dioses entraron en una cueva y, con Loki bien agarrado entre todos, bajaron a las profundidades. Del techo colgaban estalactitas, y a su alrededor revoloteaban numerosos murciélagos. Siguieron bajando. Pronto llegaron a un pasadizo demasiado estrecho para cargar a Loki, por lo que le permitieron ponerse de pie y caminar entre ellos. Thor iba inmediatamente detrás de Loki, con una mano apoyada sobre su hombro.

Descendieron un buen trecho, durante mucho tiempo.

En la cueva más profunda de todas, había un fuego encendido y, al lado del fuego, tres personas aguardando. Loki las reconoció antes de verles el rostro y sintió que se le helaba el corazón.

—¡No! —dijo—. No les hagáis daño. Ellos no han hecho nada malo.

—Son tus hijos y tu esposa, ¡oh, Loki, fabricante de mentiras! —replicó

Thor.

Había tres grandes losas en aquella cueva. Los aesir apoyaron cada losa de costado y Thor cogió el martillo y les abrió un orificio en el centro.

—¡Por favor! ¡Dejad a nuestro padre en libertad! —suplicó Narfi, hijo de Loki.

—Es nuestro padre —dijo Vali, el otro hijo de Loki—. Habéis jurado que no lo mataríais. Es hermano de sangre de Odín, el más excelso de los dioses.

—No lo mataremos —dijo Kvasir—. Dime, Vali, ¿qué es lo peor que un hermano puede hacerle a otro?

—Traicionarlo —respondió Vali, sin pensárselo dos veces—. Matarlo, como Hod mató a su hermano Balder. Es abominable.

—Es verdad que Loki es hermano de sangre de los dioses y, como tal, no podemos matarlo —prosiguió Kvasir—. Pero ningún juramento nos obliga ante vosotros, sus hijos.

Entonces, Kvasir pronunció ante Vali potentes palabras de transformación.

De inmediato, la forma humana abandonó a Vali y, donde estaba el muchacho, apareció un lobo que echaba espumarajos por las fauces entreabiertas. El buen juicio de Vali se fue borrando de sus ojos amarillentos, reemplazado por un torbellino de hambre, furia y locura. El animal miró a los dioses, después a Sigyn, su madre, y finalmente vio a Narfi. Prorrumpió en un gruñido grave y prolongado, surgido de lo más hondo de su garganta, y se le erizaron los pelos del lomo.

Narfi solamente retrocedió un paso antes de que el lobo se abalanzara sobre él.

El joven Narfi fue valiente. No gritó ni siquiera cuando el lobo que había sido su hermano lo despedazó, le desgarró el cuello y dispersó sus entrañas por el suelo de piedra. El lobo que había sido Vali emitió un largo y potente aullido por la boca ensangrentada. Después, saltó por encima de las cabezas de los dioses y se perdió en la oscuridad de la cueva, para no ser visto nunca más en Asgard, al menos hasta el fin de los tiempos.

Los dioses obligaron a Loki a tumbarse sobre las tres grandes losas, con una debajo de los hombros, la segunda bajo la entrepierna y la tercera debajo

de las rodillas. Fueron a buscar los intestinos de Narfi y los hicieron pasar a través de los agujeros perforados en las losas, para sujetar de ese modo el cuello y los hombros de Loki. A continuación, le pasaron las entrañas de su hijo por la entrepierna y la cadera, y se las ataron a las rodillas y las piernas tan estrechamente que casi no se podía mover. Para terminar, los dioses transformaron los intestinos del hijo muerto de Loki en cadenas tan firmes y resistentes que parecían de hierro.

Sigyn vio cómo los dioses ataban a su marido con las entrañas de su hijo, pero no dijo ni una palabra. No hacía más que llorar en silencio por el dolor de su marido y la muerte y la deshonra de sus hijos. En las manos sostenía un cuenco, pero todavía no sabía para qué. Antes de conducirla hasta esa cueva, los dioses le habían indicado que fuera a la cocina a buscar el cuenco más grande que tuviera.

En ese momento entró en la cueva Skadi, la gigante hija del difunto Thiazi y esposa de Njord, el de hermosos pies. Llevaba algo enorme en las manos, algo que se retorció y sacudía. Se inclinó sobre Loki y colocó sobre su cuerpo la criatura que transportaba, que se enroscó a las estalactitas suspendidas del techo de la cueva, de tal manera que su cabeza quedó colgando justo por encima de la cabeza de Loki.

Era una serpiente de ojos fríos, lengua temblorosa y colmillos que chorreaban veneno. El reptil silbó y una gota de veneno de su boca cayó sobre la cara de Loki y le quemó los ojos.

Loki gritó y se contorsionó, retorciéndose de dolor. Intentó hacerse a un lado y apartar la cabeza del veneno, pero las cadenas que antes habían sido los intestinos de su hijo lo sujetaban firmemente y no lo dejaban moverse.

Uno a uno los dioses fueron abandonando la cueva, con expresiones de sombría satisfacción en la cara. Pronto no quedó más que Kvasir en la caverna. Sigyn no dejaba de mirar a su marido encadenado y al cadáver destripado de su hijo, muerto por el lobo.

—¿Qué es lo que vas a hacerme? —le preguntó a Kvasir.

—Nada —respondió el dios—. A ti no vamos a castigarte. Puedes hacer lo que quieras.

Dicho esto, salió de la cueva.

Otra gota del veneno de la serpiente cayó sobre la cara de Loki, que soltó un alarido y volvió a retorcerse dentro de sus cadenas. La tierra temblaba con las sacudidas de Loki.

Sigyn cogió el cuenco y se aproximó a su marido. No dijo nada —¿qué habría podido decir?—, pero se quedó de pie junto a la cabeza de Loki, con lágrimas en los ojos, recogiendo en el cuenco las gotas de veneno a medida que iban cayendo de los colmillos de la serpiente.

Todo esto sucedió hace mucho muchísimo tiempo, en una época remota, cuando los dioses aún caminaban sobre la faz de la tierra. Pasó hace tanto tiempo que las montañas de entonces se han allanado por completo y los lagos más profundos se han convertido en áridas llanuras.

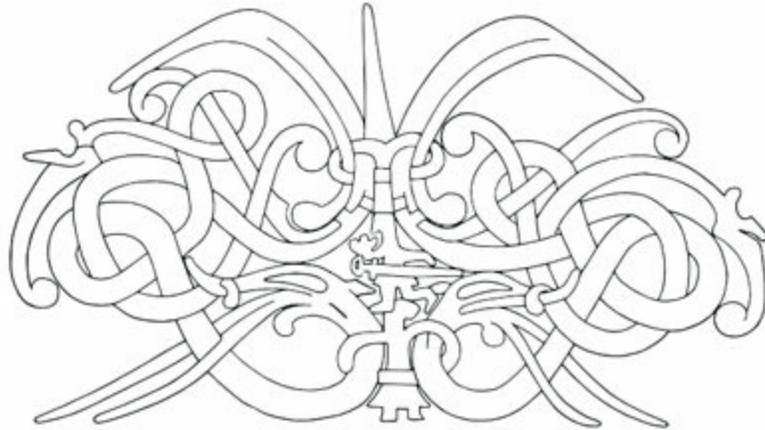
Pero Sigyn aún sigue junto a Loki, como el primer día, contemplando las hermosas facciones de su marido y su expresión atormentada.

El cuenco que sostiene se llena lentamente, gota a gota, pero al final el veneno llega al borde. Sólo entonces Sigyn se separa de Loki y se marcha un momento para tirar el veneno. Durante su breve ausencia, la ponzoña de la serpiente cae sobre la cara de Loki y le quema los ojos. Entonces, el dios padece fuertes convulsiones, se sacude, se retuerce y se agita tanto y con tanta violencia que toda la tierra tiembla.

Cuando eso sucede, los habitantes de Midgard decimos que ha habido un terremoto.

Cuentan que Loki permanecerá encadenado en la oscuridad de las profundidades de la tierra y que Sigyn seguirá a su lado, sosteniendo el cuenco para recoger el veneno e impedir que le caiga en la cara y para susurrarle su amor, hasta que llegue el Ragnarok y, con él, el fin de los días.

El Ragnarok: el destino final de los dioses



I

Hasta aquí os he contado historias del pasado y cosas que sucedieron hace mucho tiempo.

Ahora os revelaré lo que sucederá en días venideros.

Os contaré cómo acabará todo y cómo volverá a comenzar. Son días oscuros los que voy a revelaros, tiempos sombríos y cosas ocultas, que atañen a los confines de la tierra y a la muerte de los dioses. Prestad atención y aprenderéis.

Habrà señales que indicarán la inminencia del fin de los tiempos. Serà mucho después de la época de los dioses, en el tiempo de los hombres. Todos los dioses estarán dormidos, excepto Heimdall, el que siempre lo ve todo. Heimdall será testigo del principio del fin, pero no podrá hacer nada para impedirlo.

Comenzará en invierno.

No será un invierno corriente, porque empezará y no acabará, y tras ese invierno vendrá otro. No habrá primavera, ni llegará el calor. La gente padecerá hambre y frío, y se llenará de odio. Habrá grandes batallas en todo el mundo.

Los hermanos pelearán contra sus hermanos y los padres matarán a sus hijos. Madres e hijas se enfrentarán entre sí. Las hermanas caerán luchando contra sus hermanas y verán matarse a sus hijos.

Será una época de vientos crueles, de hombres convertidos en lobos que se acosarán unos a otros y no serán mejores que las fieras salvajes. Las tinieblas caerán sobre el mundo y los lugares donde viven los humanos caerán convertidos en ruinas. Arderán brevemente y se desmoronarán, sin dejar más que cenizas y desolación.

Después, cuando los pocos que queden vivan como animales, el sol

desaparecerá del cielo como si lo hubiera devorado un lobo. La luna también se desvanecerá y nadie volverá a ver las estrellas. La oscuridad llenará el aire como una nube de ceniza, como una densa neblina.

Será la época del invierno terrible que no acabará nunca, el Fimbulvetr.

La nieve caerá desde todas las direcciones, soplarán vientos feroces y hará mucho más frío de lo que nadie pueda imaginar, un frío gélido que nos helará los pulmones y nos hará daño al respirar, un frío que nos congelará las lágrimas en los ojos. Y no vendrá la primavera para traernos consuelo, ni llegará el verano, ni tampoco el otoño. Al invierno le seguirá otro invierno y a éste, otro invierno más.

Después habrá un tiempo de grandes terremotos. Las montañas temblarán y se desmoronarán. Caerán los árboles, y los lugares habitados que aún subsistan quedarán arrasados.

Los terremotos serán tan violentos que destruirán todos los cerrojos, las cadenas y los grilletes.

Absolutamente todos.

El gran lobo Fenrir quedará libre de sus cadenas. Cuando abra la boca, su maxilar superior llegará al cielo y el inferior tocará la tierra. No habrá nada que no pueda devorar, ni nada que no sea capaz de destruir. Le brotarán llamas de los ojos y de las fauces.

Por donde pase, dejará una estela de incendios y destrucción.

También habrá inundaciones. Crecerán los mares y avanzarán sobre la tierra. Jormungundr, la enorme y temible serpiente de Midgard, se retorcerá en su ira, cada vez más cerca de la tierra. El veneno de sus colmillos se derramará sobre el agua y emponzoñará la vida marina, salpicará el aire impulsado por las olas y matará a todas las aves que lo respiren.

No quedará vida en los océanos y en su interior se seguirá retorciendo la gran serpiente de Midgard. La marea arrastrará a las playas cadáveres putrefactos de peces y ballenas, de focas y monstruos marinos.

Todos aquellos que vean con sus ojos al lobo Fenrir y a la serpiente de Midgard, los dos hermanos hijos de Loki, conocerán la muerte.

Será el principio del fin.

El cielo neblinoso se desgarrará con un estruendo de gritos de niños, y los

hijos de Muspell bajarán del firmamento, encabezados por Surtr, el gigante del fuego, que descenderá enarbolando su espada, tan resplandeciente que ningún mortal podrá mirarla. Cruzarán el puente del arco iris, el Bifrost, y cuando hayan pasado, el puente se desmoronará y sus luminosos colores se convertirán en sombras de carbón y cenizas.

Nunca más volverá a lucir un arco iris sobre la tierra.

Los acantilados se desplomarán en el mar.

Loki, que para entonces habrá roto sus cadenas en las profundidades de la tierra, será el timonel de un barco llamado Naglfar, el mayor que haya existido nunca, fabricado con las uñas de los muertos. Naglfar navegará sobre los mares crecidos: la tripulación mirará a su alrededor y no verá más que muertos flotando y pudriéndose en la superficie del océano.

Loki timoneará el barco, pero el capitán será Hrym, el cabecilla de los gigantes del hielo. Todos los gigantes del hielo supervivientes obedecerán al colosal Hrym, enemigo de la humanidad, y serán las huestes de Hrym en la batalla final.

Las tropas de Loki serán las legiones de Hel, integradas por los muertos que no encuentran descanso porque han tenido una muerte vergonzosa. Esos muertos volverán a la tierra para luchar una vez más como cadáveres ambulantes, decididos a destruir todo aquello que aún viva y ame sobre la faz de la tierra.

Todos ellos —los gigantes, los muertos y los llameantes hijos de Muspell— se dirigirán al campo de batalla, la llanura Vigrid, una extensión enorme, de unas trescientas millas de lado. También el lobo Fenrir orientará hacia allá sus pasos, y la serpiente de Midgard surcará los mares crecidos en dirección a Vigrid. Cuando esté muy cerca, impulsará hasta la arena su cuerpo sinuoso y se esforzará por salir a tierra. Sólo su cabeza y la primera milla de su cuerpo saldrán a la superficie, pero la mayor parte permanecerá bajo el mar.

Los combatientes se dispondrán en formación para la batalla: Surtr y los hijos de Muspell; los guerreros de Hel y Loki, procedentes de las profundidades de la tierra; y los gigantes del hielo, las tropas de Hrym, que congelarán el fango al pisarlo. Fenrir estará con ellos y también la serpiente de Midgard. Los peores enemigos que la mente pueda concebir estarán allí

cuando llegue el final.

Heimdall será testigo de todo eso. Él siempre lo ve todo, porque es el guardián de los dioses. Pero sólo esa vez actuará.

Hará sonar el Gjallerhorn, el cuerno que perteneció a Mimir. Lo hará sonar soplando con todas sus fuerzas. Todo Asgard se sacudirá con el estruendo y, entonces, los dioses dormidos se despertarán, irán en busca de sus armas y se reunirán a la sombra de Yggdrasil, junto al pozo Urd, para recibir la bendición y los consejos de las nornas.

Odín montará el caballo Sleipnir y se dirigirá al pozo de Mimir, para pedir consejo a la cabeza de Mimir, para él mismo y para el resto de los dioses. La cabeza de Mimir le susurrará lo que sabe del futuro, del mismo modo que ahora os lo cuento yo a vosotros.

Las palabras de Mimir alimentarán la esperanza del padre de todos, aunque las perspectivas parezcan sombrías.

El gran fresno Yggdrasil, el árbol del mundo, temblará como una hoja movida por el viento, y todos los aesir —y con ellos los einherjar, los guerreros muertos noblemente en combate— se vestirán para la guerra y se dirigirán juntos a Vigrid, el campo de batalla definitivo.

Odín cabalgará al frente de sus hombres, con su armadura resplandeciente y su yelmo de oro. A su lado irá Thor, con Mjollnir en la mano.

Cuando lleguen al campo de batalla, dará comienzo la lucha final.

Odín irá a enfrentarse con el lobo Fenrir, que para entonces habrá crecido hasta alcanzar un tamaño inimaginable. El padre de todos empuñará con fuerza la lanza Gungnir.

Cuando Thor vea que Odín se dirige hacia el gran lobo, sonreirá, espoleará a sus machos cabríos para que se den aún más prisa e irá a luchar contra la gran serpiente de Midgard, enarbolando el martillo con su guantelete de hierro.

Frey se dirigirá hacia Surtr, llameante y monstruoso. La espada flamígera de Surtr es colosal y quema incluso cuando falla el golpe. Frey luchará denodadamente y con enorme habilidad, pero será el primero de los aesir en caer. Su espada y su armadura no serán suficientes para protegerlo del sable ardiente de Surtr. El dios echará en falta la espada que mucho antes entregó a

Skirnir, por amor a Gerd, y morirá lamentando su pérdida. Aquella espada le habría salvado la vida.

El fragor de la batalla será tremendo. Los einherjar, los nobles guerreros de Odín, combatirán contra los muertos sin honor, las tropas de Loki.

Garm, el perro de los infiernos, no dejará de gruñir. No es tan grande como Fenrir, pero es el más poderoso y temible de los perros. También se habrá soltado de las cadenas que lo mantenían prisionero en las profundidades y habrá regresado a la superficie, para atacar a los guerreros lanzándose a sus cuellos.

Tyr lo detendrá. Luchará con su única mano contra el perro surgido de las pesadillas. Peleará valerosamente, pero el combate será el fin de ambos. Garm morirá con los dientes hincados en la garganta de Tyr.

Thor matará por fin a la serpiente de Midgard, como deseaba desde hacía mucho tiempo.

Le aplastará el cerebro con el martillo y, cuando vea que la cabeza del monstruo marino se precipita sobre el campo de batalla, retrocederá de un salto para esquivarla.

Cuando la cabeza enorme se estrelle contra el suelo, estará a más de nueve pies de distancia, pero no será suficiente. La serpiente moribunda vaciará los sacos de veneno de sus colmillos sobre el dios del trueno, formando una espesa lluvia negra.

Thor rugirá de dolor y caerá al suelo sin vida, envenenado por la criatura que acaba de matar.

Odín luchará valientemente contra Fenrir, pero para entonces el lobo habrá crecido tanto que será más grande y temible que cualquier otra criatura que haya existido, y más grande aún que el sol y la luna. Odín le clavará la lanza en la boca, pero bastará con que el animal cierre de golpe las enormes fauces para que el arma desaparezca. Después volverá a abrir y cerrar las mandíbulas, se oirá un crujido y volverá a tragar, y entonces Odín, el padre de todos, el mayor y más sabio de los dioses, desaparecerá también y nadie volverá a verlo nunca más.

Uno de los hijos de Odín, Vidar, el dios silencioso y leal, verá morir a su padre. Entonces avanzará, mientras Fenrir celebra la muerte de Odín, e

introducirá un pie en el maxilar inferior del lobo.

Vidar tiene los pies diferentes entre sí. En uno usa calzado normal, mientras que en el otro se pone un zapato que ha venido fabricando desde el comienzo de los tiempos, con los restos de cuero que los mortales descartan de los talones y las puntas, cada vez que se confeccionan un par de zapatos.

(Si queréis ayudar a los aesir en la batalla final, tenéis que tirar todos los restos de cuero, porque los recortes sobrantes de la fabricación de calzado pasan a formar parte del zapato de Vidar.)

Ese zapato sujetará la mandíbula del lobo y la dejará inmovilizada. Después, Vidar levantará un brazo, agarrará con una mano el maxilar superior del lobo y le descoyuntará la boca. De ese modo, Fenrir morirá y Vidar vengará la muerte de su padre.

En el campo de batalla llamado Vigrid, los dioses caerán luchando contra los gigantes del hielo, que a su vez caerán en el combate contra los dioses. Los muertos de Hel encontrarán allí la muerte definitiva y los nobles einherjar yacerán junto a los otros difuntos, sobre el terreno helado, muertos todos ellos por última vez, bajo un cielo neblinoso y sin vida, y nunca más volverán a levantarse, ni volverán a despertarse para luchar.

De las legiones de Loki, sólo el propio Loki quedará en pie, ensangrentado y con mirada feroz, exhibiendo una sonrisa satisfecha en los labios cubiertos de cicatrices.

Heimdall, el vigilante del puente, el guardián de los dioses, tampoco habrá caído. Estará de pie en medio del campo de batalla, empuñando la espada Hofud, húmeda y ensangrentada.

Los dos dioses supervivientes irán mutuamente a su encuentro, a través de Vigrid, pisoteando cadáveres y vadeando ríos de sangre y de llamas.

—¡Ah! —exclamará Loki—. ¡El enfangado guardián de los dioses! Has tardado demasiado en despertarlos, Heimdall. ¿No te ha parecido fascinante verlos morir uno a uno?

Loki observará el rostro de Heimdall, en busca de signos de debilidad o emoción, pero el guardián del puente permanecerá impassible.

—¿No tienes nada que decir, Heimdall, el de las nueve madres? Mientras estuve encadenado bajo tierra, mientras el veneno de la serpiente me caía en

la cara y la pobre Sigyn intentaba recoger la ponzoña en su cuenco, mientras estuve en la oscuridad, atado con los intestinos de mi propio hijo, lo único que me salvó de la locura fue pensar en este momento, visualizarlo e imaginar el día en que mis hermosos hijos y yo acabaríamos con la era de los dioses y traeríamos el fin del mundo.

Heimdall no dirá nada tampoco esta vez, pero descargará toda su potencia contra Loki y su espada se estrellará contra su armadura. Entonces, Loki le responderá con fiereza, inteligencia y regocijo.

Mientras luchan, recordarán otro combate que los enfrentó cuando el mundo era más sencillo. Recordarán el día en que lucharon en forma animal, convertidos en focas, para conseguir el collar de los Brisings. Loki se lo había robado a Freya por orden de Odín, y Heimdall logró recuperarlo.

Loki nunca olvida una ofensa.

Lucharán y se abrirán profundas heridas con sus espadas.

Heimdall y Loki combatirán ferozmente y caerán a la vez, ambos mortalmente heridos.

—Ya está —susurrará Loki moribundo, en el campo de batalla—. He vencido.

Pero Heimdall sonreirá ya desde la muerte, a través de unos dientes amarillos, manchados de sangre.

—Yo veo más lejos que tú —le dirá Heimdall a Loki—. Vidar, hijo de Odín, ha matado a tu hijo, el lobo Fenrir, y sigue con vida, lo mismo que su hermano Vali, también hijo de Odín. Thor ha muerto, pero sus hijos Magni y Modi están vivos. Ellos cogieron el martillo Mjollnir de las manos frías de su padre y tienen la fuerza y la nobleza necesarias para blandirlo.

—Nada de eso importa —responderá Loki—. El mundo está ardiendo. Ya no quedan mortales. Midgard ha sido destruido. He vencido.

—Yo puedo ver más lejos que tú, Loki. Mi mirada llega hasta el árbol del mundo —le dirá Heimdall con su último aliento—. El fuego de Surtr no puede tocar el árbol del mundo, y dos mortales se han escondido en el tronco de Yggdrasil, a salvo de toda destrucción. La mujer se llama Vida, y el hombre, Impulso de Vida. Sus descendientes poblarán la tierra. No es el final. No hay un final. No es más que el fin de los viejos tiempos, Loki, y el

comienzo de un tiempo nuevo. Siempre hay un renacimiento después de la muerte. Has fracasado.

Loki querrá decir algo. Intentará dar una respuesta aguda, ingeniosa e hiriente, pero la vida lo habrá abandonado, lo mismo que toda su brillantez y su crueldad, por lo que no podrá decir ni una palabra, ni volverá a hablar nunca más. Yacerá frío e inmóvil junto a Heimdall, sobre el helado campo de batalla.

Entonces, Surtr, el gigante de fuego que ya existía antes del comienzo de todas las cosas, contemplará la vasta llanura de la muerte y levantará al cielo su espada resplandeciente. Resonará el estruendo de mil bosques que estallan en llamas y el aire mismo empezará a arder.

El mundo se consumirá en el fuego de Surtr. Los océanos hervirán. Los últimos incendios lo abrasarán todo y después se apagarán. Negras cenizas caerán del cielo como copos de nieve.

En medio de las tinieblas, en el lugar donde yacían los cadáveres de Loki y Heimdall, tendidos uno junto a otro, ya no se verá nada, excepto dos montones de ceniza gris sobre la tierra ennegrecida, y el humo se mezclará con la niebla de la mañana. No quedará nada de los ejércitos de los vivos y los muertos, ni de los sueños de los dioses, ni del coraje de sus guerreros. Nada, excepto cenizas.

Poco después, los mares crecidos devorarán las cenizas en su avance sobre la tierra y todo lo que vivió alguna vez quedará olvidado, bajo un cielo sin sol.

Así terminarán los mundos, reducidos a cenizas e inundados, sumidos en las tinieblas y el hielo. Ése será el destino final de los dioses.

II

Ése será el fin. Pero también lo que vendrá después del fin.

De las grises aguas del océano, resurgirá la tierra verde.

El sol habrá sido devorado, pero la hija del sol brillará en el lugar de su

madre, y el nuevo sol resplandecerá con más fuerza aún que el anterior, con una luz joven y nueva.

La mujer y el hombre, Vida e Impulso de Vida, saldrán del interior del fresno que mantiene unidos a todos los mundos, se alimentarán del rocío que encuentren sobre la tierra verde, harán el amor y de su amor nacerá otra humanidad.

Asgard ya no existirá, pero Idavoll seguirá en su sitio, espléndida y constante.

Vidar y Vali, hijos de Odín, llegarán a Idavoll, y poco después se unirán los hijos de Thor: Modi y Magni. Entre los dos llevarán el martillo Mjollnir, porque tras la muerte de Thor harán falta dos dioses para manejarlo. Balder y Hod regresarán del mundo de los muertos, se sentarán junto a los otros dioses bajo el nuevo sol y hablarán. Recordarán los misterios del pasado y discutirán sobre lo que pudieron haber hecho de otra forma y sobre el carácter irreversible del desenlace.

Hablarán de Fenrir, el lobo que devoró al mundo, y de la serpiente de Midgard; y recordarán a Loki, que vivía entre los dioses, pero no era uno de ellos, y que muchas veces los salvó, pero también quiso destruirlos.

Entonces, Balder exclamará:

—¡Eh! ¿Qué es eso?

—¿Qué? —preguntará Magni.

—Eso que brilla entre las hierbas altas. ¿Lo veis? ¡Y allí hay otro más!
¡Mirad!

Los dioses se pondrán de rodillas sobre la hierba, como niños.

Magni, el hijo de Thor, será el primero en hallar uno de los objetos que brillan entre la hierba y, en cuanto lo encuentre, sabrá qué es. Es una pieza dorada de ajedrez, como las que utilizaban los dioses para jugar cuando aún vivían. Es una talla diminuta de Odín, el padre de todos, sentado en su trono. Es el rey.

Después encontrarán otras piezas. Allí estará Thor, con su martillo. Y allí Heimdall, con el cuerno en los labios. Y Frigg, la esposa de Odín, que será la reina del juego.

Balder levantará una de las estatuillas de oro.

—Se parece a ti —comentará Modi.

—Soy yo —responderá Balder—. Soy yo hace mucho tiempo, antes de morir, cuando aún formaba parte de los aesir.

Encontrarán otras piezas entre la hierba, algunas muy bellas y otras menos bellas. Medio enterrados en la tierra negra, aparecerán Loki y sus hijos monstruosos. Habrá un gigante del hielo. Y también estará Surtr, con la cara en llamas.

Pronto descubrirán que tienen todas las piezas necesarias para formar un juego completo de ajedrez. Las colocarán sobre un tablero y allí, sobre la mesa, los dioses de Asgard se enfrentarán con sus eternos enemigos. Los rayos del nuevo sol arrancarán destellos a las doradas piezas de ajedrez en esa tarde perfecta.

Balder sonreirá y será como si el sol asomara nuevamente entre las nubes. Entonces tenderá la mano hacia una pieza y hará la primera jugada.

Y el juego comenzará de nuevo.



Glosario

Aegir: El mayor de los gigantes del mar. Marido de Ran y padre de nueve hijas, que son las olas del océano.

Aesir: Raza, tribu o rama de los dioses. Viven en Asgard.

Alfheim: Uno de los nueve mundos, habitado por los elfos de luz.

Angrboda: Giganta madre de los tres hijos monstruosos de Loki.

Asgard: Morada de los dioses, hogar de los aesir.

Ask: El primer hombre, creado a partir de un fresno.

Audhumla: La primera vaca, cuya lengua dio forma al ancestro de los dioses y de cuyas ubres fluyeron ríos de leche.

Aurboda: Giganta de las montañas, madre de Gerd.

Balder: Conocido como «el hermoso». Segundo hijo de Odín, amado por todos, excepto por Loki.

Barri: Isla donde Frey y Gerd contrajeron matrimonio.

Baugi: Gigante hermano de Suttung.

Beli: Gigante que Frey mata con un cuerno de ciervo.

Bergelmir: Nieto de Ymir. Bergelmir y su esposa fueron los únicos gigantes que sobrevivieron a la gran marea.

Bestla: Madre de Odín, Vili y Ve, y esposa de Bor. Hija de un gigante llamado Bolthorn. Hermana de Mimir.

Bifrost: El puente del arco iris, que comunica Asgard con Midgard.

Bodn: Una de las dos cubas fabricadas para contener el hidromiel de la poesía. La otra se llama Son.

Bolverkr: Uno de los nombres que adopta Odín cuando se disfraza.

Bor: Dios hijo de Buri y casado con Bestla. Padre de Odín, Vili y Ve.

Bragi: Dios de la poesía.

Breidablik: Morada de Balder, un lugar de alegría, música y sabiduría.

Brisings, collar de los: El resplandeciente collar de Freya.

Brokk: Enano capaz de fabricar grandiosos tesoros. Hermano de Eitri.

Buri: Antepasado de los dioses, padre de Bor y abuelo de Odín.

Crujedientes: Tanngnjóstr, «el que hace crujir los dientes». Uno de los dos machos cabríos que tiran del carro de Thor.

Draupnir: Brazaletes de oro de Odín. Cada nueve noches produce ocho brazaletes más, idénticos a él en valor y belleza.

Egil: Campesino padre de Thialfi y Roskva.

Einherjar: Los nobles muertos que murieron con honor en la batalla y que ahora luchan y participan en interminables festines en el Valhalla.

Eitri: Enano que fabrica grandes tesoros, entre ellos el martillo de Thor. Hermano de Brokk.

Elli: Una anciana nodriza, que en realidad es la vejez.

Embla: La primera mujer, creada a partir de un olmo.

Farbauti: Gigante padre de Loki. «El que asesta golpes peligrosos.»

Fenrir: Lobo hijo de Loki y de Angrboda.

Fimbulvetr: El invierno interminable, antes del Ragnarok.

Fjalar: Hermano de Galar, el asesino de Kvasir.

Fjolnir: Hijo de Frey y Gerd, y primer rey de Suecia.

Franang, cascadas: Salto de agua donde Loki se escondió en forma de salmón.

Frey: Dios de los vanir que vive con los aesir. Hermano de Freya.

Freya: Diosa de los vanir que vive con los aesir. Hermana de Frey.

Frigg: Esposa de Odín y reina de los dioses. Madre de Balder.

Fulla: Diosa, doncella de Frigg.

Galar: Uno de los elfos oscuros. Hermano de Fjalar y asesino de Kvasir.

Garm: Perro monstruoso que mata a Tyr y es muerto por él en el Ragnarok.

Gerd: Giganta de gran belleza, amada por Frey.

Gilling: Gigante muerto por Fjalar y Galar. Padre de Suttung y Baugi.

Ginnungagap: Abismo entre Muspell (el mundo de fuego) y Niflheim (el mundo de niebla) en los comienzos de la creación.

Gjallerhorn: El cuerno de Heimdall, guardado junto al pozo de Mimir.

Gleipnir: Cadena mágica forjada por los enanos y utilizada por los dioses para atar a Fenrir.

Grimnir: «El encapuchado». Uno de los nombres de Odín.

Gruñidor: Tanngrisnir, «el que enseña los dientes» o «el que gruñe». Uno de los dos machos cabríos que tiran del carro de Thor.

Gullinbursti: El jabalí de oro fabricado por los enanos para Frey.

Gungnir: La lanza de Odín. Nunca falla su objetivo, y los juramentos que se hacen sobre ella son inquebrantables.

Gunnlod: Giganta hija de Suttung. Guardiana del hidromiel de la poesía.

Gymir: Gigante de la tierra, padre de Gerd.

Heidrun: Cabra que produce hidromiel en lugar de leche. Alimenta a los muertos en el Valhalla.

Heimdall: El guardián de los dioses. Ve más lejos que nadie.

Hel: Hija de Loki y Angrboda. Tiene bajo su dominio Hel, el reino de los muertos sin honor, que no han caído luchando noblemente en el campo de batalla.

Hermod: Llamado el Veloz. Hijo de Odín. Viaja a lomos de Sleipnir para rogarle a Hel.

Hlidskjalf: El trono de Odín, desde el cual puede ver los nueve mundos.

Hod: Dios ciego, hermano de Balder.

Hoennir: Dios antiguo, que otorgó a los humanos el don de la razón. Es uno de los aesir, enviado a los vanir para ser su rey.

Hrym: El cabecilla de los gigantes del hielo en el Ragnarok.

Hugi: Joven gigante, capaz de correr más velozmente que nadie. En realidad, es el pensamiento.

Huginn: Uno de los dos cuervos de Odín. Su nombre significa «pensamiento».

Hvergelmir: Manantial de Niflheim, al pie de Yggdrasil. Origen de muchos ríos y corrientes.

Hymir: Un rey de los gigantes.

Hyrrokkin: Giganta más fuerte aún que Thor.

Idavoll: La «espléndida llanura» donde se levanta Asgard y a la que regresarán los dioses supervivientes después del Ragnarok.

Idunn: Diosa de los aesir, guardiana de las manzanas de la inmortalidad, que proporcionan a los dioses la eterna juventud.

Ivaldi: Uno de los elfos oscuros. Los hijos de Ivaldi fabricaron el maravilloso barco de Frey, llamado *Skidbladnir*; la lanza de Odín, llamada Gungnir; y la nueva y hermosa cabellera dorada de Sif, la esposa de Thor.

Jord: Giganta madre de Thor, que además era la diosa de la tierra.

Jormungundr: La serpiente de Midgard, hija de Loki y enemiga de Thor.

Jotunheim: Jotun significa «gigante» y Jotunheim es el reino de los gigantes.

Kvasir: Dios formado con la mezcla de las salivas de los aesir y los vanir. Llegó a ser el dios de la sabiduría. Fue asesinado por unos enanos, que con su sangre fabricaron el hidromiel de la poesía. Más adelante volvió a la vida.

Laufey: Madre de Loki. También llamada Nal, «aguja», por ser muy delgada.

Lerad: Un árbol, probablemente parte de Yggdrasil, que alimenta a Heidrun, la cabra que produce hidromiel para dar a los guerreros del Valhalla.

Lit: Un enano desafortunado.

Loki: Hermano de sangre de Odín, hijo de Farbauti y Laufey. El más astuto e ingenioso de los habitantes de Asgard. Puede asumir diferentes formas y tiene cicatrices en los labios. Sus zapatos le permiten caminar por el cielo.

Magni: Hijo de Thor. «El fuerte.»

Megingjord: El cinturón de poder de Thor. Cuando lo lleva, duplica su fuerza.

Midgard: El «campo medio», nuestro mundo. El reino de los humanos.

Midgard, la serpiente de: Jormungundr.

Mimir: Tío de Odín y guardián del pozo de la sabiduría en Jotunheim. Es un gigante, quizá del grupo de los aesir. Fue decapitado por los vanir, pero su cabeza aún es sabia. Cuida la primavera.

Mimir, pozo de: Un pozo o manantial en las raíces del árbol del mundo. Odín entregó un ojo para beber un trago de sus aguas, que recogió en el Gjallerhorn, el cuerno de Heimdall.

Mjollnir: El fabuloso martillo de Thor y su más preciada posesión. Fabricado por Eitri, mientras Brokk accionaba el fuelle.

Modgud: «Combatiente furiosa.» Guardiana del puente que conduce al país de los muertos.

Modi: Hijo de Thor. «El valiente.»

Muninn: Uno de los cuervos de Odín. Su nombre significa «memoria».

Muspell: Mundo de fuego que existe desde el comienzo de la creación. Uno de los nueve mundos.

Naglfar: Barco fabricado con las uñas sin cortar de los muertos. Los gigantes y los muertos de Hel que combatirán contra los dioses y los einherjar cuando llegue el Ragnarok viajarán a bordo de este barco.

Nal: «Aguja.» Otro nombre de Laufey, la madre de Loki.

Narfi: Hijo de Loki y de Sigyn, hermano de Vali.

Nidavellir, también llamado Svartalfheim: El lugar donde viven los enanos (también conocidos como elfos oscuros), bajo las montañas.

Nidhogg: Dragón que devora cadáveres y mordisquea las raíces de Yggdrasil.

Niflheim: Lugar frío y neblinoso, al comienzo de todas las cosas.

Njord: Dios de los vanir, padre de Frey y Freya.

Nornas: Urd, Verdandi y Skuld, tres hermanas que custodian el pozo de Urd, o del destino, y riegan las raíces de Yggdrasil, el árbol del mundo. Junto con otras nornas, deciden lo que sucederá en nuestras vidas.

Odín: El mayor y más eminente de los dioses. Viste capa y sombrero, y tiene un solo ojo, porque dio el otro a cambio de la sabiduría. Tiene muchos nombres más, como «padre de todos», Grimnir o «dios de los

condenados».

Odrerir: Caldero para fabricar el hidromiel de la poesía. Su nombre significa «el que proporciona el éxtasis».

Ragnarok: El crepúsculo de los dioses, el final de todo, el día en que los dioses batallarían contra los gigantes del hielo y morirán.

Ran: Esposa de Aegir, el gigante del mar. Diosa de los ahogados y madre de las nueve olas.

Ratatosk: Ardilla que vive en las ramas de Yggdrasil y lleva mensajes de Nidhogg, el devorador de cadáveres, a un águila posada sobre las ramas superiores.

Rati: El taladro de los dioses.

Roskva: Hermana de Thialfi, el sirviente humano de Thor.

Sif: Esposa de Thor, de dorados cabellos.

Sigyn: Esposa de Loki, madre de Vali y de Narfi. Tras el encadenamiento de Loki, permanece a su lado bajo tierra, sosteniendo un cuenco para proteger la cara de su marido del veneno de la serpiente.

Skadi: Giganta hija del gigante Thiazi. Se casa con Njord.

Skidbladnir: Barco mágico, fabricado para Frey por los hijos de Ivaldi. Se dobla como un pañuelo.

Skirnir: Un elfo de luz, sirviente de Frey.

Skrymir: «Grandote.» Gigante particularmente enorme, que encuentran Loki, Thor y Thialfi cuando se dirigen a Utgard.

Skuld: Una de las nornas. Su nombre significa «intenciones» y su dominio es el futuro.

Sleipnir: El caballo de Odín. Tiene ocho patas y es el más veloz de los corceles. Hijo de Loki y Svadilfari.

Son: Una cuba para hidromiel.

Surtr: Enorme y feroz gigante que blande una espada flamígera. Existía antes que los dioses. Es el guardián de Muspell, el mundo de fuego.

Suttung: Gigante hijo de Gilling. Venga la muerte de su padre.

Svadilfari: Caballo perteneciente al maestro constructor que levantó la

muralla de Asgard. Padre de Sleipnir.

Thiazi: Gigante que se convierte en águila para secuestrar a Idunn. Padre de Skadi.

Thokk: Anciana cuyo nombre significa «gratitud» y es la única criatura viviente que no lamenta la muerte de Balder.

Thor: Dios aesir de barba roja, hijo de Odín. Dios del trueno. El más fuerte de los dioses.

Thrud: Hija de Thor. «La poderosa.»

Thrym: Señor de los ogros. Quiere a Freya como su esposa.

Tyr: Dios de la guerra. Tiene una sola mano. Es hijo de Odín e hijastro del gigante Hymir.

Ullr: Dios hijastro de Thor. Esquía y caza con arco y flechas.

Urd: «Destino.» Una de las tres nornas. Determina nuestro pasado.

Urd, pozo de: El pozo de Asgard que custodian las nornas.

Utgard: El «campo exterior», una región salvaje donde viven gigantes. Tiene un castillo en el centro que también se llama Utgard.

Utgardaloki: El rey de los gigantes de Utgard.

Valhalla: La fortaleza de Odín, donde los muertos que cayeron noblemente en el campo de batalla celebran sus banquetes.

Vali: Hay dos dioses llamados Vali. Uno de ellos, hijo de Loki y Sigyn, se convierte en lobo y mata a su hermano Narfi. El otro es hijo de Odín y Rind, y fue concebido para vengar la muerte de Balder.

Valquirias: «Las que eligen a los caídos». Las doncellas de Odín recogen las almas de los muertos caídos valerosamente en la batalla y las transportan al Valhalla.

Vanaheim: El reino de los vanir.

Var: Diosa del matrimonio.

Ve: Hermano de Odín, hijo de Bor y Bestla.

Verdandi: Una de las nornas. Su nombre significa «devenir» y determina nuestro presente.

Vidar: Hijo de Odín. Dios silencioso y leal. Uno de sus zapatos está hecho con todos los restos de cuero descartados de la fabricación de todos los zapatos que se han confeccionado.

Vigrid: La llanura donde tendrá lugar la gran batalla del Ragnarok.

Vili: Hermano de Odín, hijo de Bor y Bestla.

Yggdrasil: El árbol del mundo.

Ymir: El primer ser, un gigante más grande que todos los mundos, antepasado de todos los gigantes. Fue alimentado por la primera vaca, Audhumla.

Mitos nórdicos

Neil Gaiman

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. **B.J.** 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Norse Mythology*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño basado en original de Pete Garceau

© de la fotografía de portada: Sam Weber

© Neil Gaiman, 2017

© por la traducción, Claudia Conde, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-233-5292-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S.L.

www.eltallerdellibre.com



Neil Gaiman

Mitos nórdicos

Las hazañas de Thor
y las intrigas de los dioses
noveladas por un maestro
de contar historias



DESTINO